

Nunca estamos aquí

Ensayos y notas



Alfonso Rubio



L a f l e c h a - C O L E C C I Ó N -



La flecha
-COLECCIÓN-

Nunca estamos aquí

Ensayos y notas



Alfonso Rubio



L a f l e c h a - C O L E C C I Ó N -
2025

Rubio, Alfonso

Nunca estamos aquí. Ensayos y notas / Alfonso Rubio – Cali: Editorial Icesi, Editorial EAFIT, Editorial Cesa, Editorial Uninorte, 2025

292 páginas; 20 cm -- (Colección *La flecha*)

ISBN 978-628-7814-23-3

DOI: 10.18046/EUI/LaFlecha.2025

1. Literatura colombiana 2. Ensayos 3. Literatura del siglo XX.
I. Tít. II. Serie

863.44 cd 23 ed.

H474

Catalogación en la fuente – Universidad Icesi



Nunca estamos aquí. Ensayos y notas

Primera edición en la colección *La flecha*: diciembre de 2025

© Editorial Icesi

© Editorial Cesa

© Editorial EAFIT

© Editorial Uninorte

Dirección editorial: Adolfo A. Abadía.

Diseño original de colección: Alina Giraldo Yépes.

Diagramación: Editorial Icesi.

Corrección de texto y transcripción: Jasmin Elena Bedoya González

Impreso: Carvajal Soluciones de Comunicación S.A.S.

ISBN 978-628-7814-23-3

Publicado en Colombia / *Published in Colombia*

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de los editores.

Contenido

Presentación.....	7
La salud mental y una nueva ciencia del hombre.....	13
Una humanidad sin facultades	20
Del ánimo académico	23
Los archivos del mal y los centros de la memoria histórica	27
Cuerpos.....	39
El crimen occidental	45
De Montevideo a Asunción: de dictadura en dictadura	58
Una visita a los muertos	88
Sobre una fina capa de hielo	101
Monstruos e infiernos.....	104
Postmetrópolis.....	107
Signos.....	109
La escritura de una jornada particular	112
Connotaciones simbólicas	123
Dos fragmentos: documentos hechos pedazos.....	130
¿Les provoca un tinto? Un viaje de poesía colombiana.....	136
Los archivos y la función archivística	149
Los archivos personales: un patrimonio documental que se nos va a la capital. La desertización cultural de las regiones	153

Un día contra un sistema. El 15M español en la crisis de los mercados.....	163
El grafiti. Escritura expuesta en las calles de la ciudad	176
El desarreglo de los sentidos.....	181
Esquemas de acción	183
El “yo” y el “nosotros” en la escritura de la historia	185
Poetas hispanoamericanos en las <i>Jornadas de Poesía en Español</i> : el entramado de una necesidad y la poesía como tecnología del “yo”	198
Colombia: ¿qué símbolos patrios? El día de la Independencia	202
La escritura intermedia de Rómulo Bustos Aguirre	210
Las “eternidades precautorias” de Manuel de las Rivas.....	216
El viaje continúa	220
Una calle infinita: la calle de mi infancia	225
Mi encuentro con Roger Chartier.....	236
Societates perfectae	241
Un coleccionista de ciudades en Cali	245
Maneras de hacer historia	256
Educación y universidad	264
La queja común española	276
La soberbia	282

Presentación

Esbozos o variaciones de reflexión, narrativas de relativo análisis, historias incompletas, apuntes, microensayos, la bitácora de trabajo, la crónica y el diario, los recuerdos; ejercicios de la experiencia personal sin arraigo académico o fuera de las convenciones formales del adoctrinamiento. Fragmentos que no se detienen en un solo lugar ni pueden por ello echar raíces. Energía conectada al movimiento, al vaivén que abandona las explicaciones argumentales y diversifican los lenguajes en favor de climas y recreaciones. Posiciones indefinidas, vacilaciones, un libérrimo cuadero de piezas en las nubes.

Si, inicialmente, como diría Montaigne para explicar el fundamento de sus ensayos, hubo un fin doméstico y privado en la escritura de estos ejercicios, ahora los dedico a un público que pueda hallar en ellos unas maneras modestas y ordinarias para ocupar su ocio. Dejar ver los defectos, las obsesiones, las contradicciones, la forma de ser ante ideas por las que, posiblemente, aún queden argumentos para poder prestarles atención.

Si al pensamiento no lo frenamos poniéndolo a jugar con algún tipo de tema, se lanza desbocado por el aire difuso de la imaginación que produce locuras, monstruos y quimeras. Sentir que los lugares se construyen a base de tiempo significa vivir en ellos cotidiana y simultáneamente; significa

vivir continuamente en el pensamiento. Es como si nunca estuviéramos aquí, pisando un espacio concreto; un aquí que significa pensar en lo que realmente es y lo que nos es propio; es como si nunca estuviéramos en nuestro presente. Vivir en el pensamiento significa estar siempre más allá.

El pasado va calmándose a medida que reordena el presente y este ha empezado a avergonzarse con una esperanza que nada dice, que va y viene, y nos sustrae de lo que las cosas son para ocuparnos de lo que será. Nuestro mal se oculta en el alma. Seguimos atormentados por las ideas que tenemos de las cosas y no por las cosas en sí. Ellas solo pueden entrar en nosotros a través del juicio, pero no es fácil poseer el poder de despreciarlas o encaminarlas hacia nuestro bienestar.

Los pensamientos, los recuerdos, los proyectos, todos llegan y no hay manera de darles otro gusto que el de escribir sobre ellos, concebirlos de manera particular y juzgarlos. La diversidad de asuntos que nos convocan diariamente y el tiempo que les dedicamos a comentarlos demuestra que nos dejamos llevar por ellos; la escritura, no obstante, nos permite adaptarlos al valor con el que los recibimos.

La salud mental, los centros de la memoria histórica, los archivos judiciales y policiales, el proyecto sionista en la guerra que enfrenta a Israel contra Palestina, las dictaduras de Uruguay y Paraguay, y las emociones que desprenden los registros documentales que ellas originaron, la escritura de la historia y las maneras de hacerla, los archivos personales, la lectura callejera, la poesía, la función archivística, el 15M español de 2011, el grafiti, los símbolos patrios colombianos, los recuerdos de la infancia española en los años setenta del siglo XX, la vida en ciudad de Cali, la educación

y la universidad, las quejas de los españoles, la soberbia, asuntos todos ellos que en su momento aparecieron desligados de un interés social y que, luego, se enredaron y quisieron pensarse como una entrega que combata la soledad que barrunta las retiradas y aporte al compromiso.

Asuntos que componen un diverso ecosistema e invitan a pensar sin la imposición a que da lugar lo adquirido; asuntos que, si bien, minoritariamente, en algún momento se han dado a conocer esporádica y virtualmente, en esta su compilación, ahora, intentan conducirnos a lo que puede sentirse convincentemente como instintos. De modo que extendiendo mi mano a la espera de que nuevos indicios me extiendan la suya y nos saludemos. Es decir, a la espera de que nuevamente me encuentre navegando a través de la penumbra que, en la sala del pensamiento, dejan las pantallas de la imaginación. El paisaje, no obstante, siempre es vulnerable y no basta con la empatía para acercarlo a la luz y pueda verse con nitidez, la dificultad es encontrar las maneras.

Amistad y compañía son los oficios que han podido concebir este cuaderno. Pero será mejor para su recreo que no nos fijemos en la materia sino en la forma que han adquirido. La función de lo escrito es como la función de un anuncio publicitario, dejarse ver y engañar. La lectura es presunción de posesión y de su comprensión textual, pero esta, mi querido lector, que estás comenzando, no ofrece satisfacciones alucinatorias ni mediaciones prácticas hacia el mundo. Posiblemente, la actitud que suscita sea la de una veleidada decepcionada, acción inacabada, constelación amorfa de principios o, más bien, represiones continuas del deseo.

Escritura, llámala como quieras, pues escribir, en definitiva, como alguien dijo, es poder decidir quién será el que habla, y aquí quien lo hace solo pretende deshacer su persona en una continua situación ambigua del pensamiento y del relato con la que no quiere elevarse por encima de su superficie: metafísicas frescas que confían su sostén a la indecisión que las originaria, pero, posiblemente, voces cautivas de ocultas certezas; con seguridad, lejanas a la euforia del vuelo.

•

Nunca estamos aquí
Ensayos y notas

•

La salud mental y una nueva ciencia del hombre

*Empobrecerse el hombre
para enriquecer el objeto que
él crea: esta es la esencia de
la enajenación*

Erich Fromm

*El que no pierde la razón
por ciertas cosas es que no
tiene razón alguna que perder*

Gotthold Ephraim Lessing

Nos estamos habituando a escuchar frecuentemente, en el ámbito sanitario, y hasta en el doméstico y el informativo de los medios de comunicación, asuntos relacionados con la salud mental. El narcisismo, la egolatría, la ansiedad, la depresión, la esquizofrenia, el suicidio, la megalomanía, el homicidio; los problemas mentales son comunes y como trastornos emocionales son diagnosticados cada vez con mayor frecuencia en algún momento de nuestras vidas, afectan las capacidades de relacionarse con los demás y funcionan diariamente.

Pero los problemas de la salud mental en el mundo moderno vienen de antes y a ellos se dedicó Erich Fromm.

El volumen titulado *La patología de la normalidad* (2024) reúne lecciones, conferencias y artículos escritos por él en distintos y dispersos momentos de las décadas de los años cincuenta, sesenta y setenta del siglo XX. Su primera parte (“Patología de la normalidad del hombre actual”, 1953) define el concepto de salud mental, analiza aspectos como el del “sentido” en la cultura y la enajenación como enfermedad del hombre en la sociedad. Se trata de la mentalidad del hombre moderno que comienza a desarrollarse después del periodo de las guerras mundiales y cuyos problemas de salud psíquica vienen agudizándose hasta nuestros días.

Serán, fundamentalmente, los escritos que componen esta primera parte, más el escrito de la tercera (“La ciencia humanista del hombre”, 1957), los que nos sirvan ahora para orientarnos en algo que es sentido con intensidad en nuestra actual vida cotidiana: la incapacidad de las personas para relacionarse por sí mismas con la realidad.

Las estadísticas referentes a los gastos mundiales en asistencia psiquiátrica son alarmantes incluso en los países más acomodados en su vida burguesa y seguridad económica. Si la salud mental es la adopción de los hombres a las formas de vida de una concreta sociedad, las estadísticas demuestran la imposibilidad de esa adopción. Dentro de un consenso socialmente establecido, podríamos decir que esta definición es objetiva y damos por entendido que toda sociedad es normal, que el enfermo mental es quien se desvía de una personalidad favorecida por la sociedad y que la psiquiatría tiene el objetivo de adaptar al individuo al nivel de un hombre medio que no perturbe el tejido social; adaptar al individuo a unas instituciones (culturales, educativas,

religiosas, políticas, administrativas) que forman un tipo de personalidad que quiera hacer lo que debe hacer.

Podemos tener lo suficiente para comer, beber, dormir y contar con seguridad ciudadana; la vida no representa ningún problema especial y es justo entonces cuando comienza el problema de encontrar solución a la existencia ante su limitación, la necesidad de poder dar sentido a la vida utilizando nuestros empeños en ocupaciones distintas a lo que nos mantiene vivos. Es de esta necesidad, precisamente, de donde procede la búsqueda de asistencia psiquiátrica, la búsqueda de un sistema de orientación como la religión o la búsqueda de algo a lo que adherirnos. Con frecuencia, los más exigentes en la búsqueda de sentido padecen neurosis y psicosis, es decir, crean su propia religión profética. Siempre cabría así, claro, la duda sobre las definiciones que podemos dar a la “cordura” y la “locura”, pues cuando el punto de vista de nuestra particular forma de pensar no coincide con la considerada normal, se nos puede calificar de locos o neuróticos.

Nos ha invadido el ideal de la pereza total, lo mejor será que un día no tengamos que hacer nada, el consumo o el placer de ganar dinero se ha convertido en un fin en sí mismo, hay una reducción general de la intensidad de sentimiento, cercana a la depresión, salvo para quien se deleita con el facilismo de la ganancia material, y mejor si esta llega sin mover un dedo. Formamos, como docentes, personas sin valentía, con miedo a ser libres, orientadas hacia el objetivo del conformismo. Física, mental y espiritualmente nos sentimos inseguros y proyectamos inseguridad en los demás. Intercambiamos palabras sin compartir realidades, lo hacemos solo para ocultar el vacío de la comunicación y

la falta de estímulos afectivos. Posiblemente, el fin de nuestro desarrollo psíquico sea el de ser capaces de soportar esta inseguridad, no solo la de ahora, la política y social de nuestros agitados y beligerantes días, sino también la inseguridad de las maneras en que nos relacionamos.

La arrogancia, la insensatez, la soberbia, el abandono de la razón, son manifestaciones de la incapacidad del hombre de relacionarse por sí mismo con su realidad y la realidad de sus semejantes. Manifestaciones de la imposibilidad de ser objetivos o humildes para ver el mundo tal como es o de vernos tal como somos, sin que ideas o intenciones desfiguren la realidad. Somos incapaces, en definitiva, de relacionarnos con el estado de ánimo que asiste hoy en día a la sociedad.

El problema más grave de la salud mental es el de la propia enajenación o la enajenación de nosotros mismos, de nuestro mundo interior y exterior: somos unos extraños para nuestra propia conciencia y el mundo exterior nos es ajeno. Hemos perdido el contacto con todas las realidades (sentimientos, personas, naturaleza) excepto con una, la realidad de la industria, el negocio y la rutina social, es decir, la realidad que nos pone a punta de caramelo al adulador, el lambón, quien trata de quedar bien con todo el mundo, el servil, lisonjero y zalamero, que no falta en las instituciones públicas.

Nos relacionamos con todo lo que “produzca” o nos dé beneficios materiales, pero no con las realidades esenciales de nuestra existencia humana, a las que tenemos miedo incluso ya en los medios artísticos, donde la banalidad opera como sentido común. Uno encuentra tatuajes en el cuerpo

que dicen “Love”, que dicen “Te quiero” y, realmente, no significan que quienes los posean estén ofreciendo amor o sean queridos; significan, más bien, una necesidad de ello. Nos relacionamos con las cosas por su forma de ser producidas y funcionar en nuestra economía, las experimentamos en abstracto, y solo por su valor de cambio y no de uso.

Estamos relacionados con una abstracción, no con el amor, el odio, el miedo, la duda, la amistad. Es decir, no estamos en contacto con nada ni con nadie, vivimos en un vacío que llenamos con palabras, con estadísticas, con rutinas. Y es precisamente este estado de abstracción el que tiene terribles consecuencias para la salud mental. Tal vez por ello, con el optimismo, la claridad y el empleo de una terminología propia de nuestra cotidianidad con que se expresa Erich Fromm, la alegría, la vivacidad y la felicidad dependan de cuánto contacto tengamos con la realidad de nuestros sentimientos y la realidad de nuestros semejantes, sin entender a estos como abstracciones que podamos considerar de la misma manera que a los objetos del mercado.

Fromm responde a la pregunta de qué es realmente bueno para la salud mental y qué hace enfermar al hombre. Lo bueno para que el actual régimen económico funcione resulta ser nocivo para conservar la salud mental del hombre. Lo que nos conduce al éxito social atenta contra el bienestar emocional y, por ello, lo normal es sospechoso de ser la manifestación de una evolución enfermiza. Desarrolla un concepto clínico de la enajenación y expone sus fenómenos y consecuencias. Llama “patología de la normalidad” a eso que ya no se ve como algo anormal, es decir, a la anulación y la depreciación del individuo y su dependencia del mercado.

Hacemos depender nuestra vida de un sentido de seguridad psíquica y, ciertamente, nuestro futuro depende de que la conciencia de la crisis actual pueda motivar a los Estados y a los hombres más capaces a ponerse al servicio de la humanidad, de una ciencia del hombre que vuelva a hacer de este el núcleo de su interés. Una ciencia que se ocupe de recuperar al hombre, de ciertos intereses, esencialmente los que han interesado a la tradición religiosa y filosófica humanística: la idea de la dignidad del hombre y de sus capacidades expansivas de amor y razón; y una ciencia que se base en nuestra situación histórica: la quiebra del sistema tradicional de valores, el incremento desenfrenado y desorganizado de la actividad puramente intelectual y técnica (sin verdadero fundamento humano), y la consiguiente necesidad de encontrar un centro racional para establecer y mantener los valores de ese histórico Humanismo.

Algunas cuestiones lo impiden: la pérdida de un concepto del hombre como un ser determinado no solo biológica, sino también psicológicamente, no como un soporte sobre el cual cada cultura escribe su propio texto, y la dificultad de demostrar la objetividad de los valores humanos. Pero los objetivos deben mantenerse y el estudio del hombre debe ser impulsado y dirigido por los problemas en que la historia actual se encuentra, problemas que ella misma produce e incomodan a la salud mental.

Para ello, Erich Fromm propone algunos frentes de estudio. El estudio de métodos adecuados a la ciencia del hombre, del concepto del hombre y de la naturaleza humana, de sus valores como fundamento de la misma esencia del hombre, de su destructividad y anulación de

los otros, de su creatividad, de la autoridad, de los supuestos psicológicos del orden democrático, del estudio de la enseñanza como sistema que pueda pasar de lo puramente intelectual al terreno de la experiencia significativa y del estudio de la historia como evolución del hombre.

Salvemos así a las palabras, a los discursos, de su vanidad, endureciéndolas con la verdad, salvándolas de la vacuidad académica. Así es, como diría María Zambrano, tras de lo que corre, aun sin saberlo, quien de veras escribe.

Una humanidad sin facultades

El problema que planteo no es qué ha de reemplazar a la humanidad en la escala de los seres (el hombre es un “final”), sino qué tipo de hombre debemos “criar”, debemos “querer”, por ser el tipo más válido [...], con mayores garantías de futuro.

El Anticristo
Friedrich Nietzsche

El hombre contemporáneo ya no suspira, pero sigue sin saber qué hacer, sigue siendo la esencia del “no saber qué hacer”. Una esencia que lo desconecta de la realidad, incluso de su realidad más inmediata: la laboral. Esta, más que nunca, provoca tedio, desazón, desafección y una falta de deseo por emprender cualquier tipo de actividad: un cortocircuito emocional o una nueva fuga de Chernóbil cuyas radiaciones nos alejan de lo que antes era nuestro núcleo vital.

Esta es nuestra actualidad, una paz ambigua salteada de incomodidades o incapacidades aceptadas cobardemente, la virtuosa suciedad que caracteriza al fácil vivir, esa tolerancia y esa generosidad que todo lo perdona porque todo

lo comprende. Huyamos hacia el frío, hemos soportado siendo suficientemente valientes y no hemos tenido consideración con nadie ni con nosotros mismos.

Pero durante mucho tiempo no hemos sabido qué hacer con nuestra valentía. Nos hemos vuelto indolentes, apáticos, y nos fatiga tomar el sol. Nos hemos convertido en animales domésticos de rebaño y cada uno en su casa. Nos hemos vuelto sombríos y fatalistas. Nuestro destino era la plenitud de las enseñanzas, las mejoras sociales de un insatisfecho país. Teníamos sed de prósperas acciones y nos mantenemos bien lejos de los débiles, resignados a tiránicas atmósferas, a soberbias disfrazadas de caridad (la institucional, por supuesto) que obstaculizan nuevos y convenientes caminos.

El consenso es mantener la fórmula de nuestro bienestar: una línea recta hacia lo bueno, es decir, hacia todo lo que eleva en el hombre el sentido de poder, la voluntad de poder, el poder en sí ¿Y qué es la felicidad? La felicidad, como nos dice *El Anticristo*, es sentir que aumenta nuestro poder, que con él superamos hasta nuestra propia decrepitud física y mental, y esta superación, además, nos ofrece resistencia.

La humanidad, ciertamente, no representa, tal y como hoy la vemos nadar, una evolución hacia algo mejor, hacia algo que realce, que se fortalezca, que se entusiasme, aunque evolucionar hacia el futuro no signifique necesariamente acondicionarse de adornos superiores. La humanidad se ha convertido en una oposición a los instintos tendentes a conservar una vida común y agradable, unos proyectos ilusionantes. Parece la representación de quien adopta de antemano y frente a todos una postura falsa e insincera.

La humanidad se ahoga, desilusiona, potencia las deserciones de la convivencia para preocuparnos únicamente por un autodiagnóstico psicológico que nos ensimisma. Nos encierra en un círculo o laberinto personal que impide proyectar nuestros deseos para poder gozar de sus buenas y concretas realizaciones. Hay mucho por hacer, pero no sabemos cómo porque nos imposibilitan los ánimos viendo cómo empeoran las cosas; cómo, en lugar de revitalizarse, se convierten en puros datos vacuos, estériles e insustanciales. Y el vacío, lo superficial, oprime, desgasta.

Es insuperable la tradicional inacción del no compliarse con nuestra cotidiana experiencia laboral y la satisfacción nunca llega. Nuestros deseos pertenecen a un sistema credencial y mercantil, y nada de lo que hagamos por los demás podrá llegar a colmarnos. Todos nosotros somos diminutas piezas del engranaje de un vasto mecanismo de devoración académica y, al parecer, es más importante seguir alimentándolo que aportar nuevos desafíos. Tendremos que poner atención y preguntarnos ya por quién, por qué apostamos. Las cosas, los individuos se corrompen cuando dejan de lado los instintos de crecer, de acumular fuerzas y alegría, sanas aptitudes. Los ideales que ahora nos guían carecen de voluntad y son propios de la decadencia.

Del ánimo académico

*El estado de ánimo es
una sensación de fondo que
persiste en el tiempo*

Robert E. Thayer

*Lo que ahora preguntamos es de
qué modo estará siempre el ánimo
con igualdad, y cómo caminará
con próspero curso, siéndose
propicio y mirando sus cosas con
tal alegría que no se interrumpa,
perseverando en un estado plácido,
sin desvanecerse ni abatirse*

Séneca

*Ni una franqueza
destructiva, ni una cortesía
avasallante*

Mauricio García Villegas

Es cierto, no puede ser algo sano callarse cuando uno siente que las cosas van mal, que la debilidad académica (en la dirección de una adecuada formación intelectual y

de una sana colectividad gremial) se expande cada vez más con mayor descaro; callarse simplemente para no irritar a la institucionalidad y a sus responsables. Este, además, es un ejercicio imposible, pues, con seguridad, aunque cada vez es mayor la dificultad de los profesores, al menos de los universitarios, por encontrar personas con las que dialogar, no hay uno solo de ellos ni un solo estudiante que no se haya quejado por alguien o por algo en algún momento de su vida, a solas o en compañía, privada o públicamente; también, con seguridad, más frecuentemente de la primera manera. El disgusto o el malestar que empeora inflamándose envenena más que el que estalla.

Vivimos en un mundo abarrotado de información, que no significa conocimiento, conocer es hacerse preguntas; un mundo hipercomunicativo e intersubjetivo, y parece que hemos creado una política basada en la mala fe de los demás. Intentamos negar legitimidad a los argumentos del contrario, y un discurso intenso de réplicas y contrarréplicas es contraproducente, acaba con la comunicación. Quien propone e intenta mejorar, para lo cual siempre son necesarios los cambios y el esfuerzo que estos conllevan, es “conflictivo”; el ideal del bienestar es la inercia acomodaticia. Nadie quiere provocar debates airados en los que todo se dice, pero estos suelen tener efectos reconstituyentes por los que se mejoran las cosas y, en ocasiones, se recuperan los afectos perdidos; se logra confianza en el hablar y se hace posible la discusión continuada.

La debilidad está en las posturas conformistas y en los estímulos al formalismo y al cuidado de las apariencias, que nunca resultan ser propicias a las superaciones que compor-

ten satisfactorias renovaciones, a un progreso conveniente. La academia, como la amistad y el amor, necesita transparencia y franqueza, de lo contrario se vuelve rutinaria e insustancial. Se necesita una continua renovación en la articulación del engranaje académico-administrativo, situando en él a las piezas adecuadas, más capacitadas, no a quienes con sus miméticas, tradicionales y trasnochadas maneras de hacer que reproducen diferencias, arrinconamientos y resentimientos, van alojando posos de desilusión en la vida laboral y en el ejercicio estudiantil. Claro que los tiempos que atravesamos parecen ser ahora más propicios al desánimo y al aislamiento personal, pero ¿cuándo no lo han sido?

La inercia lleva a la parálisis intelectual, a una flexibilización de las exigencias de todo tipo con la que vamos haciendo de la pereza y de la hipocresía las virtudes de nuestro éxito. Si este tipo de inoportunos vicios, que la costumbre ha conseguido convertir en virtudes, se siguen reproduciendo y reflejando en el seno de una institución con el mismo desconsuelo que en estos tiempos se nos ha hecho visible, habrá que hacer lo posible para introducir la alegría, un ánimo en constante renovación; un ánimo que se convierta en hábito y, con el paso del tiempo, en propósito.

Sí, habrá que poner algo de franqueza a las relaciones. Para eso habrá primero que hablar de ellas sin miedos que opriman, sin sobresaltos en los afectos ajenos que inviten a sentimientos malsanos como el odio, la envidia, el desprecio, la anulación, la venganza o la vergüenza. Al contrario, se trata de animar a la colaboración saludable. Claro que, prudencia, habrá también que pensar en lo que se nos dice en “el país de las emociones tristes”, algo así como que el secreto de

la armonía del sistema que nos cobija está en no decir lo que pensamos. Pero el pensamiento, recordemos, siempre “mira escuchando y escucha mirando”. Esa armonía es eso mismo que se ve (se oye), se piensa: la metáfora viva.

Los archivos del mal y los centros de la memoria histórica

El lunes 27 de enero de 2025 se conmemoró el 80 aniversario de la liberación del campo de concentración nazi de Auschwitz (Polonia). Seguramente habrá muchas otras fechas que siempre estarán recordándonos momentos trágicos de la historia y momentos del exterminio del “nazismo”, un término asociado hoy en día a la ultraderecha, en la que se incluye al “neofascismo” o al “neonazismo”, ideologías que revelan marcas xenófobas, racistas, homófobas, teocráticas o reaccionarias, y suelen conducir a violencias políticas que amenazan contra grupos de supuesta inferioridad y hasta contra la propia institucionalidad. Momentos de “unos hechos tan reales que, en comparación con ellos, nada es igual de verdadero; una realidad tal que excede necesariamente sus elementos factuales”. Esta es la aporía de los campos de concentración nazis, esta es la aporía, dice Agamben refiriéndose a Auschwitz, “del conocimiento histórico: la no coincidencia entre hechos y verdad, entre comprobación y comprensión”.

Este 27 de enero de 2025 nos lleva a recordar otro campo de concentración, el de Mauthausen (Austria), del que hablamos en el ensayo titulado “Los archivos del mal: ¿un discurso sin autor? Ildefonso Nalda Nájera en el Archiv der KZ-Gedenkstätte Mauthausen”. A partir del significado

de “archivo” que encontramos en la *Arqueología del saber* (1969), de Michel Foucault, y las interpretaciones que de él hace Giorgio Agamben en *Lo que queda de Auschwitz* (2005), exponíamos algunas consideraciones sobre el concepto de autor en los que denominamos “archivos del mal”, refiriéndonos con esta expresión a los conjuntos documentales producto de situaciones o regímenes propicios a crear escenarios de violencia disímiles.

Estos archivos que, generalmente, se originaron en el ejercicio de unas funciones institucionales, forman parte hoy día de los fondos llamados, comúnmente, “centros de memoria histórica”, y son necesarios poner en marcha el ejercicio de los derechos democráticos. La biografía del español Ildelfonso Nalda Nájera, un perseguido del régimen franquista que murió en el Campo de Concentración de Mauthausen y el Archiv der KZ-Gedenkstätte Mauthausen (Archivo del Lugar de la Memoria del Campo de Concentración de Mauthausen), con sede en Viena, y que ahora custodia documentos y objetos relacionados con este campo de concentración, constituyeron el modelo que orientó el contenido del ensayo citado¹.

Después de más de medio siglo de conflicto en Colombia, a inicios del año 2014, comenzó a hablarse de la llegada de la “era posconflicto” como un deseo cercano a convertirse en realidad. El prolongado y sangriento enfrentamiento

1 “Los archivos del mal: ¿un discurso sin autor? Ildelfonso Nalda Nájera en el Archiv der KZ-Gedenkstätte Mauthausen”. *Información, cultura y sociedad*, n° 41, 2019, p. 57-80. Más ampliado, este mismo ensayo puede leerse en el libro titulado *Escrituras y tramas del archivo*. Popayán: Universidad del Cauca, 2025.

armado entre el Estado colombiano y uno de los más viejos movimientos guerrilleros del mundo ha producido innumerables hechos violentos: matanzas, desapariciones, desplazamientos forzados de población civil, secuestros, magnicidios, paramilitares, extorsiones y usurpación de tierras. Salir de la estructura mental que tales hechos han ido forjando en la sociedad colombiana, sustentada fundamentalmente por dos grandes pilares –la desconfianza y la anulación del otro–, exige recorrer, con toda seguridad, un largo camino donde una gobernabilidad responsable pueda reconstruir la radiografía de un conflicto que se ha entendido a retazos y en el cual muchos de sus protagonistas, víctimas y victimarios, todavía permanecen en la sombra.

Como en otros países que han padecido regímenes propicios a crear escenarios de violencia disímiles (pensemos en los casos de Alemania y Austria después de la Segunda Guerra Mundial; el de España después de la dictadura franquista; los de Sudáfrica, Grecia y Portugal, y los de los países de América Latina como Argentina, Uruguay, Paraguay, Chile, Guatemala o El Salvador), los archivos documentales colombianos, cualquiera que sea su rango institucional o su adscripción pública o privada, o lo que haya quedado de ellos desde que en el año 2016 se pusiera fin al conflicto, se han convertido en una pieza clave para posibilitar la reconstrucción histórica de los hechos. También en un elemento importante para la justa “reparación de daños” que, a instancias de un signo político u otro, de una asociación u otra, implica un deber ético.

En países suramericanos como los mencionados, las prácticas de la memoria tienen un acento claramente polí-

tico y se ven afectadas, incluso originadas, por la cobertura mediática internacional, obsesionada por la memoria y su exhibición virtual. Pero, tal vez, las prácticas nacionales de estos países, que todavía no han podido escapar de los efectos de la violencia política, estén representando, como nos dijo Andreas Huyssen (*En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, 2002), una oposición a los efectos de la globalización de la navegación en red, que niega el tiempo y el espacio. Desde una eterna inestabilidad política y económica, en estos países el tiempo de la historia no encuentra un futuro similar al de otras actuales democracias, como si la memoria del pasado estuviera activa; mejor dicho, como si el pasado estuviera vivo en familias, regiones y hasta en partidos políticos.

En el ensayo mencionado, comenzamos refiriéndonos a Colombia porque hablábamos desde este país, en el que actualmente nos encontramos. En él, no sin dificultades, siguen consolidándose los acuerdos de paz y el dinamismo que quiere darse tanto al Centro Nacional de Memoria Histórica como a otras instituciones similares que conservan documentación directamente relacionada con el conflicto armado colombiano. Sin embargo, como decimos, archivos o centros documentales semejantes se encuentran en muchos otros países. Particularmente, tomamos el ejemplo del Archiv der KZ-Gedenkstätte Mauthausen para pensar en sus fondos documentales como un sistema de relaciones interno que, en sus orígenes, obedeció a la voluntad creadora del régimen burocrático nazi. Y de dicho ensayo, ahora que nos da la oportunidad la conmemoración de los ochenta años de la liberación del campo

de concentración de Auschwitz, presentamos aquí, en esta ocasión, un breve resumen.

Como categorías de percepción histórica, tiempo y espacio están inevitablemente ligados a múltiples interpretaciones y ello lo demuestra la cantidad de discursos de la memoria que en el presente se suceden en todos los continentes, rasgo característico de la cultura contemporánea. La recurrencia de las políticas genocidas en Ruanda, Bosnia y Kosovo en la década de 1990 y, con más razón, el genocidio que Israel comenzó a llevar a cabo en Palestina, a raíz del atentado perpetrado por Hamás (Movimiento de Resistencia Islámica) desde el 7 de octubre de 2023, están haciendo resurgir el Holocausto como un, según Huyssen, “tropos universal”. Tal circunstancia permite que su memoria se traslade a situaciones locales (historias de naciones o estados específicos) alejadas histórica y políticamente respecto del acontecimiento original. En el movimiento colombiano de los discursos de la memoria, así como en el de otros países latinoamericanos, el Holocausto pierde sus características de acontecimiento histórico concreto y comienza a funcionar como metáfora de otras historias traumáticas que reclaman su relato específico.

Estos son discursos de la memoria basados, fundamentalmente, en testimonios orales de presencias todavía vivas, en el papel del museo como conservador del recuerdo y en testimonios documentales de distintos archivos. Archivos que, utilizando una terminología procedente de la conocida expresión de Hannah Arendt, la “banalidad del mal” (*Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*, 1963), hemos llamado “archi-

vos del mal”, es decir, archivos no deseados en el imaginario de un “bienestar universal” que, sin embargo, tienen origen en todo tiempo y lugar, y van creciendo. Lo hacen, al parecer (pensemos en los enfrentamientos interminables del Oriente Próximo y África, y en las recientes confrontaciones entre Rusia y Ucrania o Palestina e Israel), cada vez con mayores impulsos, como si uno de sus principios, el de la génesis documental, estuviese ligado a la autoría de una inevitable fatalidad.

Desde la década de 1980, en las sociedades occidentales surgió como fenómeno cultural y político el asunto de la “memoria”, un mirar al pasado que contrastaba con la tendencia de principios del siglo xx de privilegiar la modernidad que depararía el futuro. El papel del archivo/museo como lugar de conservación y de visita de la alta cultura, dio paso al archivo/museo como medio de masas, como marco de puesta en escena que abría a la sensibilidad del público experiencias de posible cotidianidad cultural.

Durante el año 2005, en Guatemala, una explosión descubre el archivo que la Policía Nacional había mantenido en secreto desde los años cuarenta del siglo XX. En él se encuentran las fichas de más de 200.000 guatemaltecos espionados, torturados y asesinados por sus creencias políticas. El archivo pone de manifiesto no solo la confirmación de que tras todos los asesinatos se encontraba el Gobierno y los “escuadrones de la muerte” o los “ojo por ojo” (grupos paramilitares de extrema derecha), sino también la trama colaboracionista que posibilitó llevar a cabo el golpe de Estado de 1954. Como una paradoja extraída de Primo Levi (“El hombre es aquel que puede sobrevivir al hombre”), el

archivo también pone de manifiesto que los hombres son y seguirán siendo un peligro para su propia especie.

Los archivos que un día formaron parte del “exterminio”, de la “violencia”, y que pudieron rescatarse forman hoy en día o constituyen parte de los fondos documentales de los llamados, generalmente, “centros de la memoria histórica”. En ellos también importa el “quién”, qué se registra en el archivo, qué se deja afuera, qué se prohíbe ver. A la manera del biógrafo, según Leonor Arfuch (*Crítica cultural entre política y poética*, 2008), “quien construye un archivo para salvaguardar la memoria (para una posteridad) lo hace a menudo en ese movimiento especular, de admiración e identificación, en que un yo se desdobra en otro sin alinear por ello su propia voz”. La “aparición con vida” de fotografías, entrevistas, relatos y objetos de las madres de mayo en Argentina representa hoy la “restitución de las genealogías” y el descubrimiento de la “violencia del archivo”: listas ocultas de desaparecidos, documentos textuales, pruebas, identificaciones, rastros biográficos que finalmente afloran hacia la construcción de un relato del “nunca más”.

Es notable hoy en día el aumento de la restauración historicista de viejos centros urbanos; paisajes, edificios y hasta pueblos enteros convertidos en museos; la voyerización y el comercio de la nostalgia, las videograbaciones de visualización virtual que funcionan como escaparate de archivos, museos y centros de la memoria; la escritura de memorias y confesiones; el auge de la autobiografía y de la novela histórica; prácticas de la memoria en artes visuales que suelen centrarse en la fotografía; los documentales

históricos; la literatura psicoanalítica sobre el trauma; los aniversarios, y las conmemoraciones y monumentos.

La acumulación irregular que consigue la memoria a base de multitud de escenas y momentos, con su correlato obligado de olvidos, silencios, represiones, tiene su correspondencia en el archivo. Aquí, los rostros son frecuentemente fragmentarios y solo significan en relación con la totalidad de la continuidad discursiva de la que hablamos, inalcanzable en las dimensiones espaciales y temporales del archivo, cuya narrativa se caracteriza por su tensión hacia el futuro, por su deseo de presencia y conservación.

Los cuerpos de la vida se han perdido difuminados entre el pasado y el futuro, pero el archivo sigue caminando y sus fantasmas también. Así como el documento en su origen cumplía su función, deben dirigirse al cumplimiento de una función reparadora. El interés de los archivos de la seguridad de Estado de los desaparecidos regímenes represivos queda reflejado en el estudio elaborado por un grupo de trabajo del Consejo Internacional de Archivos en los años 1995 y 1996. Dicho informe abarca el periodo de 1974 a 1994 y analiza la situación de los archivos de la represión en países muy diferentes, pero que tienen el componente común de haber sufrido durante largo tiempo la opresión de un Estado totalitario de derechas o de izquierdas. Es el caso de España, Grecia, Portugal, países de América Latina (Argentina, Paraguay, Chile, Brasil), Zimbabwe, Suráfrica, y los países de Europa central y del este. El informe reafirma el interés de su conservación no solo para reconstruir un pasado reciente, sino, sobre todo, como lo viene haciendo el Archiv der KZ-Gedenkstätte

Mauthausen, para poner en funcionamiento el ejercicio de los derechos democráticos, entre ellos, la amnistía para los delitos de opinión o reparación a las víctimas de la represión o a sus familias.

La desaparición de los documentos, muchas veces, impide avanzar en la búsqueda de responsabilidades políticas y en la clarificación de los crímenes de Estado. El mismo informe, así lo hacen saber Alberch Fugueras y Cruz Mundet (*¡Archívese! Los documentos del poder. El poder de los documentos*, 1999), describe, en este sentido, los casos de Grecia, de la DINA (Dirección de Inteligencia Nacional) en el régimen de Pinochet y de Suráfrica, donde desaparecieron los documentos de su policía secreta, la NIA –siglas en inglés de Agencia Nacional de Inteligencia–. La falta de testimonios documentales en algunos casos ha hecho necesaria una reconstrucción de la represión a partir de testimonios personales. La llamada Comisión para la Verdad y la Reconciliación fue en Chile la encargada de esta reconstrucción. Los archivos del Ministerio para la Seguridad del Estado de Alemania (más conocido por la abreviatura alemana Stasi), por el contrario, se conservaron casi en su totalidad y han permitido la depuración de responsabilidades.

Los discursos de la memoria, aunque enmarcados en una inercia global, siguen casos de países concretos que luchan por crear sistemas políticos de verdadera democracia como consecuencia de historias signadas por la violencia. Lo que estos discursos ponen en juego son asuntos como los genocidios, las limpiezas étnicas, las migraciones, los derechos de las minorías, la victimización o la imputación de responsabilidades.

Tal vez, las políticas públicas mediáticas hagan comprensible que la obsesión por la memoria obedezca al temor por el olvido, articulado este último a los crímenes y desapariciones en Colombia. El miedo al olvido o a la repetición del mal se enfrenta al riesgo de una excesiva comercialización cultural de la memoria, que corre pareja al riesgo de que olvidemos la esencia histórica de los acontecimientos y nos diluyamos en la transitoriedad que imponen las políticas incompletas, las modas globales por la memoria o la influencia de los nuevos medios como vehículos que parecen atrapar toda forma de recuerdo y, además, no transportan la memoria, que es de todos, con inocencia.

El archivista, como el autor de una biografía o una autobiografía, debe construir una puesta en marcha y unas categorías clasificatorias que concedan orden a la memoria escrita como una narración que solo adquiere sentido en el conjunto de un sistema de relaciones. La claridad de saber sobre un hecho, una impresión, un recuerdo, como saber de un documento aislado o un conjunto de documentos que ya de por sí mantienen una específica relación en el expediente que forman, depende de la trama que el archivista, como el narrador, debe construir a base de una exposición conceptual de sus contenidos.

El archivo y la biografía son recurrentes en el mundo contemporáneo. Archivos secretos que se descubren o aparecen a la luz pública, por prescripción de plazos legales, por decisión política o por lógica mediática, potencian la posibilidad de la reconstrucción biográfica con relatos, registros institucionales y diversos artefactos. Es el caso de los documentos del Stasi de la Alemania del Este; de los de

la Dirección de Investigaciones de la Policía de la Provincia de Buenos Aires –Dipba-, en la capital argentina, o de los de Colombia, conservados en el Centro de la Memoria Histórica en Bogotá. Archivos del mal, así llamados por sus orígenes creadores, que, bajo unas funciones similares a las del museo o del memorial, como el Archiv der KZ-Gedenkstätte Mauthausen, sirven para cumplir funciones donde la memoria, que puede hacerse visible de muy variadas formas, debe actuar como eje de compromiso social.

Según Huyssen, en contra de algunas conocidas consideraciones que hablan de “museizar” como lo contrario de conservar, como un acto televisivo de congelar, esterilizar, deshistorizar y descontextualizar, la museización o el archivo del Holocausto no simula lo real ni contribuye con ello a su agonía. El contenido del Archiv der KZ-Gedenkstätte Mauthausen, como el contenido del Centro de la Memoria Histórica de Colombia, posee unas connotaciones de tragedia que transmiten y seguirán moviendo sensibilidades de compromiso en el presente. El museo y el archivo no pueden neutralizar temores y angustias sobre la actualidad, pero la seducción de sus objetos y de sus documentos (reliquias del pasado) son presentados en una continua actualización cuyas interpretaciones nunca quedan del todo aisladas de cierta pureza u originalidad que desprenden los objetos/documentos. Ellos ubican siempre al espectador en la intensidad del presente, y la mirada (siempre viva) no juzga ya un pasado muerto u osificado.

Nuestro presente, con el ascenso global de la ultraderecha o los fascismos europeos, puede ser contrastado con la puesta en escena del museo-archivo o el archivo-museo

en una sociedad en la que la actividad cultural funciona como una agencia de socialización comparable, pero también enfrentable, al devenir de una nación, a las políticas de sus Estados. Lo real no puede olvidarse y la materialidad de lo real constituye el soporte de un aura que trasciende el tiempo de una memoria llena de experiencias que estuvieron fuera de lo común.

Cuerpos

Sí, esos cuerpos de una vida es lo que encuentro en el archivo policial que aparece en el diario de notas titulado *El material humano*, escrito por Rodrigo Rey Rosa. La fisicidad de numerosos nombres, registrados por la Policía Nacional de Guatemala entre las décadas del treinta al setenta del siglo veinte por delitos políticos y comunes, queda representada en unas fichas de cartulina de diez por quince centímetros. Fichas ya amarillentas y roídas por la humedad y el paso del tiempo en el año 2005, cuando supuestamente comienzan a escribirse estos apuntes y reflexiones que se mueven entre lo ficticio y lo histórico, cuando una explosión hizo que se descubriera el Archivo que la Policía Nacional había mantenido en secreto, un siniestro lugar, caracterizado así por la índole de su contenido, donde se suceden las fichas de más de doscientos mil guatemaltecos vigilados, torturados y asesinados.

Nombres, cuerpos detenidos y encarcelados por pretensiones de filocomunistas, por limpiar botas en la calle sin licencia, por propalar ideas exóticas, por robo de cable telefónico, por ser buhonero sin permiso, por jugar a la pelota en la vía pública, por pescar con atarraya en tiempo de veda, por vender dulces sin autorización, por padecer enfermedad venérea, por frecuentar prostíbulos siendo menor de edad, por esquinear y vagar, por haber amena-

zado con un cortaplumas, por ser, en fin, impertinente y, como Novales Dolores, hondureña de Puerto Cortez nacida en 1919 y fichada en 1955, porque “quiere dejar la prostitución y someterse a la vida honrada”.

Los registros muestran el carácter arbitrario y en muchas ocasiones perverso del sistema jurídico guatemalteco que sentó las bases de la violencia que se desencadenó en el país en los años ochenta. La vida y la muerte de un “material humano” que ingresa día tras día en las dependencias policiales y que debe ser identificado en unas pequeñas fichas de escritura casi telegráfica aparecen plasmadas en el instante de su lectura; la vida de un carbonero, de una tejedora, una engrasadora, un plomero, un agente de viajes, una mecanógrafa, a quienes luego se les podía incluso elaborar una ficha post mortem para decir que fue muerta por arma de fuego, estrangulado en la calle o “atado de pies y manos con mecate de plátano, golpeado y lanzado al río”. Vida y muerte evocadas en la representación de un nombre propio como cuerpos compuestos de cierta cantidad de aire que mientras pronunciamos se inflan y cuando acabamos de hacerlo, se desinflan.

Como Arlette Farge en el Archivo Judicial, Rey Rosa descubre la desmesura del Archivo Policial, la imposibilidad de dar cuenta de todas las historias individuales que se intuyen tras la enunciación de un nombre propio, de unos hechos ciertos o no que impresionan, de unos escenarios posiblemente familiares por haber sido frecuentados; tras un papel de caracteres alfabéticos desgastado o cicatrizado por el paso del tiempo, pero sobreviviente a él. Cada nombre es una novela por construir y Rey Rosa

siente la imposibilidad de novelar el Archivo, mucho menos dar cuenta articuladamente de todos los seres que en él habitan. Se suceden nombres, experiencias de investigación, pequeños pensamientos propios y ajenos, pero es difícil atrapar y domesticar el potencial de la sugestión que ofrece una enorme masa documental. Aunque el testimonio documental obedece a una triple relación “ficción-verdad-historia” distinta a la del documento estrictamente literario, cada nombre oculto en el laberinto del Archivo es una vida por reconstruir. Hay una extraña atracción en la lectura del documento de archivo que no se encuentra en el enunciado del mismo, sino en el acto de la enunciación. No tanto en el qué se cuenta, que a nadie agrada, aunque igualmente sea desencadenante de posibles historias, sino en el cómo se cuenta, en las estrategias utilizadas para construir un documento de escasas palabras que vislumbra todo un relato.

El escritor guatemalteco, como Adam Zagajewski en su *Cracovia intelectual* (2006), encuentra en el Archivo Policial historias colgando en el aire como filamentos de un extraño plasma, un lugar donde pueden entreverse “espectaculares máquinas de terror” como tramoyas que hasta el momento en que uno se sumerge en él, habían permanecido ocultas. Tras las pistas del secuestro de su madre, que tuvo lugar en la ciudad de Guatemala y duró todo el segundo semestre del año 1981, la primera persona del autor encuentra casualmente unas cartas escritas por su abuelo materno a su esposa e hijos horas antes de suicidarse con un balazo en el pecho. Su estancia en el Archivo, sus hallazgos le producen sueños fantasmales.

La vida de los más desfavorecidos, simulando ser fantasmas de una aglomeración humana imposible de captar en sus mínimos detalles de plena realidad, se exhibe en las páginas del Archivo Policial reflejando lo esperpéntico, esa mezcla de lo trágico y lo irrisorio que escriben los espejos de letra manuscrita o letra mecanografiada. El documento judicial o policial une, como ningún otro documento, la realidad de un “pasado muerto” con las representaciones vivenciales de la actualidad que solo llegarán a ser historia cuando se encuentren con la muerte. Como si la historia de esos personajes fantasmales que habitan en el Archivo, necesitados de afecto para ser rescatados, fuera más real que nuestra propia y más próxima cotidianidad que recurrir al inconsciente y lo ficcional-simbólico para soportarse. El contraste es evidente. Si ellos, esos personajes están ahí, en el Archivo, es porque de algún modo inhabitual salieron precisamente de su cotidianidad.

Registros documentales donde hechos inesperados dan cuenta de un desorden social, por mínimo que sea. Posiblemente, la escritura que describe el origen de una detención, la escritura de una confesión, el relato de unos oscuros sucesos, contengan más intensidad afectiva en su lectura que verdad, pero el estremecimiento que nace de ella hace que el Archivo siga funcionando como una seducción, produciendo en el lector una sacudida emocional que implica impresiones físicas, y acaba motivando la reflexión, una reflexión que está pidiendo participación activa en el descubrimientos de nuevos hechos excepcionales, en la profundizando de detalles que tal vez animan esa íntima parcela de morbosidad, de atracción hacia los acontecimientos más desagradables,

que necesita la objetivación histórica. Profundizar, al fin y al cabo, en la dramaturgia que desenmascara la previa realidad que llevó a unos anónimos seres a formar parte de las “socialidades” que resguarda el Archivo.

La violencia, lo desagradable, la debilidad de los seres humanos aparece muchas veces en situaciones inauditas; conmueve en la escritura insospechada del archivo; trastorna porque asombra. Una ciudad, una nación, son continentes de una mínima población, comparada con los millones y millones de seres humanos que pueblan el “archivo del mundo”, considerado este como la suma, como la totalidad de las series documentales producidas por la historia y lo que llegará a ser historia. La sorpresa o el temor, el asco o el miedo, se han hecho comunes en la continuidad del Archivo y hacen que uno habite fuera de sí mismo; remueven las conciencias ante el reflejo cegador de una violencia común, doméstica, estatal.

Tal vez la escritura de las notas de Rey Rosa está dirigida por la índole de exageración que siempre conlleva la construcción de un diario, exageración en doble sentido: unas veces hacia lo humilde y otras hacia lo vanidoso. Tal vez, también, sus encuentros documentales estén dirigidos por quien los vigila y se los muestra. Dejar ver solo lo que se quiere que se vea. Como en una parábola de Kafka, para ingresar en el Archivo bastó con pedir permiso y, una vez dentro, “cuarto oscuro y húmedo tras cuarto oscuro y húmedo, todos llenos de papeles con su pátina de excrementos de ratas y murciélagos; y, pululando por ahí, más de un centenar de héroes anónimos, uniformados con gabachas, protegidos con mascarillas y guantes de látex y

vigilados por policías, por círculos concéntricos de policías, policías integrantes de las mismas fuerzas represivas cuyos crímenes los archivistas investigan”.

El Archivo de la Policía Nacional de Guatemala es un archivo de material humano deshumanizado. En él se encuentran las fichas de más de doscientos mil guatemaltecos espiados, torturados y asesinados por sus creencias políticas. El archivo pone de manifiesto no solo la confirmación de que tras todos estos asesinatos se encontraba el gobierno y los “escuadrones de la muerte” o los “ojo por ojo” (grupos paramilitares de extrema derecha), sino también la trama colaboracionista que permitió llevar a cabo el golpe de estado de 1954. “El hombre es aquel que puede sobrevivir al hombre”, nos dijo Primo Levi. El archivo también pone de manifiesto que los hombres son y seguirán siendo un peligro para su propia especie.

Rey Rosa utiliza las visitas al Archivo como tema de su diario. Sus múltiples llamadas a él, no correspondidas como escritor, como ciudadano guatemalteco que todavía vive sumido en el asombro, un asombro intensificado por la desmesura testimonial, constituyen su leitmotiv.

El crimen occidental

El 7 de octubre de 2024 comenzó la guerra que enfrentó a Israel y Gaza. Mientras los israelíes celebraban la fiesta de Simjat Torá y los judíos que viven fuera de Israel festejaban el último día de la fiesta de Sucot, grupos armados palestinos, principalmente de Hamás y de la Yihad Islámica Palestina, lanzaron un ataque aéreo y terrestre denominado *Operación Inundación de Al-Agsa* que tomó por sorpresa a Israel al día siguiente del quincuagésimo aniversario de la guerra de Yom Kipur. Israel respondió inmediatamente con la Operación Espadas de Hierro por medio de bombardeo y una posterior invasión a la Franja de Gaza.

Secuestros, torturas y más de mil cuatrocientas muertes por parte de los militantes de Hamás, hicieron que el Gobierno israelí presidido por Benjamin Netanyahu declarara el estado de guerra por primera vez desde 1973. Desde entonces, los bombardeos y las invasiones que Israel ha ejecutado sobre la Franja de Gaza y ahora, con la escalada del conflicto sobre el sur del Líbano, han provocado más de cuarenta y dos mil muertes.

Pero es en la propia Israel donde actualmente se escucha y puede sostenerse un discurso crítico, en particular por los llamados “nuevos historiadores”; un discurso opuesto a los mitos fundadores judíos, a la política, al espíritu y hasta

a las ideologías de los dirigentes. Es el caso de Ilán Pappé (Haifa, Israel, 1954), un profesor de historia en la Universidad de Exeter (Reino Unido); codirector del Centro Exeter de Estudios Etno-Políticos y activista político. Autor de obras como *Una historia de la Palestina moderna: una tierra, dos pueblos* (2003), *El Oriente Medio moderno* (2005) o *La limpieza étnica de Palestina* (2006).

Junto a Benny Morris, Tom Segev o Idit Zertal, Ilán Pappé, como decimos, es uno de esos “nuevos historiadores” israelíes que han tratado de revisar la historia moderna del Estado de Israel, criticando el sionismo y adjetivando la acción, condenable, de Hamás del 7 de octubre de 2023 como de un “grito” que quiere amplificarse ante la falta de soluciones a la situación colonial de su territorio. Todos estos autores aparecen en el ensayo de la escritora judía Viviane Forrester (París, 1925-2013) titulado *El crimen occidental* (2004) y es precisamente de este ensayo del que queremos dar cuenta, resumiendo, prácticamente con sus propias palabras, la esencia de lo que fue el proyecto sionista, un proyecto colonialista por el que se creó el Estado de Israel, como también viene a decirnos Pappé, respaldado por las potencias occidentales, que tuvo su origen a fines del siglo XIX y todavía continúa en el siglo XXI.

Un ensayo, el de Forrester, que creemos ayuda a esclarecer y entender los orígenes imperialistas y coloniales de los que hay que hablar para poder comenzar a discutir, ahora más que nunca, del conflicto que no cesa y sigue, desde hace un largo tiempo, enfrentando a Israel y Palestina, y acrecentando su magnitud bélica de exterminio.

Después de la Segunda Guerra Mundial, algunos países siguieron prefiriendo los recursos fáciles del racismo, de las jerarquías, de su altivez; todos en el origen del deseo de poder, del reconocimiento de señas de identidad, de obsesiones todavía imperialistas que alimentaban instintos de dominación y rencores antisemitas, y otro tipo de agresividades fueron evitadas y reprimidas después de la Guerra. Sin embargo, el fenómeno (cercano al racismo institucional) no había desaparecido y entre sus defensores se encontraban, incluso, judíos. Buena conciencia occidental, el convencimiento de detentar la única verdad amparada por las leyes, la sumisión indígena y la falsa caridad, se encontraban detrás de esa llamada “misión civilizadora” que se consideraba ejemplar.

La derogación del nazismo significó la del racismo clásico. En este contexto, en esos tiempos coloniales, a las Naciones Unidas les pareció natural pensar que una tierra en la que vivían los árabes, a quienes se consideraba subalternos, estaba disponible. El asunto era simple para las naciones dominantes: conceder tierras pobladas de menospreciados a otros menospreciados. No importaba si aparecían las peleas, las grandes naciones ya actuarían como mediadoras. Israel jugaría con ventaja, pues formaba parte (aunque al margen) del club occidental al que serviría de antena en la zona.

Así, para las naciones dirigentes, en 1948, parecía lógico disponer de tierras ocupadas por una población a la que se le consideraba colonizable por naturaleza y adjudicarse sin más el derecho a distribuir las, a asignar una parte de esas tierras árabes a la voluntad sionista, es decir, a los euro-

peos judíos que se habían sacrificado por Europa y estaban decididos, bajo el mandato británico, a hacer de Palestina, definida como su patria ancestral, un refugio y su propio Estado: “Haremos de Palestina –anunciaron– un país tan judío como Inglaterra es inglesa”¹.

Este reconocimiento del Estado de Israel por parte de las Naciones Unidas intentaba demostrar que Occidente había aprendido de la Guerra y llevaba a cabo un acto de arrepentimiento para liberar su conciencia y, a la vez, liberar sus territorios de inmigrantes indeseables y de un desafortunado asunto. Con este reconocimiento se intentaba decir también que se estaban haciendo esfuerzos para querer a los judíos, pero en otra parte: en Palestina.

El Estado de Israel tendría la misión de convertirse en refugio de los judíos, pero los judíos sobrevivientes de los campos de concentración fueron mal acogidos en la nueva nación que, en principio, era suya. Se vieron violentamente despreciados a causa, justamente, por los sionistas israelíes. Para el sionismo, Israel tenía vocación no de refugio, sino de “patria recuperada”, reivindicada inmemorialmente.

La existencia de Eretz Israel (la tierra de Israel) garantizaba ante los sionistas que se había acabado con judíos víctimas pasivos y sufrientes. A estos tópicos ellos contra-

1 En sus inicios, el sionismo surge como un movimiento laico dentro del pueblo judío, como consecuencia de la influencia de los judíos en Europa a todo lo que tiene que ver con la modernidad y sus valores. Los judíos ultraortodoxos rechazan la modernidad y, en consecuencia, rechazan el sionismo, pero hoy en día, con seguridad, la mayoría de los ultraortodoxos aceptan la existencia del Estado de Israel y no se oponen al sionismo. A ese sionismo laico se irían incorporando judíos religiosos y así surgiría el sionismo religioso.

ponían una imagen de orgullo: de una guardia laboriosa, intransigente, agresiva y hasta belicosa, que reprochaba, primero, a los sobrevivientes y, luego, a los exterminados, el no haber combatido con las armas a sus torturadores; un reproche basado en un error político y una falta de comprensión y entendimiento; y que se proponía acabar con la historia funesta de los judíos en Europa.

Muchos sionistas dieron prioridad a la creación del Estado de Israel respecto del salvamento de los europeos judíos. Los que escaparon de los campos fueron tratados como “material humano” inadecuado y se les designó como “el resto”, incluso como “desechos”. Con los nazis en el poder, Ben Gurión (líder sionista que proclamó el Estado de Israel en 1948 y fue presidente de 1948 a 1953; y de 1955 a 1963) esperaba el fortalecimiento del sionismo y la llegada en masa de inmigrantes procedentes de Alemania, pero esta no se dio y se vio, además, frustrada por el genocidio nazi.

Con el Estado de Israel de 1948 el sionismo pretendía olvidar el sometimiento a la autoridad del mandato británico en Palestina, vigente desde 1922; y olvidar la amenaza de exterminio de todos los europeos judíos que se había desencadenado en 1939. La inquietud y el rechazo árabes crecían y se manifestaron desde fines del siglo XIX contra el establecimiento estratégico de un número creciente de inmigrantes judíos y de tierras compradas, ocupadas por los árabes para hacer de Palestina, como se dijo, “un país tan judío como Inglaterra es inglesa”. Los países árabes corrían el riesgo de alzarse en plena guerra contra nuevas inmigraciones masivas.

Durante cinco años (los de la guerra y el genocidio), frente a la expansión nazi, los sionistas de Palestina siguie-

ron subordinados a la potencia inglesa. Así, Palestina no podría desempeñar un papel salvador, sería para los judíos europeos un país cerrado como los demás. Todas las naciones rechazaban a ese “resto” de los sobrevivientes al final de la guerra e incluso en Israel su acogida (obligatoria) era una de las más reticentes y hasta hostil. No era posible así defenderse para demostrar la legitimidad de su supervivencia y de sus derechos, se les negaba una supuesta “solidaridad democrática”. Los sionistas trataban de borrar el genocidio nazi mediante la dignidad que les confería el combate y las victorias triunfales sobre los árabes. Poseer, en defensa propia, el conocimiento del “dolor judío”, haber enfrentado la destrucción integral concede cierta clase de dignidad, una forma de saber que merece respeto.

El sionismo nace a fines del siglo XIX y, fuera de sus reivindicaciones de orden sagrado, reclama para los judíos, primero, una tierra, un “Hogar”, y, luego, un Estado en una Palestina habilitada por otros desde hacía mil quinientos años. Se apoyaba en la lógica colonial del contexto ideológico de entonces, que autorizaba y estimulaba a las grandes potencias a disponer de tierras extranjeras consideradas exóticas y hasta de sus propios habitantes.

Resignado inicialmente a que el antisemitismo (al que nunca combatió políticamente) era un hecho adquirido para siempre, un hecho que llegó, según él mismo, a comprender y hasta “excluirlo en el plano histórico”, el húngaro Theodor Herzl (1860-1904) no fue el iniciador del sionismo, pero sí fue el fundador de un sionismo oficial, activo y estructurado, que se reconoció internacionalmente, sobre todo a partir de su ensayo titulado El Estado judío (1896),

que determinó la expansión del sionismo, y del éxito del primer Congreso Mundial Sionista, que organizó en agosto de 1897, valiéndose de sus numerosos partidarios de los círculos más sofisticados de Viena y París, y estableciendo, entre otras cosas, una banca, una prensa y un Fondo Nacional Judío financiado mediante una suscripción popular. Herzl luchaba a partir del antisemitismo y no contra él.

Era natural que las poblaciones judías de Europa Oriental quisieran huir del horror de los pogromos, de las hostilidades permanentes que suponía el rechazo, del confinamiento en los guetos, y de la miseria y el hambre que las llevaba a la mendicidad. La urgencia por salir de esta situación no concordaba con los ritmos, a menudo perezosos, de la política, con la lentitud de la historia. Viviane Forrester se pregunta si la mayoría de estos judíos no habría preferido seguir viviendo en las tierras europeas donde ya estaban ligados por generaciones, si la situación pasaba forzosamente por el sionismo.

Durante siglos se repetía la promesa de “encontrarse al año siguiente en Jerusalén”, pero no por ello los emigrantes que la habían pronunciado (si podían elegir), dejaban de poner rumbo en masa en dirección a Estados Unidos y, en menor medida, a los países de Europa Occidental y, en contadas ocasiones, a Palestina. Como sucede actualmente, Estados Unidos es el destino preferido de los judíos que abandonan Israel. El problema de los sionistas fue la gran carencia de emigrantes por un “retorno” a las tierras bíblicas, incluso en tiempos de los comienzos del nazismo. El deseo de Israel se alineaba más con lo sagrado y lo folclórico que con la realidad. No obstante, no hay que dejar

de tener en cuenta la intensidad del deseo y sus expectativas, ese fervor que los llevó a sostener durante décadas y a hacer realidad la utopía de Theodor Herzl.

Por otro lado, podía considerarse una colonia extraña, sin metrópoli, sin país originario al que los colonizadores podrían regresar, sin que estos buscaran riquezas y expansión, sin que fueran potencia, sino un conjunto de occidentales pobres, aunque financiados. Pero a los ojos de las potencias, los mismos colonizadores judíos, tratados por ellas y en ellas como parias, se convertían, una vez alejados, en occidentales, blancos superiores a los indígenas y, por esta misma razón, pasaban a poseer derechos naturales sobre ellos.

El proyecto sionista de Herzl se sustentaba en una filosofía y unos usos colonialistas; una ideología, en definitiva, que entonces parecía imperecedera. Representaba una adhesión al sistema colonial que inducía al hábito de un racismo generalizado, ligado a las costumbres y mentalidades. No obstante, la concreción del proyecto sionista adquirió inmediatamente un carácter anacrónico que entonces no resultaba perceptible, pero que trajo consigo la soberanía creciente que iban a conseguir los países colonizados por las potencias occidentales.

La independencia de la India el 15 de agosto de 1947 iniciaba el ocaso de la era colonial. Sin ya intereses en la ruta que llevaba a las Indias, Gran Bretaña aceptó la pérdida de su mandato sobre Palestina y el 14 de mayo de 1948 se proclamó el Estado de Israel. Para los árabes de Palestina se acentuaba la paradoja de su nueva situación de carácter intensamente colonial. Sin contar con su opinión ni con su consentimiento, y en virtud de las decisiones tomadas por

las potencias occidentales, buena parte de sus territorios, de su patria, pasaba a ser lugar nacional, la patria, el Estado de otra población muy minoritaria que había llegado ahí debido a un proyecto centrado, a la vez, en la Biblia y en el rechazo que llegó hasta el genocidio de los judíos.

Síndrome de una exclusión histórica que le ha negado el derecho a pesar de sus atributos nacionales como los de ser una gran potencia militar, pero también gracias a la continua resistencia palestina a Israel (un Estado tan pequeño e implantado en una región hostil) parece faltarle todavía la certidumbre, el fundamento esencial de ser un país homologado, como si siempre percibiera y permaneciera el judío incriminado de la historia. Víctima de una Europa que hoy se confunde con un Oriente Próximo, es el propio mundo occidental quien lo reconoce como un país de pleno derecho y le confiere el estatus de potencia oficial, de ahí (desde su propia historia y este reconocimiento) que las críticas políticas a Israel se confunden con antisemitismo, cuando su gobierno, en realidad, no representa a los “judíos”, sino a los ciudadanos israelíes judíos y árabes del Estado de Israel, no de ningún otro.

Este, en fin, es el origen del ánimo con que fue creado el Estado de Israel, un origen que debe ser discutido y, ahora más que nunca, tomado en cuenta. El pasado judío y los insultos que durante tanto tiempo se han hecho contra los judíos, vuelve a preguntarse Forrester, ¿es percibido de igual manera ahora por los israelíes y otros judíos naturales de otros países ante las críticas relacionadas con la política de los gobiernos sionistas? O bien, ¿ese pasado y esos insultos son un medio para no responder a esas críticas?

Pareciese que el sentir popular ante la situación Israelí-Palestina fuera por un lado, y el sentir de las directrices políticas, por otro. Como dice Ilán Pappé, hay una gran brecha entre la forma en que las élites políticas y económicas del norte global entienden el conflicto y entre las formas en que lo entienden sus sociedades o electorados.

Las primeras siguen viendo a Israel como una suerte de activo y no se atreven a cambiar su narrativa ni su actitud ante las políticas sionistas contra los palestinos. Políticas que se ven respaldadas por el AIPAC (American Israel Public Affairs Committee / Comité de Asuntos Públicos Estados Unidos-Israel), un grupo de presión cuyo objetivo es mantener el apoyo de Estados Unidos al Estado judío. Es el principal lobby sionista y uno de los más poderosos del país para fortalecer las relaciones entre ambos países, mantener la ayuda en materia de seguridad, fomentar las relaciones de Israel con países vecinos, aumentar la presión económica y diplomática de Estados Unidos sobre Irán, y combatir a las organizaciones islamistas contra la deslegitimación internacional del Estado de Israel.

Las segundas creen cada vez con mayor frecuencia que estas políticas son erróneas. No creen que los palestinos e israelíes tengan el mismo grado de responsabilidad en el conflicto y que necesiten a un país externo que les ayude a mantener un diálogo. Entienden que no hay un conflicto entre dos movimientos nacionales, sino un proyecto de colonización que comenzó a fines del siglo XIX y continúa hoy en el siglo XXI, y hay un movimiento anticolonial que trata de descolonizar el país. La primera cuestión para Pappé es entender esta brecha que enfrenta a políticos,

academia y medios de comunicación, con los grupos ciudadanos de solidaridad palestina, pues son dos perspectivas completamente distintas. El objetivo que se pretende alcanzar es que las élites políticas acepten el cambio que propone la sociedad civil para ir cerrando estas grandes distancias, un hecho, sin embargo, que no está sucediendo.

Liliana Córdova, de la Red Judía Antisionista Internacional, habla de las contradicciones del proyecto sionista que ya, desde hace algún tiempo, están aflorando, pero que ahora, más que nunca, se están haciendo más evidentes, pues ya no se trata de “algunos crímenes”, sino de un genocidio. Los propios judíos israelíes están abriendo los ojos. Sobre la base de la clasificación que hace Pappé, Córdova distingue tres bloques o facciones dentro de la sociedad israelí. Existe un Proyecto Israel compuesto de “mesiánicos” que no desean poner límites a sus actuaciones y pretenden crear unas condiciones caóticas para cumplir con sus predicciones fanáticas de acabar con los palestinos, y crear colonias y sinagogas en Gaza; y un Proyecto Judea, compuesto por “autoritarios pragmáticos” tratando de buscar una guerra con el Líbano e Irán. Estas dos facciones están en pugna. La ideología de Netanyahu no es mesiánica, pero se alía con ella porque cree que lo va a mantener en el poder.

Y, luego, una tercera, compuesta de un minúsculo grupo de israelíes (un 0'08 % de la población judía israelí) que promulga la paz, en el sentido de abandonar los territorios ocupados por Israel en 1967, hacer un canje justo con Hamas en Gaza y negociar con los palestinos. Estas rupturas dentro de la sociedad israelí hacen pensar que, tal y como actualmente se desenvuelve, las bases del proyecto

sionista no tienen futuro, más si pensamos en las bajas producidas en el ejército israelí, que siempre hacen mella en la mentalidad patria, y si pensamos que la gran mayoría de los sionistas en el mundo no son judíos, sino evangélicos protestantes que apoyan política y financieramente al proyecto sionista más colonizador y agresivo. Quién sabe, quizá sea este el comienzo del fin del sionismo.

La creación del Estado Israelí fue un proyecto colonial europeo que legitimó la socialdemocracia internacional. La solución, como se ha dicho, pasa por poner fin a la colonización, por el desmantelamiento de las estructuras coloniales y por el establecimiento de un Estado laico y democrático en Palestina con igualdad para todos sus habitantes, no por un Estado supremacista etnoreligioso como lo fue Sudáfrica. Parece que lo verdaderamente antisemita es defender la idea de que los judíos vivan en un país aparte. Los judíos son víctimas del sionismo porque no se pensó ni se piensa suficientemente que usurpan la tierra de los palestinos; estos se siguen levantando en combate y los colonos siguen padeciendo esta interminable situación. La esperanza puede venir de cambiar, en la consideración de Pappé, el término “paz” por el de “descolonización” y crear un Estado democrático único en Palestina que reciba a todos los refugiados palestinos.

A ojos de los judíos, Palestina parece ser considerada como una tierra de la que siempre ha parecido que Israel quiere dissociarse, como si temiera cualquier confusión posible entre su pueblo y los nativos con los que este pueblo iba, no obstante, a compartir el mismo aire, y los mismos paisajes. La reconciliación entre una sociedad

colonizadora y un pueblo colonizado será un proceso posiblemente complejo y doloroso, pero tal vez el único para evitar un nuevo y enorme derramamiento de sangre. En cualquier caso, tal y como ahora se está desarrollando el conflicto, la iniciativa para encontrar posibles soluciones no parece que pueda proceder del mundo judío, sino del palestino. Palestina, entonces, tendrá que cambiar las dinámicas nacionales e internacionales para comenzar a mirar la situación de otras maneras.

De Montevideo a Asunción: de dictadura en dictadura

A Óscar Roba Stuart lo conocí haciendo el doctorado (Ciencias de la Documentación e Historia de la Ciencia) en la Universidad de Zaragoza (España). Eran los años de 1999 y 2000. Desde entonces nos hemos encontrado en algunas ocasiones, una de ellas tuvo lugar en el 2016, en su ciudad natal de Montevideo (Uruguay), la ciudad, como decía Borges, “que se oye como un verso/ Calles con luz de patio”. La ciudad, como es costumbre decir allí, cuyos habitantes proceden de un barco.

Después de siete años, esta vez regresé con Faycely. Óscar nos ofreció su casa y el 22 de octubre de 2023 estábamos allí. Junto a su amiga Cristina recorrimos los barrios de la capital uruguaya, Piriápolis y Punta del Este. De pronto sol, de pronto lluvia y frío. Pero siempre vino, vino tinto, para hablar del mundo y reírnos. Al cabo de una semana, Faycely regresó a Cali y yo quise visitar el Archivo Histórico Diplomático del Ministerio de Relaciones Exteriores, a cargo, entre otros, de Mariela Cornes Rimoldi. Con Mariela había coincidido en el II Seminario de Archivos, Derechos Humanos, Memoria Histórica y Transparencia, que en julio de 2020 organizó virtualmente el Centro Nacional de Memoria Histórica de la ciudad de Bogotá. Su ponencia abordó el asunto de los Archivos de la Operación Cóndor y yo le

precedí con la mía: “Los archivos del mal: ¿un discurso sin autor?”. Solo era curiosidad y ya nos habíamos contactado previamente para vernos en el Archivo Diplomático.

La casa de Óscar se encuentra en el Cordón de Montevideo, cerca de algunas sedes de la Udelar (la Universidad de la República de Uruguay) y del barrio de las “librerías de viejo”, donde, ya desde hace algunos años, todos los domingos se organiza un gran mercado callejero. También está cerca, pero algo más distante, del Archivo y, a pesar de la tarde tan ventosa y lluviosa que hacía, decidí ir caminando hasta allí, hasta la Calle Colonia, 1206. Mariela me esperaba a las tres y a esa hora me recogió para recibirme en su despacho, que compartía con su compañero Álvaro. Me hizo saber qué fondos documentales custodia el Archivo y cuál era la función de control y vigilancia del Ministerio de Relaciones Exteriores cuando produjo estos fondos durante la dictadura cívico-militar que padeció el Uruguay.

El encuentro fue agradable y quise conocer algún tipo de registro que pudiera motivarme desde lo afectivo. Mariela me dijo que me enviaría dos documentos por correo electrónico y, tiempo después, los recibí. Se refieren a la desaparición de los ciudadanos uruguayos Adriana Gatti y Edmundo Sabino Dosetti. Son documentos conocidos entre los estudiosos de la dictadura uruguaya y quiero darlos a conocer aquí para pensar, entre otras cosas, en las posibilidades que encierra la llamada Historia de las emociones abordando fuentes de archivo nacidas de los conflictos bélicos o políticos. Los acontecimientos sociales, políticos, culturales, son marcas que perfilan las biografías individuales

y las historias colectivas de la humanidad, manifestaciones o sedimentos de esas biografías e historias.

El amor, la salud, la muerte, el parentesco, la afinidad, los vínculos casuales, son rasgos propios del ser y de la unión de los humanos. La amistad, el odio, la venganza, el miedo, no tienen historia, son acontecimientos del tiempo humano, generalmente no conectados a otros y similares acontecimientos. Pero en tanto acontecimientos sí pueden resultar siendo huellas humanas retrospectivas donde podrían localizarse esas conexiones y comprender las causas de unas preocupaciones íntimas, sociales, cotidianas o esporádicas, que producen emociones surgidas como acontecimientos personales o colectivos en determinados contextos políticos y sociales.

Adriana Gatti nació el 22 de agosto de 1959 en Montevideo. Militaba en Montoneros, era miembro de la Unión de Estudiantes de Secundaria Argentina y a sus 17 años fue secuestrada y asesinada, un 8 de abril de 1977. Sus restos se hallaron en 1983, en el Cementerio de la Chacarita.

Con fecha de 15 de junio de 1977, Marta Gatti, la esposa de Gerardo Gatti, en tono angustioso por la situación de desamparo de su suegra, ante el secuestro de su esposo y su huida a Francia para refugiarse allí junto con sus dos hijos, solicita saber del paradero de sus “seres queridos”, que se encontraban detenidos por las autoridades de un país que “hoy (dice) transita un camino sombrío”. En concreto, pregunta por la desaparición de “una jovencita, casi una niña, en trance de ser madre”. Gustavo Magariños, entonces el embajador del Uruguay en Argentina, responde a Marta Gatti un 25 de

julio del mismo año. Por él sabemos que esa “jovencita” es Adriana, hija de Marta.

<<París, 15 de junio de 1977

Señor Embajador de la República Oriental del Uruguay
Don Gustavo Magariños

De mi consideración:

Mi nombre para usted no ha de resultarle desconocido. Y, particularmente, para mi desgracia, en razón de hechos que en un año han introducido el dolor en mi familia. Yo soy la esposa de Gerardo Gatti y la madre de Adriana Gatti.

A través de la desguarnecida soledad de mi anciana suegra usted supo de la angustiosa impotencia que nos embarga. Seguramente también recibió información sobre el particular de mi primo, Santiago Antuña, quien sé es persona de su amistad.

De todas maneras, señor embajador, hechos como éste que a mí me golpean doblemente son un fenómeno repetido que no es posible ignorar.

No rehuyó ni pretendo desconocer las diferencias que nos separan. Después del secuestro de mi esposo tuve que refugiarme con mis otros dos hijos en Francia, y así fue como hubo de abandonar nuestra casa y nuestra vida.

Como uruguaya que soy me dirijo en usted a la persona que –a parte de representar actualmente a mi país en la Argentina– posee, seguramente, un sentimiento patriótico que en algún aspecto ha de tener algo en común con el mío.

Estimo que no es posible la ignorancia para nadie de la triste realidad que respalda el pertinaz silencio de las autoridades ante nuestro requerimiento por

conocer el lugar donde están detenidos nuestros familiares. Testimonios irrecusables, como el del señor Enrique Rodríguez Larreta, que se han difundido internacionalmente, demuestran que nuestro Uruguay hoy transita un camino sombrío.

En este nuevo caso que afecta a mi familia se trata de la desaparición de una jovencita, casi una niña, en trance de ser madre. Usted sabe que el paso de cada día puede ser decisivo para su destino y el de la criatura que ha de nacer.

Es por eso que acudo a usted, confiando que, desde una óptica humana y sensible, esa sí perdurable, usted quiera ayudarme, al margen de otros compromisos que son finalmente, efímeros.

Recuerde que yo, además de haber nacido en el mismo suelo que usted y amarlo, siento en viva carne la terrible angustia de comprobar que ni con mis solas fuerzas de esposa y de madre ni con todos los recursos legales que he emprendido puedo lograr que las autoridades declaren dónde están detenidos mis seres queridos y qué cosas se aducen contra ellos. Ni puedo resignarme –y pienso que nadie debe– a una situación tal que contradice todo sentimiento humano básico.

Me excuso ante usted por llamarle su atención y le pido que haga de su parte todo lo posible para ayudarme.

Mis señas son: Madame Marta Gatti, Chez Madame Girard, 45 bis rue de Sahel, 75012, France.

De antemano le quedo muy agradecida y le saludo atentamente>>.

El embajador respondió en carta fechada el 25 de julio de 1977:

<<Buenos Aires, 25 de julio de 1977

Señora
MARTA GATTI
Chez Madame Girar,
45 Bis rue de Sahel, 75012
París – FRANCIA

De mi consideración:

Me dirijo a usted para expresarle que he recibido su angustiada carta del 15 de junio relativa a la desaparición de su hija Adriana. Poco después, recibí otra de su señora suegra, Doña María E. Antuña de Gatti, en la que me da cuenta de las gestiones realizadas por ella ante distintas dependencias argentinas y organizaciones religiosas.

La señora Antuña de Gatti me sistió apenas se enteró de la desaparición mencionada. Desde ese momento, procuré obtener alguna información con respecto a lo acaecido, pero lamento comunicarle que esos esfuerzos han resultado hasta ahora infructuosos.

El hecho de que no exista dato concreto alguno a cerca de las circunstancias que han rodeado al episodio dificulta enormemente la búsqueda de su hija Adriana. Similar problema afronta la Oficina de las Naciones Unidas, con cuyas autoridades he conversado sobre el caso, y que a través de su agencia del Comité de Refugiados se ha ocupado de este asunto.

Proseguiré las averiguaciones encaminadas a obtener datos sobre lo sucedido. En caso de lograr alguna concreción informaré inmediatamente a su señora suegra con las que me resulta más fácil mantener contactos.

Saludo a Usted muy atentamente.
GUSTAVO MAGARIÑOS
Embajador>>

Por su lado, el 5 de julio, la madre de Gerardo Gatti (María C. Antuña de Gatti), en carta dirigida al mismo embajador, precisa que su nieta desaparecida había nacido en 1959, en Montevideo:

<<Montevideo, 5 de julio de 1977

Señor Embajador del Uruguay
Gustavo Magariños
Buenos Aires

Señor Embajador

Para su conocimiento, y en relación con la desaparición en esa ciudad de mi nieta Adriana Gatti Casal, Uruguaya nacida el 22 de agosto de 1959 Montevideo cédula de identidad n° 1641464, desaparición que le denuncié oportunamente, le envío fotocopia de la nota aparecida en el “Buenos Aires [ilegible]” del 29 de junio.

Además del recurso de Habeas corpus interpuesto el 20 de mayo a [ilegible] de las oficinas de naciones unidas en Buenos Aires; recurso que fuera presentado en el juzgado [Página 5] federal criminal n° 1 en la capital federal, secretaría n° 1 y obtuve respuesta negativa, el 28 de junio elevé denuncia de dicha desaparición al Ministerio del Interior y a la asamblea permanente de los derechos humanos. El 29 de junio a la nunciatura apostólica y al CELAM (Consejo Episcopal Latinoamericano).

Atentamente,
María C. Antuña de Gatti>>

El mismo día que el embajador respondió a la esposa de Gatti (el 25 de julio), responde también a su madre, manifestando el desconocimiento absoluto acerca de la desa-

parición de su nieta y concluyendo con un desalentador
“Proseguiré indagando al respecto”:

<<Buenos Aires, 25 de julio de 1977

Señora
MARIA E. ANTUÑA DE GATTI
Mighigan 1382
Montevideo

Estimada señora:

Acuso recibo de su carta del 5 de los corrientes en la que me informa acerca de las gestiones que usted realizara en Buenos Aires relacionadas con la desaparición de su nieta Adriana Gatti.

También recibí una carta desde Francia de su nuera.

Hasta el momento, y a pesar de las averiguaciones realizadas, no he podido obtener dato alguno con respecto a lo acaecido a su nieta.

Proseguiré indagando al respecto.

Le remito copia de mi contestación a su nuera.

Reciba usted mis atentos saludos.

GUSTAVO MAGARIÑOS
Embajador>>

Otro caso, de similar naturaleza, es el de Edmundo Sabino Dossetti Techeira. Natural de Montevideo, había emigrado a Argentina y trabajaba como ayudante contable. Fue militante de los GAU (Grupos de Acción Unificadora)

en Uruguay y de la UAL (Unión Artiguista de Liberación) en Argentina. De ideología marxista-leninista, los GAU fueron fundadores del Frente Amplio. La UAL fue un ensayo de alianza política antidictatorial en el exilio entre integrantes de distintos partidos y asociaciones de izquierda

Junto a su esposa Ileana García, fue secuestrado el 21 de diciembre de 1977 en su domicilio argentino por personas vestidas de civil que portaban armas largas. Contaba con 25 años y le dijeron ser policías y se desplazaban en tres autos. En la misma operación también desapareció Alfredo Bosco, quien vivía con ellos.

El 26 de diciembre de 1977, la Dirección política del Exterior, hizo saber al padre de Edmundo Sabino, que los padres de su nieta Soledad, habían sido detenidos y la niña había quedado en custodia de la Brigada Femenina de la Policía Provincial de Buenos Aires, de la Región San Martín:

<<Vicente López, 26 de diciembre de 1977

Señor Eduardo Dossetti:

Nos dirigimos a usted, basándonos en la correspondencia enviada a los esposos Dossetti, en la cual se lee su nombre en el remitente, creyéndolo por esto el familiar más cercano a ellos, a efectos de comunicarle los hechos que a continuación se sintetizan:

El día 21 del corriente, entre las 22hs y 0.20hs se apersonaron al encargado del edificio individuos armados, que dijeron ser policías, y le exigieron los condujera hasta departamento 12° "A". Una vez allí le ordenaron que llamara a la puerta, este así lo hizo y al franquearse la misma se introdujeron en él.

Una hora después le hicieron entrega al encargado de la niña Soledad, hija del matrimonio Dossetti, aclarándole que sus padres habían sido detenidos, y que se comunicarían con sus abuelos para que se hicieran cargo de la niña, en unos dos (2) días a más tardar.

Pasado el tiempo y, viendo que ninguna persona venía a hacerse cargo de la niña, y teniendo en cuenta lo irregular e inexplicable del caso, el encargado se comunicó con la policía, no dándole esta, en ese momento, ninguna satisfacción ni solución.

Puesto en conocimiento de los detalles del hecho a este Consejo de Administración, en la persona de su vicepresidente señor Fausto H. Bucchi, que reside en el departamento "C" del 5º piso, se realizaron las denuncias correspondientes ante la comisaría de la zona "Balneario" 5ª. de Vicente López, y ante las autoridades militares del área de Vicente López.

Resultado de todos estos trámites lo da el hecho de que la criatura quedó en custodia provisoria de la Brigada Femenina de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, Regional San Martín.

Consultada la Jueza de Menores de San Isidro, en cuya jurisdicción se encuentra el caso, nos autorizó a comunicarles los hechos.

Por lo expuesto, rogámosle se apersonen, dándole al caso carácter de extrema urgencia, para solucionar al menos la situación de la bebita Soledad.

Los detalles del caso se le explicarán personalmente a su llegada a Buenos Aires.

En espera de su inmediata respuesta, salúdale muy atentamente.

p/ Consejo de Administración

[Rubricado: Fausto H. Bucchi]
Vicepresidente

NOTA: Ruégole concurrir con los documentos de la bebita que posea, o algún otro dato de filiación, para facilitar la entrega de la misma.

DIRECCIÓN POLITICA EXTERIOR>>

El 16 de febrero de 1978, el padre de Edmundo Sabino Dossetti, de mismo nombre que su hijo, se dirige al Ministro de Relaciones Exteriores de Uruguay para que este averigüe el paradero de su hijo, que, como dice el comunicado anterior, había desaparecido mientras vivía en Argentina:

<<Montevideo, 16 de febrero de 1978
Señor Ministro de Relaciones Exteriores
Don Alejandro Rovira

Presente

Señor Ministro:

EDMUNDO SABINO DOSETTI, con cédula de identidad n° 349794 oriental, con domicilio en Cerro Norte Pasaje 51 apartamento n° 4446, se presenta ante el señor ministro y le expone: que teniendo un hijo trabajando en Buenos Aires, de nombre Edmundo Sabino Dossetti Techeira, uruguayo casado, empleado en calidad de sub-contador en el laboratorio de esencias y perfumes "INTERNATIONAL FLAVORS Y FRAGRANCES.S.A C.E.I." ubicado en la localidad de Martinez, Berruti 1341, Provincia de Buenos Aires, Argentina y su domicilio en la calle Lavalle 1494, piso 12° departamento "A" de Vicente López provincia de Buenos Aires, Argentina, vivía allí con su señora Ilena Sara María Garcia Ramos uruguayo,

y teniendo una hijita de nombre Soledad de solo 8 meses de edad. – (la niña ya se encuentra entre nosotros), pero como padre ruego al señor Ministro que por donde corresponda, sea averiguado, quien o porque fueron llevados y donde se encuentran mis hijos. – Adjunto la fotocopia de la nota que recibí en su oportunidad-.

Saludos del señor Ministro.

[Rubricado: EDMUNDO SABINO DOSSETTI]
C.I. 349794>>

Después de visitar el Archivo Histórico Diplomático del Ministerio uruguayo de Relaciones Exteriores, de regreso, ya en su domicilio, a Óscar le hice saber del encuentro con Mariela y él comenzó a relatarme experiencias personales que vivió durante la dictadura. Eran muchas cosas que no llegaba a comprender, y en los siguientes y escasos días que me mantuve en Montevideo me hizo saber del registro policial que en 1968 le hicieron, cuando comenzó a extenderse la vigilancia por toda la población sospechosa contra el régimen.

Con Gabriel Bucheli (*La dictadura civil-militar contada para todos*, 2023) he aprendido que un golpe de Estado, en principio, es un intento, un ensayo que puede fructificar o no. Por decisión y acción de determinados actores (políticos, militares o policiales) supone la interrupción arbitraria del orden jurídico establecido. Un orden como el democrático para el cual, un intento, un ensayo, puede ser mortal.

La democracia nunca se ha identificado con una corriente concreta de pensamiento y es, más bien, resultado del largo desarrollo de la civilización occidental en busca

de hacer ciudadanos portadores de derechos y concebidos como seres autónomos, razonables y responsables dentro de los vínculos que establece una comunidad y dentro de sus garantías institucionales: libre asociación, libertad de expresión, derecho al voto en elecciones libres y a la libre información. Esta definición de democracia puede acercarnos a la comprensión de una definición de dictadura, entendida como su contrario, como un régimen no democrático.

A fines de 1967, a la muerte de quien fuera presidente de Uruguay, el General (r) Óscar Gestido, su vicepresidente Jorge Pacheco Areco asumió la máxima magistratura de Gobierno y lo dirigió con mano dura. Creó una comisión legislativa que aprobó “el sistema de trato inhumano y torturas a detenidos por la Policía de Montevideo”. Este tratamiento incluía el uso, entre otros, de prácticas como picanas eléctricas y quemaduras de cigarrillos en órganos genitales. Entre 1968 y el golpe de Estado de 1973, muertes y desapariciones representaron el anticipo de lo que sería rutina una vez concretada la dictadura: la instauración de un régimen de terrorismo de Estado.

A partir del golpe se entró en una etapa que los historiadores han llamado “dictadura comisarial”, una expresión que metaforiza la imagen del “comisario” que venía a poner la casa en orden. El golpe quebraba los organismos representativos de la ciudadanía. El parlamento se suplió por el Consejo de Estado y las Juntas Departamentales se convirtieron en actores antisistémicos muy influyentes. El gremialismo estudiantil uruguayo venía funcionando desde 1929, con la formación de la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU) y fue prota-

gonista, entre otras cosas, por haber conquistado la Ley Orgánica de la Universidad en 1958, no sin movilizaciones y represiones policiales.

Los estudiantes de secundaria, por su lado, habían construido, también desde hace mucho tiempo, asociaciones gremiales en todos los liceos del país. Eran concebidas como escuelas de formación ciudadana, con elecciones regulares en las que diferentes posturas políticas se disputaban el liderazgo. El discurso gubernamental presentó las demandas del movimiento estudiantil como nuevo apéndice de los partidos políticos opositores, pero algo más había en él. Entre abril y mayo de 1968, el movimiento de estudiantes secundarios mostró al país un alto grado de autonomía y espontaneidad que obligó a reorientar la agenda de los actores políticos.

Según Gabriel Bucheli, los rebeldes del 68 eran hijos del maracanazo, así se llamó a la victoria de la selección uruguaya, el 16 de julio de 1950 en el estadio Maracanã de Río de Janeiro, a la selección de Brasil, local y favorita. Esta victoria se volvió símbolo de una época de bonanza y el Uruguay devino en la Suiza de América.

Como Óscar Roba Stuart, los hijos del macanazo, con un promedio de 18 años, eran los nacidos en las proximidades de aquella euforia deportiva. Los uruguayos se habían colocado en la cima del mundo y fueron creciendo en el transcurso del deterioro del país. Es justamente de 1968 cuando data el registro policial que le hicieron a Óscar. Visible en redes virtuales del Archivo del Terror de Uruguay; mientras conversamos en el salón de su casa me lo muestra:

<<Roba Stuart, Juan Óscar

C.I. N° 1.165.671

1968. Integrante de la lista 19.

Lema: “Acción Gremial Estudiantil”.

Sublema: “Democracia Gremial Directa”, para integrar el Consejo Ejecutivo de la “Asociación de Estudiantes de Preparatorios”, para el periodo 1968/69. Eval.: F-6.-7/V/970.- Según se informa, es sindicado como integrante del F.E.R. (Frente Estudiantil Revolucionario).- Evaluación: F-6>>

Las listas numeradas son listas electorales. Bajo la denominación de “Lema” se integra una generalidad, como la pertenencia a la “Acción Gremial Estudiantil”; y bajo el sublema, la asociación concreta, “Democracia Gremial Directa”. La evaluación (“Eval.”), al parecer, está hecha bajo códigos particulares; y, eso sí, Óscar (me dice) nunca perteneció al Frente Estudiantil Revolucionario. Tampoco, más tarde, cuando tuvo la oportunidad, lo hizo con el MLN-Tupamaro (Movimiento de Liberación Nacional).

Días más tarde, en conversación por wasap, después de preguntarle por el registro, Óscar me precisa:

<<No sé qué estarás haciendo con mi historia de vida, pero no importa. Te comento que tengo muchas de las características del Uruguay del mejor momento de antes de la crisis. Es que nací en 1950, comienzo de lo que se ha llamado una de las mejores décadas de país. Después de todo, fue crisis. Y te comento que a los pocos meses de nacer, mis padres me llevaron al aeropuerto a recibir a la selección de fútbol que ganó el mundial en Brasil, en una hazaña que aún hoy se recuerda. Después disfruté de las ventajas de la educación uruguaya. Buenos colegios y buenos profesores, libros gratis, etc. Todo eso cambiaría

definitivamente con la dictadura hasta el día de hoy. Y ese Uruguay es el que encuentro en Europa, en España: el Uruguay que toma vermouth, iba a la iglesia católica y casi no había marginalidad. Ese Uruguay entró en crisis en el 68 y yo estaba en uno de los centros principales de resistencia estudiantil, el IAVA. Yo tenía 18 años y también quise hacer la revolución. De alguna manera mi vida ha sido la historia del Uruguay, en esas fechas. Hasta me clausuraron la posibilidad de hacer Sociología en la Facultad. Menos mal que se apareció Bélgica en mi camino. Pero esa es otra historia>>.

Un poema de Eduardo Milán, de la primera mitad de los años setenta, interpretado por el cantautor Eduardo Darnauchans, muestra la sensibilidad general de los jóvenes del 68 comprometidos con las causas políticas y culturales del momento:

<<En Tacuarembó Si Te Parece

Esto no es un blues que quiera contar/ la perra nostalgia, cosa similar/ Les cuento una historia que no quedará/ muchachos de plaza y alguna maldad/ La vida que choca, piedras al rodar/ y el pecho revienta, viento respirar/ Teníamos quince años, dieciocho a lo más/ La vida era un juego que había que jugar/ con muchas mentiras, alguna verdad/ y un cuervo que grita nunca, nunca más/ Metidos en libros, humo y cavarlar/ matamos a Sartre en el baño de un bar/ Guevara aún no era un póster de colgar/ Los Beatles no fueron un giro al bailar/ Aullamos con Ginsberg su aullido fugaz/ las venas de Dylan y Donovan y Antoine/ Los años sesenta nos vieron pasar/ quemando las noches un film de Goddard/ El mundo nos dijo de cosas sin par/ el yanqui en la luna, la luna pisar/ Brigitte en la Cote con nuevo galán/ Pele y sus mil goles y nuestro Vietnam/

Tuvimos muchachas de boca y temblar/ la luz apagada
y sin desnudar/ Mañana de lluvia, canción sin cantar/
un golpe de labios no cambia el azar/ El Conde Ducasse,
nacido de acá/ nos dio de su mano la ruta infernal/ Se
amó con tal furia las flores y el mal/ la vida y la muerte,
sin separar/ Olvido mis años en este cantar/ Olvido mis
años en este cantar/ Se fueron los años en este cantar>>.

Mi estancia en Montevideo era un previo paso para asistir luego al XIV Congreso de Archivología del Mercosur que se celebraba entre el 8 y el 10 de noviembre en Asunción, la capital del Paraguay. Mi intervención trató de historia archivística, pero estaba más interesado en los momentos fundacionales de la ciudad. Como también había hecho en Montevideo, visité los fondos documentales que había producido el Cabildo colonial, que se custodiaba en el Archivo Nacional de Asunción, en la Calle Mariscal Estigarribia, esquina Iturbe. En Montevideo, este tipo de fondos los custodia el Archivo General de la Nación, situado en la Calle Convención, 1474. Debo agradecer a su director, Vicente Arrúa, toda su colaboración, primero por las facilidades que me concedió para la consulta de los fondos y, luego, por el obsequio de dos textos: *La pluma del poder. Los escribanos de Gobernación y Cabildo de la Provincia del Paraguay en el siglo XVIII* (2014), de Herib Caballero Campos, un tema que he trabajado en la Villa de Medellín del Nuevo Reino de Granada entre 1675 y 1819; y, del mismo año, *Archivo Nacional. Primer acervo documental del Río de la Plata*, de Margarita Durán Estragó, una especie de explicación histórica al origen y la clasificación de los fondos que custodia el Archivo.

Al entregarme este libro de Margarita Durán, fue cuando Vicente me habló del “Archivo del Terror”. La casualidad, una vez más, me conducía a este tipo de archivos que particularmente he denominado “archivos del mal”. Llamen Archivo del Terror al Centro de Documentación y Archivo para la Defensa de los Derechos Humanos, que conserva documentos producidos entre 1930 y 1992, entre los que se encuentran los vinculados con el periodo de la dictadura stronista, entre 1954 y 1992.

Viajaba de dictadura en dictadura y, por supuesto, no desperdiqué la oportunidad de poder conocer sus fondos. Resulta que Margarita Durán, la autora del *Primer acervo documental del Río de la Plata*, se desempeñaba en el Archivo del Terror, ubicado en la Corte Suprema de Justicia del Paraguay. Margarita es la responsable del guion de una exposición que se exhibe a la entrada del Archivo del Terror y está hecha con parte de sus fondos. Fichas policiales, libros de entrada y salida de presos, expedientes judiciales, testimonios, instrumentos de tortura, desfilan por las vitrinas de la exposición.

Tuve la suerte de que fuera la misma Margarita quien me guiara por ella y, luego, pudimos conversar un buen rato. Este fue un encuentro maravilloso en el que una mujer cercana a los ochenta años, llena de vitalidad, me hizo entender esa “apatía” que, contaba, caracteriza al paraguayo. Todavía está muy reciente el final de la dictadura, que se produjo en 1989. Han pasado 34 años de una dictadura que duró 35. Margarita me dio a conocer su texto titulado *Ligas Agrarias Cristianas. Mis vivencias*. Al leerlo comprendí la emoción con que me hablaba de su pasado. Creo que ambos simpatizamos.

Margarita Durán Estragó es hija de dos catalanes emigrados a Paraguay: Mario Durán Roca y Dolores Estragó Trías. Las Ligas Agrarias Cristianas surgieron en 1960, a raíz de un problema de desahucio de tierras comunales ejercido por particulares y apoyado por las fuerzas policiales contra campesinos del pueblo de San Juan Ruguá, en el Departamento de Misiones. Los campesinos comenzaron a reunirse en grupo para trabajar juntos la tierra y resolver sus problemas comunes con sentido religioso ante la adversidad de la vida y en el amor entre hermanos. Se confió así en la unión y la fe cristiana, como creencia que atañe a los problemas concretos.

Con la ayuda y orientación del Movimiento Sindical Paraguayo, fundado el 14 de julio de 1957 y donde trabajaban antiguos miembros de la Juventud Obrera Cristiana (JOC), los campesinos, reunidos en Santa Rosa, fundaron la Liga Agraria Cristiana en 1961. Tres años más tarde, en 1964, se fundó la FENALAC (Federación Nacional de Ligas Agrarias Cristianas), agrupada por varias federaciones. Entre otros, fueron iniciadas por las JOC y los Terciarios Franciscanos mediante charlas y cursos de base. Producto de estos cursos (sobre educación, organización agraria y desarrollo integral del hombre en la fe) fue la formación de la “Coordinación Nacional de Bases Campesinas”, que se llamó KÓGA, en guaraní, “plantío”, “chacra”.

La educación trataba de “formar hombres capaces de pensar y decidir un destino por sí mismos”, formar con sentido crítico para transformar las estructuras políticas y dar solución a los problemas campesinos. Se criticó la educación oficial y hubo familias que sacaron a sus hijos de las

escuelas. Esta situación se dio en varios puntos del país y motivó la creación de las Escuelitas Campesinas. Se trataba de dar a los niños una educación liberadora a partir de su realidad campesina y de la fe cristiana. Entre sus acciones comunitarias pueden citarse la creación de las chacras en común, las mingas o los almacenes comunitarios.

Después de su auge en los años de 1973 y 1974, las persecuciones por parte del Gobierno se sucedieron, fueron cruentas entre 1975 y 1976, y para la década del 80 todas las Escuelitas se habían extinguido: expulsiones de sacerdotes vinculados a las ligas, represiones, invasiones militares.

Dispuesta a trabajar en el campesinado, Margarita decidió ingresar en 1962 en las Dominicanas Misioneras del Santísimo Sacramento, cuya sede central se encontraba en Luque y se había fundado en 1941. Haciéndose religiosa y terminada la carrera de Historia en la Universidad Católica, instalada entonces en el Colegio de Piratetã, con motivo de unos encuentros religiosos, fue invitada, junto a otras hermanas, por el pa'i José Luis Caravias a un curso en la Casa Parroquial. Es aquí donde conoció las Ligas Agrarias Cristianas, y desde entonces no se separó de ellas hasta que la dictadura de Alfredo Stroessner las disolvió tras una larga persecución, tortura y muerte de campesinos.

En 1969 fue designada a la ciudad de Pirebebuy para enseñar en el Colegio privado llamado Santo Domingo. Al tiempo que contactaba con las Ligas Agrarias asumía la dirección del Colegio y las cátedras de Ciencias Sociales. Acompañaba los cursos de las Ligas Agrarias de Piribebuy, Barrero e Itacurubí, donde se creaban Centros de Acopio Comunitarios para combatir a los intermediarios.

En Medellín (Colombia), en la Conferencia Episcopal Latinoamericana de 1968 se sentaron las bases para el surgimiento de la Teología de la Liberación, con una preferencia por los pobres. En este contexto, las Ligas Agrarias Cristianas, cuya formación giraba en torno a la realidad educativa, social, política y religiosa, aportaron una experiencia educativa inédita al crear un sistema de alfabetización basado en su lengua y su realidad campesina.

Las Ligas de Misiones fueron las primeras en abrir una Escuelita. Se llamaron Escuelitas Campesinas y los padres de familia decidieron de forma unánime, a partir de entonces, no enviar a sus hijos a las escuelas del régimen. Con la capacitación de jóvenes y algunos padres de la Comunidad surgieron los pytyvõhára (los que ayudan a aprender), de acuerdo con la pedagogía de Paulo Freire. Las Escuelitas contaban con tres ciclos de enseñanza. El primero se impartía en la lengua materna de los niños. En el segundo se iba incorporando el español, idioma necesario para comunicarse con la sociedad envolvente. En el tercero se profundizaba en la lectura y la escritura, tanto del guaraní como del español. Se daba importancia a la formación de la personalidad del niño, a fomentar su creatividad y su juicio crítico. El calendario escolar lo diseñaban los padres de acuerdo con el tiempo de siembra y cosecha. Además de las materias básicas, se primaba la historia y la geografía de su comunidad para abrirse e incursionar en su departamento, región, país y continente; y la formación humano-cristiana. El método utilizado era el mismo que se aplicaba en las Ligas Agrarias: Ver, Juzgar y Actuar.

Llegaron a funcionar 70 escuelitas y a partir de un borrador hecho por Indalecio Riquelme (1971) se fue dando cuerpo a lo que sería el primer libro de lectura en guaraní llamado Ko'eti, que se imprimiría como cartilla en 1973. En 1972, otro material que se imprimió para las Escuelitas fue la Historia de los Pobres del Paraguay que, poco después, la policía requisó de la casa editorial y las librerías, pues el Colegio Cristo Rey y otros centros educativos lo utilizaban como material de apoyo. Después del final del golpe en 1989, mediante un Habeas Data, pudo recuperarse un ejemplar, que ahora forma parte del Archivo del Terror.

Otro tipo de materiales educativos fueron los cantorales, con letras escritas en guaraní y adaptadas a melodías populares; y el libro *Vivir como Hermanos*, del pa'i José Luis Caravias, de donde se tomaron canciones para las Escuelitas y las Misas, entre otras, de Caacupé.

La vinculación de Margarita Durán a las Ligas Agrarias hizo que esta fuera perdiendo el prestigio y la consideración ante la gente de Pirebebuy y las autoridades policiales, sobre todo después de la ocupación del Templo de la ciudad, en la que participó como medida extrema en la lucha por la recuperación de un campo comunal que había sido invadido arbitrariamente.

Después de su traumática salida de la Congregación religiosa a mediados de la década de los años setenta, Margarita quedó bajo la protección del Obispado de Cordillera y, con el consentimiento de este, se fue a vivir a Guasu Rokái. Un problema de salud le hizo regresar a la Casa de sus padres en Asunción y desde entonces ya no volvió al campo. Trabajó como pytyvãhára en un curso de Educación para adultos en

la Crucecita, de Sajonia. El 8 de febrero de 1975 militares al mando del coronel José Félix Grau invadieron la Comunidad de Jejuí, en la jurisdicción de Lima-San Pedro.

Muertes y torturas formaron parte de la represión en Jejuí, y como coordinadora nacional de las Escuelitas Campesinas, Margarita había frecuentado muchas veces la comunidad. Es entonces cuando siente que su libertad e integridad física corría peligro; a fines del mismo mes de febrero pudo abandonar Paraguay para autoexiliarse en Buenos Aires. Para 1978 ya se había casado. Todavía estaba Stroessner en el poder y sintió necesidad de regresar al Paraguay, ya con sus dos hijos: uno de tres años y un bebé de diez meses, Su retorno también fue traumático y lleno de peripecias. El Consulado paraguayo en Buenos Aires adecuaba cada semana un ómnibus para Asunción que transportaba a connacionales indocumentados.

En Asunción fue profesora de español para diplomáticos extranjeros y sus esposas. Con la dictadura en pie no podía enseñar en colegios oficiales y se unió al programa de “Educación Complementaria” que los jesuitas venían desarrollando en Lima del Aguaray, una reducción franciscana fundada, al igual que Tacuati, por fray Pedro de Bartolomé en 1972. Otro programa jesuita al que se sumó en aquel tiempo fue el de “Arandu Rapé”, cuyos cursos se desarrollaban siguiendo el método empleado en las Escuelas Campesinas, inspirado en la Pedagogía del Oprimido, de Paulo Freire.

Luego trabajó como miembro del Grupo de Apoyo a los Totobirgosode (GAT) de la Universidad Católica. El objetivo del Grupo se centraba en la recuperación de los montes chaqueños poblados por los últimos silvícolas que

todavía hoy viven al margen de la sociedad y que los latifundistas se iban apropiando de ellos. La población indígena, cuyos miembros se autodenominan “Ayoréode”, pertenece a la familia lingüística Zamuco.

Más tarde, Margarita asume compromisos como docente en la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional y en la Universidad Católica en las carreras de Ciencias Sociales. Desde entonces no pudo dictar cursos en el interior del país. La investigación en Historia, la docencia universitaria, su participación anual en la Comisión de Estudios de Historia de la Iglesia de América del Sur y el Caribe, y su aprendizaje con maestros como Enrique Dussel, José Oscar Beozo, Eduardo Horner y otros teóricos de la Teología de la Liberación, ocuparon su tiempo por aquel entonces.

Su reencuentro con los campesinos se dio luego de la masacre el 15 de junio de 2012 en Marina Kue. También aquí fueron detenidos muchos campesinos junto con sus familiares. Margarita siguió muy de cerca aquella tragedia hasta verlos en libertad, sucediéndose marchas, debates en Universidades, asambleas, comités en Iglesias, misas dominicales en la calle o delante del Poder Judicial.

Nunca podré olvidar a Margarita Durán y ahora seguimos en comunicación virtual. Ella me ofreció copia de este mensaje que las “madres católicas” enviaron al arzobispo Juan José Aníbal Mena Porta. Bajo la esperanza de valores morales, religiosos y civiles (el derecho y la justicia), el comité de madres católicas, frente a los momentos dictatoriales que vivía el país, en los que se sucedían las torturas, con cierto tono de “mística de heroísmo”, pide al arzobispo que demuestre sensibilidad ante su silencio, ante su falta

de pronunciamiento público contra el régimen déspota de Stroessner, ante su aparente servilismo. El texto de la carta no tiene desperdicio. Gracias, Margarita, hay que darla a conocer, como te dije. Aquí, además, en la escritura de estas notas, es una buena despedida para seguir recordándote:

<<6-Marzo-1959

Mensaje al arzobispo de Paraguay Monseñor Mena Porta

Monseñor:

En el obscuro naufragio general de las esperanzas que la ciudadanía toda, hombres, mujeres, niños, ancianos, madres, hermanas, hijos, estudiantes y obreros de las ciudades y del campo, mantenían desde casi veinte años porque el país se encauzará por las vías civilizadas, existía al parecer, solo una luz no extinguida. Todas las demás antorchas: el derecho, la justicia, la verdad, la libertad, la piedad, la soberanía, habrá seguido apagando una a una, bajo el imperio de la fuerza de la barbarie, de la crueldad y del más rudo materialismo anticristiano. En pleno goce pagano de la riqueza mala vida, amasada con los sudores y, lagrimas del pueblo; en la sucesión intranquila de los pequeños, y sádicos detentores del poder y en constante orgía de mando, parecía que aún existía, no sometida, una última esperanza a la que se aferran los desesperados, los humildes, los sedientos de justicia, los vil e injustamente castigados, los sometidos por la mentira, el látigo y el terror. Esta última esperanza, era la religión católica, la fuerza y el prestigio de la religión, el poderío moral y la dignidad de la religión católica apostólica romana de nuestro pueblo. Nuestro pueblo tantas veces agobiado, de rodillas, sin derecho a opinar, a exponer sus deseos, a elegir a sus mandatarios, a vivir sin miseria y sin temor, solo veía en él ensombrecido ciclo de sus esperanzas la rutilante estela de la religión. Tenía fe en ella, confiaba en que sus padecimientos serían comprendidos y que él

ya largo drama que vive, sería piadosamente asistido y defendido por su religión.

La figura material máxima de esa su religión sois vos Monseñor, jefe de la iglesia, hombre bien nacido en un hogar honrado y cristiano. De una madre prosapia; de padre de blanco linaje y de condiciones de caballeridad reconocidas; padre amante de la democracia y de libertad, combatiente activo en su juventud contra los gobiernos despóticos e incivilizados. Si de tan limpio y cristiano hogar provenía el jefe actual de nuestra iglesia, el pueblo injustamente castigado y vejado, tenía fe en él, tenía fe en vos, Monseñor, y esperaba que fuerais vos su guía y su maestro, su escudo y su palabra, su decoro y su dignidad.

Erais vos Monseñor, la última lámpara de la verdad y de la bondad no sojuzgada y a la que ninguna fuerza parecía poder sojuzgar. Porque no hay fuerza Monseñor, por brutal que fuese que pueda avasallar la doctrina cristiana. No la habrá habido y no la habrá jamás. Ni los emperadores romanos con sus circos y sus fieras ni los fariseos, ni los semitas, ni los musulmanes, ni los calvinistas, ni los luteranos ni hugonotes, con sus martirios, calvarios asesinatos como cruces, hogueras, pudieron jamás sojuzgarlos.

Sobre las cenizas de la última víctima cristiana, bien sabéis vos, Monseñor, que nuestro credo se hacía y se hace siempre más grande, más poderosa. Es imbatible porque su doctrina es el contenido de la verdad y la esperanza y la verdad son los únicos consuelos de los desesperados, seguros de que la verdad empañada hoy momentáneamente volverá a brillar un día, soberana. Dos cosas no podrán jamás matarse, aunque se trituren físicamente los cuerpos que la albergan en su alma: la verdad que es sustancia de los valores espirituales, y con la verdad, la libertad, que es bien inherente é inseparable del espíritu. Dos bienes otorgados a los humanos para diferenciarlos de las bestias, y que no fenecen ni con la muerte material de los que luchan por ellos, de quienes sostiene y propugna la verdad y la libertad.

No de otras sustancias hizo Jesús su doctrina y su iglesia. Con la verdad, y con las luchas terribles, por imponer la verdad sobre la estulticia y la mentira. Por ello, Jesús, valiente hasta la temeridad, bien sus fatigas, sus lágrimas, y su terreno cuerpo martirizado por los cesáres que no comprendían ni toleraban sus nuevas ideas y su sagrada exposición de la verdad. Nada intimó Jesús iluminado de libertad, de la caridad, de la igualdad, de la piedad, del respeto por la personalidad humana. Nunca interesó a Jesús su frágil envoltura humana. Sabía El en su enorme sabiduría, que la dignidad, que la limpieza y la tranquilidad de su conciencia, eran lo que valían ante Dios y para con la posteridad, eso lo sabía El y lo inculcó a sus discípulos que formaron legiones intemerosas, que no trepidaron en entregar su física envoltura por sostener y difundir por todo el orbe las enseñanzas eternas del divino maestro.

Miles de hombres y mujeres se entregaron a las fieras, cruces y hogueras cómo antes que ser pisoteados y atropellados por los principios recogidos de los labios del maestro. 1000 veces prefirieron la muerte, antes que renunciar a sus grandes ideales.

Así con esa mística de heroísmo, nació, se consolidó y extendió por todo el universo, la doctrina cristiana. Cimentada en la constancia, en estoicismo, el sufrimiento, el calvario, en lágrimas y sublimes abnegaciones. Y por eso, es respetable y respetada, porque la cristiana, no es religión de cobarde ni de contemporizadores. No es credo de fariseos, de cómodos y de regalones, que tranzan por un plato de lentejas con el César prepotente, alusivo, cruel e intolerantes, que sostiene su soberbia y el goce material de sus apetitos sobre las escualidas espaldas del pueblo. si así hubiera procedido Cristo hoy, Cristo no estaría en los altares y sería su nombre olvidado y excusado. No habría en el mundo esa enorme fuerza moral que es la iglesia del divino maestro. Seguiríamos viviendo en el más atroz paganismo sensual y en pleno materialismo.

Monseñor: sería bueno que vos reflexionaréis sobre estas amargas verdades. Sería cristiano, que vos, que vivís en un aireado palacio, a escasos metros de las cámaras de torturas, recordaréis que allí al lado casi oyendo sus desgarradores lamentos se flagela a una brillante juventud sin necesidad y sin motivo grave y valedero. Por simple espíritu de maldad, de primitiva crueldad, digna de los más bárbaros centuriones del desequilibrado emperadores romanos.

Por qué? Cuál es el crimen? Esos jóvenes han asesinados, han estrupados, han cometido algún sacrilegio: todos ellos son cristianos, cultos, bien nacidos, valientes y francos. Tienen como Vos Monseñor, también una madre santa, y hermanas cariñosas, aman a su Patria, algunos dieron su sangre por ella generosamente. No han traicionado ni a la sociedad ni a la tierra.

Porque se los dejás y flagela hasta dejarlos examines, enloquecidos y desangrados?

Porque se quiebran sus huesos y se martirizan sus carnes? Solo falta que se los suelten desnudos en el circo de tigres y leones, frente a la turba pagana, para elevarlos a la categoría de los antiguos mártires de nuestra Religión.

Todas estas inocentes víctimas estoicas, sus padres, sus parientes, sus compañeros de estudios y de lida la sociedad toda, se espantan de Vuestra falta de sensibilidad, Monseñor. No alcanzan a comprender vuestro estimado silencio, semejante a la sordera servil ante lo que está ocurriendo y este en la conciencia y la repulsa públicas no tenéis acaso hermanos, Monseñor? [Fol. 00130F 1514] No tenéis una santamadre, por quien velar y temer?, No tuvisteis acaso compañeros de lucha? No amáis al prójimo como a vos mismo? No dais de beber al sediento, Monseñor?

Estos jóvenes mártires, algunos honorables padres de familia, están allí vejados, maltrechos, humillados y sangrantes, de flagelaciones, por el solo delito de amar y exponer la verdad y anhelar la libertad. Mas,

vamos a suponer lo absurdo que estén equivocados o que sus ideales son muy avanzados o exagerados. Aun así, jamás merecerían castigos tan largos, despiadados e inhumanos.

No hay peor sordo que el que no quiere oír, Monseñor.

A cien metros de vuestro airoso palacio, de la Catedral, del hogar en que viven temores y en olor de santidad, vuestra madre y vuestras hermanas, están las cámaras de torturas, Monseñor.

Bien sabéis que la vida es corta y pasajera. No hay tirano ni Cesar que pueda quitarle a uno la dignidad, sino quiere conservarla. El Cesar podrá robarle a uno la vida y sus bienes pero de qué valen los bienes y la corta vida de este mundo, si la sociedad, la posteridad, la historia lo cataloga a uno como indigno, cobarde y pusilánime.

Así pensaba Jesús y sus discípulos. Y por ello eran insensibles a los castigos, dolores y sacrificios y son hoy el decoro de la humanidad. La humanidad se prosterna ante ellos, porque ellos no se presternaron ante el Cesar.

Tomad ejemplo. Monseñor, que quizás estéis aun a tiempo de salvar vuestra alma y vuestro nombre para con la actual sociedad y la posteridad. Recordad Monseñor al Obispo, Palacios, inocente victimo de la furia y el terror de otro Cesar; Cesar del cual algunos se honraron en llamarse herederos y a fuerza de verdad que lo son, porque ellos no son menos déspotas ni crueles, que aquel que ultimo a un Obispo, casi único en la Historia de América, Obispo que al igual que vos, fue adipto incondicional unen cierta manera, servil, al cenar, e hizo oído sordo ojo ciegos al general padecer de su grey.

Recordad Monseñor, la dignidad y valor del Cardenal Mindzenzty y la hombría de Juan Sinforiano Bogarin.

No olvidéis Monseñor, que los tigres no tienen ni reconocen

amigos y que cebados primeramente a sus enemigos, concluyen por devorar también a quienes alcanzan la diaria pitanza. Ejemplo fatal el del cardenal Copelo. Monseñor, retirar la diaria pitanza espiritual de los tigres.

Y atended a otra cosa? Monseñor, la adquisiencia para con el déspota. No os hará amigo ni simpático del déspota, sino mientras él os necesite.

El servilismo, asquea, disgusta por ser signo de cobardía aún al amo servido, al sápatra que nunca es generoso.

El Cesar es generoso con la Iglesia en obras materiales, por farisismo, para que el pueblo ignorante por sus dadivas, al sapatra tiene espíritu cristiano y ama la religión, pero cuando la Iglesia al fin se le enfrenta en defensa de los sagrados derechos de gray, el sapatra no titubea en incendiar Iglesia.

Reflexionad Monseñor, que al pueblo no puede engañársele por mucho tiempo, que la verdad se impone siempre y que al final mil años de historia lo advierten, el déspota y sus secuaces amigos y contemporizadores deben huir si tienen tiempo de las furias del pueblo vengador, cuyo brazo suele resultar incontrolable.

Que seáis amigo, amparo, escudo y decoro del pueblo y del nuestra [ilegible] deseamos y rogamos por vuestro bien y el de la Santa Iglesia Católica.

Asunción, 6 de marzo de 1959.

Firmado: COMITÉ DE MADRES CATÓLICAS>>.

Margarita, disculpa, sé que ya nos habíamos despedido, pero permíteme hacerlo de nuevo. No puedo dejar de recordar la vivacidad y el optimismo contagioso de tu sonrisa. Con seguridad, es siempre una promesa.

Una visita a los muertos

Una visita a los muertos, un diálogo extraño con lo que no puede reavivar lo abandonado por la vida. Una intimidad con el otro mundo, pero estas muertes han sido muertes forzadas y tal vez, a diferencia de las muertes naturales, representen cierto peligro. Como si estos muertos producto del crimen pudieran perjudicar la mente del lector. Parecen despedir cierta inseguridad y no me convierten en un ser benévolo con ellos. Muertos no tan queridos como con los que habitualmente trabaja el historiador. Estos muertos pueden perturbar, no parecen callar. Lo inhabitual o lo sorprendente (el crimen) siempre está gritando y si estos fantasmas se introducen en la escritura no es porque se hayan silenciado. En la lectura donde ellos aparecen, no representan la ausencia. En la lectura resucitan como cuerpos violentados.

El muerto es un “otro” distinto al vivo. La inteligibilidad de quien los observa se desarrolla de distinta manera cuando escucha o lee la voz del muerto que cuando hace lo mismo con la del vivo. El cuerpo y la voz legible son traducibles sin ser visto, sin ser escuchada. Ante el vivo esperamos que podamos aprehenderlo, interpretarlo con mayores resortes de fiabilidad. El vivo preocupa porque agrede. Un cadáver mudo se ofrece y el vivo huye.

Nunca distanciarse del pasado. Los muertos hacen más presente que los vivos un amontonamiento de los tiempos

(pasado, presente y futuro), una coexistencia del polvo de la historia en un nivel cósmico, un polvo que escucha, que habla y, como fantasma, es invencible, pues es lo único que fue, está y estará. La identidad es un regreso a las tumbas, un intento de sustituir la oscuridad del cuerpo que ya ha vivido con un texto que mientras se va produciendo quiere descifrar material del pasado y alcanzar a la vez un discurso razonablemente comprensible.

Durante los años 2019 a 2021 analicé un maravilloso expediente judicial que reposa en el Archivo Histórico de Ibagué. Dio lugar al libro titulado *Un calavera excepcional en tierra baldía. Armas y letras de la colonización en el siglo XIX colombiano* (2024). Este es un resumen de su contenido:

En 1871, en tierras del Estado Soberano del Tolima (Colombia), se abre expediente judicial por el crimen de José María Cadavid. En el sumario aparece un extenso y sorprendente documento escrito por el propio acusado y titulado *Apología de Francisco Antonio Marulanda*. Lo escribió en la cárcel y lo utilizó en su autodefensa. El homicidio tenía su origen en el enfrentamiento que, por la propiedad de ciertos baldíos, se había dado entre ambos. A partir de este expediente, el propósito unificador que atraviesa esta obra es el deseo de comprender la ubicación cotidiana de un “letrado popular”, vinculado al pensamiento católico por la vertiente de un cristianismo igualitario, en el ambiente rural en el que vivía. Lo raro de esta ubicación está determinado por lo religioso. Marulanda, como caso simbólico influido por valores tradicionales procedentes del catolicismo, representa un pensamiento forjado a base de una formación profundamente religiosa. Este es el

argumento que articula los dos principales elementos que estructuran *Un calavera excepcional en tierra baldía*: un relato judicial y un texto apologético en el que se exponen ideales de un estado republicano teocrático influenciados por ciertos autores como Lamennais, Balmes y Madiedo, y dentro del particular sistema cultural del antioqueño que, arraigado en el sentido moral de las costumbres, es resultado de la cotidianidad de la vida material en la que se desarrolló el fenómeno colonizador.

Junto al expediente judicial en el que se acusaba a Francisco Antonio Marulanda por el crimen de José María Cadavid, en la misma caja de cartón que conserva el Archivo Histórico de Ibagué, hay otro que le acompaña. En este aparecen varias diligencias de levantamiento de cadáveres, precedidas de la declaración de María del Carmen Gracia, y formando parte de otro grueso expediente judicial. Me atrajo enseguida y no pude resistirme. Conflictos entre liberales y conservadores, conflictos desencadenados por la ambición de tierra, campesinos asesinados; la caja de cartón condensa la continuidad de la violencia que representó el caso de Marulanda en 1871 y seguía dándose más allá de la mitad del siglo XX. Son relatos de auténtica literatura.

<<Siendo las diez menos cuarto de la mañana del día de hoy diez y nueve de Octubre del año en curso de 1956, venía en compañía de un hermano mío de nombre Yecid Gracia, y veníamos de la vereda de Montegrande, con dirección a esta población, y al llegar al punto de los “Guasimos” de esta jurisdicción, salieron seis (6); individuos armados de revólver, carabinas y fusiles, y nos gritaron “Alto” poniéndonos manos arriba, y diciéndonos al mismo tiempo que si éramos liberales

o conservadores, contestando yo que mi hermano es conservador como yo también, diciéndole a mi hermano que mostrara el papeleo, lo que así hizo: Los individuos recibieron el papeleo de mi hermano, lo repararon, entregándole una parte y otra se la botaron al suelo. Luego nos dijeron que nos entramos a una pieza de la casa de los “Guasimos”, y a los empeyones nos entraron a la referida pieza y nos encerraron. Aclaro aquí que en la referida pieza se encontraban otras personas quienes no conozco quiénes eran jóvenes y uno ya de avanzada edad, en un total de siete personas.

Una vez que nos encerraron pedimos agua y nos pasaron una tasada de masato y yo la probé y luego la pasé a las otras personas quienes se lo tomaron. Después le pregunté a quien decía que era el capitán que cuándo nos soltaba pues que teníamos hambre y sed, contestándome que por la noche. Al rato se asomó y me preguntó que si conocía a un señor de nombre Calixto Mateo y a un hijo de Vicente Barragán, contestándole que no lo conocía sino que únicamente los había oído nombrar. Nuevamente le pregunté al capitán que a qué hora era que nos iba a soltar, contestándome que dentro de media pueden salir, ustedes verán cómo se defienden.

Manifiesto que nos detuvieron desde las diez y media de la mañana hasta las cuatro y media de la tarde. Tanto el capitán como sus seis individuos que lo acompañaban, siguieron deteniendo gentes y les preguntaban por su color político y tan pronto como decían que eran de afiliación liberal, los amarraban y los sacaban hacia el lado de abajo o sea con dirección a esta población, y los que decían que eran de afiliación conservadora los entraban a las piezas de la mencionada casa de los Guacimos. Después de que nos dimos cuenta de que tanto el capitán como sus compañeros se retiraron de allí, forzamos la puerta de la pieza donde estábamos encerrados y salimos corriendo con dirección a Alvarado, y a una cuadra de la referida casa y entre una cañada vi que allí habían tres muertos y tres cuadras más adelante y sobre una loma vi no menos

de no puedo determinar el número de muertos, pues eran bastantes, y los que alcancé a ver tenían la denunciante que en otra pieza de la referida casa se encontraban otras personas detenidas, pero no supe cuánto serían, y por el hueco de una ventana de la pieza donde estaba yo encerrada alcancé a ver a los asesinos que se dirigían hacia Montegrande y pude contar hasta veinte (20).

Preguntado esto: Si señor, conocí a un hijo del señor Vicente Barragán pero no le sé el nombre. Conocí también a Calixto Mateo. Preguntado, Quisiera usted, decir que eran de San Juan, y que la bajada no era de balde, que acababan con de liberal que encontrarán. Preguntado, Quisiera usted decirnos si los asesinos o asaltantes están disfrazados o tiznados? Contestó, Si señor, estaban disfrazados y tiznados de negro y colorado y otros de azul y colorado, con la cara tapada con farriosto. Preguntado, Quisiera decir usted, si los bandoleros o saltantes estaban o no uniformados? Contestó, No señor, vestían de dril y camisas de fabricato o telas. Este es mi denuncia. ´

La denunciante se impuso de su denuncia y, como lo encontró de acuerdo, se afirma y lo aprueba en todas sus partes manifestando no tener más que agregar, enmendar o suprimir. Se deja constancia de que la denunciante fue interrogada personalmente por el suscrito Alcalde por ante su Secretario, que al parecer se encontraba la denunciante en el completo goce de sus facultades mentales. No siendo otro el objeto de la presente diligencia se termina y firma como aparece una vez leída y aprobada>>.

Después de esta declaración, llegan las diligencias de los levantamientos de trece cadáveres. Así se hace con los dos primeros:

<<Siendo las diez y treinta de la mañana del día veinte de octubre de mil novecientos cincuenta y seis, el suscrito

Alcalde, en asocio de su secretario y del señor Rosendo Castro, nombrado perito para esta diligencia, se trasladó al punto denominado “Los Guasimos” comprensión de la vereda de Montegrande de esta jurisdicción municipal con el fin de practicar el levantamiento de 13 cadáveres. A los peritos se les dio posesión de su cargo con las formalidades de los artículos 147, 148 y 261 del C. de P.P. Una vez en el referido lugar se hallaron en la forma siguiente:

1.

Se halló tendido sobre el camino que de esta población conduce a la vereda de Montegrande el cadáver de un hombre de unos treinta y cinco años de edad, trigüeño regular cuerpo, vestido de pantalón azul de paño, camisa blanca sucia, con alpargates de llanta, en posición con la cabeza al occidente y los pies al oriente, con los brazos amarrados con un rejo, con la mano izquierda sobre la cabeza, doblada, la derecha sobre el suelo doblada, en los bolsillos tenía en el de la camisa un frasco roto, una peinillita del cabello, medio paquete de cigarrillos, una caja de fósforos, una cauchera, un pedazo de alambre, una cajita roja pequeña, los peritos procedieron a examinarlo detenidamente y le hallaron los siguientes signos de violencia: en la mano derecha una herida a lo largo del dedo pulgar, en el hombro derecho una cortada, en el omoplato dos heridas, y en la nuca varias heridas todas estas causadas con arma cortante. Para establecer la identidad del cadáver se interrogó a los peritos y varios testigos quienes manifestaron que correspondía a Teófilo Moreno, natural de Alvarado.

2.

Se halló un segundo cadáver, un hombre de unos cincuenta años de edad, vestido de pantalón de dril verde claro, camisa blanca, sombrero gris, cinturón de cuero, con alpargates de fique, en posición con la cabeza al occidente y los pies hacia el oriente, tendido sobre el suelo con el lado derecho sobre el suelo y con la mirada hacia

al norte, se encontró con las manos amarradas atrás con un lazo. examinado por los peritos para que constataran sobre los signos de violencia presentó lo siguiente, una herida profunda sobre la nuca aproximadamente de unos veinte centímetros de longitud, en el hombro izquierdo en la parte del omoplato una herida de unos quince centímetros de longitud aproximadamente, sobre la cabeza se le encontró dos machetazos, todas estas heridas fueron causadas con arma cortante, fueron requisados por los señores peritos los cuales constataron no haberles encontrado nada.

Ese cadáver fue encontrado tendido en el camino que esta población conduce a la vereda de Montegrande, Probado por varios testigos para identificarlo sobre su filiación manifestaron que su cadáver responde al nombre de Nacienceno Hernández, casado, de profesión agricultor, natural de Alvarado y residente en la vereda de Montegrande>>.

Las diligencias continúan hasta dar cuenta de cómo se halló el resto de cadáveres: su posición, la descripción de sus mortales heridas y los objetos que se les encontró. Estos son algunos de ellos, aparecidos en dos de los difuntos:

1.

<<Un sombrero en medio de las piernas, lo mismo que una carreta de hilo la cual pendía un hilo a larga distancia la cual se metía al monte. Examinado por los peritos se le encontró un pañuelo azul a cuadros, una billetera de material la cual contenía la cédula de ciudadanía, tres retratos de la familia, un certificado del registrador del Estado Civil, dos certificados de la alcaldía de este lugar sobre conducta, dos tabacos comunes, esos objetos le fueron encontrados en el bolsillo del saco>>.

2.

<<Se le encontraron los siguientes objetos: un lápiz en la mano derecha, un pañuelo rosado, en el bolsillo de la relojera del pantalón se le encontraron cinco monedas de veinte centavos, once monedas de diez centavos, cinco monedas de cinco, la cédula de ciudadanía # 2238989 de Alvarado. Interrogado a varios testigos para que lo identificaran manifestaron que se llamaba Ernesto Miranda, el cual coincidía con la cédula que portaba, un hombre moreno claro, natural de Alvarado y con residencia en la vereda de Montegrande, de profesión agricultor, de estado civil casado. Dicho cadáver fue sacado dentro de un zanjón o Cañada, encontrando bastante sangre en el lugar donde fue encontrado, a los lados estaba la huella por donde lo bajaron>>.

Los inventarios de objetos personales evocan las relaciones de bienes que muchas veces adjuntan los testamentos. Pero estos objetos, al lado de un cadáver resuenan con una emoción distinta al inventario que reproduce las existencias de alguien que previamente ha testado y cuyo cadáver se encuentra lejos de lo que tuvo en vida.

El cadáver es la imagen de nuestro destino y los objetos parecen fundirse al mismo cadáver del hombre para percibir, precipitadamente, la muerte, es decir, la conciencia que tenemos de ella. Los objetos, que todavía pueden ser utilizados por otras manos, manos vivas, son ahora los objetos angustiados de nuestro propio cadáver. Los objetos testimonian la representación de una violencia, un desorden (objetos separados de la vida que les da sentido en su funcionamiento) que supera a la conciencia y hacen de su intento de comprensión un sinsentido.

La violencia y la muerte que la significa, por un lado, producen un horror que nos aleja, un horror vinculado a la vida que inspiran los objetos que todavía podrían utilizarse; por otro, la humildad de las cosas útiles de uso diario, al lado de un cadáver (la muerte) nos sobrecoge e introduce un trastorno, pues el cadáver debió ser un amigo, un familiar, un conocido por parte de aquellos de los que era cuando vivo. Los objetos participan de la violencia que ha fulminado al vivo. La muerte procede de una esfera extraña (la política) al mundo puramente familiar o íntimo. Los objetos útiles nos dicen que la violencia, que interrumpió, fulminando al vivo, el curso regular de las cosas no deja de ser peligrosa una vez muertos aquellos que la muerte fulminó. Los muertos son un peligro para los que permanecen vivos en la comunidad, si deben enterrarlos no es tanto para ponerlos al abrigo, sino para que ellos puedan abrigarse de ese contagio que en Colombia se ha llamado “La Violencia”.

El carácter desconcertante de la muerte, nos dijo Vladimir Jankélévitch (*La muerte*, 2002), pone de manifiesto una contradicción. Por una parte, es un misterio de dimensiones metaempíricas, es decir, infinitas o, mejor aún, un misterio sin dimensiones alguna; y, por otra parte, es un acontecimiento familiar, un hecho de la empiria que tiene lugar en ocasiones ante nuestros ojos. La muerte de nuestros parientes, de nuestros amigos, de nuestros conocidos habitantes de la comunidad, no nos enseña prácticamente nada que no supiéramos ya; todo lo que hay que saber en esta materia, ya lo sabíamos: que todos los hombres son mortales, y que nuestros seres queridos deberán morir.

Pero el acontecimiento de la muerte mediante un crimen es de un impacto emocional que remueve las vísceras de lo trágico. Lo que sabemos a partir de ahora, a partir del anuncio de la muerte violenta, lo reconocemos “de otro modo”, desde otro punto de vista, trasladado a un orden distinto: descubrimos en ello una dimensión nueva.

Los relatos judiciales, por otro lado, parecen constatar una perfección en el desarrollo de sus actuaciones, pero, tal vez, de similar manera a un relato literario, su excesivo detallismo muestre un trasfondo ficcional que es respaldado por su conservación en el archivo. La escrituración de unos determinados hechos, que con base al articulado de unos códigos legislativos se ha obtenido, no funciona si no existe luego una configuración de archivo, pensado este no solo como lugar físico, espacial, sino también como lugar social, el lugar que intentaban crear las nuevas prácticas judiciales que se iban imponiendo en Colombia y que debían legitimarse mediante su confianza. Se da mayor importancia, o al menos así parece resaltarse a lo largo de estas diligencias, a lo que podría llamarse “efecto de realidad”. El relato judicial no elimina de su estructura detalles superfluos en relación con el contenido del mismo; detalles que tienen que ver con el trámite administrativo (citaciones, traslados, protocolos documentales) y van conformando el expediente. Esto es así porque esos mismos detalles burocráticos son tratados como complementos provistos de un valor funcional indirecto en la medida en que, al sumarse, constituyen algún indicio de carácter o de atmósfera que pueden, formalmente, ser recuperados por la estructura que sostiene el contenido.

El detalle burocrático, que enlaza o introduce los distintos tipos de actividad que requiere un proceso judicial, concede también unidad y una “especie de lujo” a la narración. El cúmulo de detalles está relacionado con lo que Roland Barthes (*El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura* [El efecto de realidad], 1987) llama la “realidad concreta”, donde, en la escritura judicial, esos detalles podrían asimilarse a las fórmulas protocolarias y de transición, y a las palabras repetitivas y redundantes que exige, para la resolución de los asuntos, el campo semántico del derecho penal. De esta manera, la “representación” pura y simple de la “realidad”, la relación desnuda de lo que el juicio fue, aparece como una “resistencia al sentido”. Esta resistencia, dice Barthes, “confirma la gran oposición mítica entre lo vivido [...] y lo inteligible [...] La referencia obsesiva a lo ‘concreto’ está siempre armada como máquina de guerra contra el sentido [...] de la realidad”.

Como discurso de la retórica, el relato detallista de los procesos judiciales, donde pueden aparecer diligencias de levantamiento de cadáveres, su efecto de perfección parece oponerse a la realidad externa del mismo; una realidad que designaba falta de orden y estabilidad: el Estado parece funcionar por el mero hecho de promulgar la ley y tenerla presente en las resoluciones judiciales, pero luego es palpable, por un lado, la insuficiente vigilancia con que se actuaba para su cumplimiento y, por otro, la falta de medios con que se contaba para ello.

El mundo mental en el que se desarrollaron estos campesinos del Tolima fallecidos criminalmente era el de una sociedad en busca de seguridad. Las motivaciones

exclusivamente de subsistencia, “no-económicas”, con las que podríamos pensar se desenvolvían en el mundo de la colonización de tierras, no hay que entenderlas como una falta absoluta de querer mejorar económicamente, sino como algo que no está en el inicio del asentamiento colonizador y algo que en realidad no se pretende que funcione como motor de cambios económicos en la escala nacional. La posible mejora económica del campesino era un fin subordinado a la ampliación y a la confirmación de sus relaciones sociales, sobre las que se basaban las propias necesidades de subsistencia. Las cambiantes opciones que iba ofreciendo la política legislativa de la colonización que todavía duraba a mitad del siglo XX colombiano serán juzgadas por los campesinos según una análoga necesidad de aumentar su seguridad en el futuro.

Como muestran los archivos, el apoderamiento de la tierra por parte de un proceso de nuevas relaciones empresariales que se estaban instalando, generó conflictos o, como dicen los documentos, casos de “pugnacidad jurídica”, que después del siglo transcurrido desde que se habían iniciado las prácticas colonizadoras comenzaron a sentirse con mayor intensidad a fines del XIX y durante la primera mitad del XX. Los crímenes que hizo desaparecer estas existencias, como hechos que sobrecogen por traspasar los límites de la norma y la moral, no pueden ser considerados como una excepción dentro de los delitos más abundantes que podríamos adscribir a una tipología suave de infracciones que no conllevaban violencia física. Los conflictos de estos años, en su variada caracterización, estuvieron presentes en la vida aldeana y mostraron diver-

sas formas de violencia producto de una ambición que se manifestó por medio de vivezas y de presiones que giraron alrededor de la posesión de la tierra y fueron aumentando, con mayores niveles de violencia.

Por ello, estos casos deben ser pensados como un modelo que sitúa el conflicto, cualquiera que este sea, con categoría de normalidad en la convivencia y la observación de la vida campesina. Tal vez sea imposible la reconstrucción individual de los precedentes y las consecuencias de cada uno de los conflictos que se dieron durante el proceso de la colonización colombiana, pero al tomarlos en su conjunto forman una totalidad cuyo alcance va más allá de la simple suma de las partes. Es un conjunto de relaciones estructurado en el que el Estado, la ley, las ideologías enfrentadas del liberalismo y el conservatismo, las relaciones y acciones campesinas, la creación de grandes haciendas y la introducción de empresas agrícolas, cumplen papeles intrínsecos al sistema cuyos límites (políticos, legislativos, morales) en muchas ocasiones fueron quebrados. Los campesinos, solo en pocas ocasiones, podrían trascender la retórica autoritaria del paternalismo estatal y el dominio empresarial que determinaron las expresiones políticas y sociales de buena parte del siglo XX, expresión que delataba la continuidad del germen de la violencia colombiana encarnado en la posesión de la tierra.

Sobre una fina capa de hielo

Leo *Crímenes* (2009), de Ferdinand von Schirach, un abogado penalista que nació en Múnich, en 1964. La obra narra once casos en los que actuó como abogado defensor en sus correspondientes procedimientos penales. Pero, en realidad, habla del ser humano, de sus fracasos, de su culpa y su grandeza. Cuenta historias de asesinos, traficantes de drogas, atracadores de bancos y prostitutas, como Irina, quien después de que en la casa de campo de su hermano unos soldados mataran a este y luego la violaran, emigró para vivir en Berlín. Todos tienen una historia particular que contar y no son muy distintas a las nuestras: “Nos pasamos la vida danzando sobre una fina capa de hielo; debajo hace frío, y nos espera una muerte rápida. El hielo no soporta el peso de algunas personas, que se hunden [...] Si tenemos suerte, no ocurre nada y seguimos danzando. Si tenemos suerte”.

Uno de los tíos de Ferdinand von Schirach era juez presidente de un tribunal judicial. Una mañana se adentró en el bosque y con el doble cañón de su escopeta se voló la cabeza. Dejó una breve carta dirigida a su mejor amigo y empezaba con estas palabras: “La mayoría de las cosas son complicadas, y la culpabilidad es siempre un asunto peliagudo”.

Los tribunales son los encargados de juzgar delitos contra la vida: homicidios y asesinatos. Pero el sentimiento personal de la culpa (y el perdón) es un asunto que escapa a la

comprensión de la mente humana. Cualquiera es capaz de justificar el crimen bajo un personal juicio que culpabiliza a su víctima, más cuando se trata de una rivalidad política. La ideología política parece incrustarse en la mente humana para justificar cualquier tipo de violencia. Recordemos, perdón, la declaración precedente de María del Carmen Gracia: “Salieron seis individuos armados de revólver, carabinas y fusiles y nos gritaron ‘Alto’, poniéndonos manos arriba y diciéndonos al mismo tiempo que si éramos liberales o conservadores...”.

La consideración en la época por la que el pensamiento liberal estaba enfrentado al pensamiento conservador arrinconaba y extremaba los ideales, y dificultaba la convivencia ciudadana. La dialéctica bipartidista de entonces, que se va consolidando a partir de 1848 con una mayor definición orgánica de los partidos políticos, se convirtió en un estado mental fundamentalista y la historia de Colombia, incluso atravesando el periodo conciliador del Frente Nacional, mucho después, parece que todavía no ha trascendido esta división partidista de tradición retórica que contribuye a la continua propensión a la violencia política, polarizando las fuerzas de los dos lados de la división y extremando su rivalidad.

Los ideales de los conservadores eran potenciados por la tradición de la doctrina cristiana, de la que se alimentaban por medio de la función de los eclesiásticos y la lectura de obras devocionales y el catecismo católico. La influencia ideológica de la lectura define la vida política y enmarca de manera fundamental el modo como se ve el mundo. Los conservadores parecen representar la patología de un sector ideológico reaccionario que remarca y extrema las rivalidades políticas y sociales, y considera sus creencias

como única verdad inmutable. Con seguridad ocurre con todo tipo de empoderamiento ideológico, pero en el caso de la ideología conservadora, en nombre de los valores de orden que tradicionalmente representan la moral y la religión, pareciera que creía tener un derecho patrimonial del poder y, cuando no lo tenía o lo perdía, crecía la crispación de esta clase política.

Con seguridad es más compleja la culpa colectiva que la individual y pedir perdón no cabe en política. Colombia sigue danzando sobre una fina capa de hielo.

Monstruos e infiernos

En el día de ayer, un 24 de abril, murió Cervantes. El ayer del año 1616. Son las ocho de la mañana y leo periódicos atrasados. Leo El País español del domingo 7 de junio de 2015. Una suscripción trimestral permitió que desde Madrid a Cali llegaran los números dominicales de abril a junio de ese mismo año. Como el primero de los envíos llegó con dos semanas de retraso, y así sucesivamente, decidí leerlos solo en los aeropuertos. Me encuentro en el Bonilla Aragón de la ciudad de Palmira, cercana a Cali, y viajo a Bogotá para presentar un libro colectivo, Minúscula y plural. Cultura escrita en Colombia. Del periódico español consulto el suplemento de Negocios, el apartado titulado “¿Qué industria militar debe tener España?”. La sociedad Eurocopter España fue la responsable del Programa Tigre, un proyecto dedicado a construir 24 helicópteros de combate con un presupuesto de más de mil quinientos millones de euros, donde participaron industrias auxiliares de Reino Unido, Francia y Alemania.

El ejército en la creación y consolidación del nacimiento de los estados modernos durante los siglos XVI y XVII, quién lo diría, desde entonces hasta hoy, cómo crecen los monstruos gracias a ese considerado noble objetivo de las naciones: su defensa. Pero la defensa presupone un ataque, un juego que hoy en día vive alimentado por la genera-

ción de ingresos económicos que respalda el terrorismo de escala global. Programas armamentísticos, programas de alta tecnología, un juego para niños que debe proyectarse más allá del divertimento que produce una videoconsola. Un juguete con pantalla eléctrica donde se aprende a matar el tiempo y proyecta visión de futuro: pertenecer, quién sabe, poder llegar a ser dueño de *EADA Construcciones Aeronáuticas, Navantia, Airbus Military, Indra Sistemas, Tecnobit o Hisdesat Servicios Estratégicos*. Entrar en una cadena empresarial que nace de una guerra comercial y viceversa, entrar en una guerra comercial que nace de una cadena empresarial, una cadena mecánica y rápida que se defiende con una munición llamada dólar. Un juguete, el comienzo de los sueños.

En 1479, el franciscano Pierre Dorelli describía el infierno como un “horripilante albergue” donde sus huéspedes “no tendrían para comer más que su propia carne; su boca exhalará al olor de azufre o de la brea; sufrirán dolores de entrañas, como una mujer al dar a luz. Se verán desgarradas por los picos de pájaro de las víctimas y los dientes de las bestias feroces”. Hablamos del infierno cuando queremos desacreditar algo que sucede en la tierra, del infierno como otra vida donde se encuentran quienes se oponen a la común e irrevocable satisfacción de vivir con su presente. Los utopistas anclados al futuro serían un buen blanco de poderosos pragmáticos para enviarlos al infierno. Si los hombres entonces perdemos la confianza en el futuro no existiría infierno, nos veríamos eternamente cubiertos de una capa celestial, plana e inamovible, un cielo que no da cobijo a los sueños.

El infierno, en cambio, es amigo de los futuros deseables, es un lugar que acepta los lugares que no existen; un lugar, por tanto, donde deben ir quienes idean una humanidad más humana y soportable. Hay que transformar el retrato de Dorelli y pensar en el infierno como un amable albergue en el que sus huéspedes alimentan de hermosas ideas los destinos posibles y prestigian la palabra “felicidad” en la “diversidad” dentro de un principio llamado “esperanza”. Utopía, un alambre sujeto a la fascinación de los extremos, si es posible hablar de ellos en un lugar sin límites que enseña a caminar.

Postmetrópolis

Leo a Edward W. Soja, *Postmetrópolis. Estudios sobre las ciudades y las regiones* (2000). Creo que algunos de sus fundamentos teóricos pueden aplicarse al “objeto libro”, considerado este como territorio espacial. La producción del libro como espacio en cuanto “forma y proceso contextualizantes” estudiada desde tres maneras distintas interrelacionadas entre sí:

1. Desde la perspectiva del “primer espacio”. El libro como un complejo de prácticas materiales que producen formas y patrones concretos de su proyección y resultado material físico como forma de vida. Las perspectivas de este primer espacio se hallarían más objetivamente centradas y los libros se destacarían como cosas en el espacio, en sus lugares de producción y distribución, y en el tiempo, cómo muta su propia fisicidad y cómo mutan las sucesivas ediciones.

2. Desde la perspectiva del “segundo espacio”. El libro se vuelve un campo más mental o ideal, conceptualizado en imágenes, pensamientos reflexivos y representaciones simbólicas. Un espacio concebido por la imaginación. Es el “mapa mental” que llevamos con nosotros como parte activa de nuestro modo de experimentar los espacios cuando se pone a funcionar. En los libros podemos vislumbrar una “utopía”, una realidad imaginada que también afecta nues-

tra experiencia y conducta espacial. Las perspectivas de este segundo espacio tienden a ser más subjetivas.

3. Una tercera perspectiva incorporaría la primera y la segunda. Aquí la “especificidad espacial” del libro es investigada como un “espacio enteramente vivido”, un lugar al mismo tiempo “real e imaginario, actual y virtual, lugar de experiencia y agencia estructuradas, individuales y colectivas”. Comprender el espacio vivido podría compararse con escribir una biografía, la biografía propia del libro. Al hacer una interpretación del tiempo vivido de un sujeto, al intentar entender el tiempo vivido de los individuos y de las colectividades, como sucede con las historias de vida, es imposible obtener un conocimiento completo. Hay demasiados interrogantes sin respuesta posible, demasiadas cosas desconocidas y, muchas, con seguridad incognoscibles, que yacen en la mente de los individuos como para poder ser contadas. Demasiadas cosas que permanecen en el inconsciente, muchas susceptibles de intercambio simbólico, y muchas otras ocultas y sin salidas que siempre permanecerán en la historia mental de los individuos al relacionarse con la lectura de los libros.

Signos

El periódico, la revista, el libro que exhiben los kioscos comerciales, un anuncio publicitario, un bando municipal, un grafiti, un cartel de propaganda política, una hoja parroquial, la carta de un restaurante expuesta a la intemperie, no son objetos heteróclitos como un automóvil, un edificio o un parque. Normalmente, los primeros están impregnados de escritura alfabética y los segundos, como tales, no. Pero todos, sí, son signos y pueden leerse en el pasear cotidiano por las calles de una ciudad desde la exposición e interpretación de sus sentidos. Leemos el titular de un periódico: *Inician las labores para sacar a niños de las FARC* (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia) y leemos el mensaje que me comunica el urbanismo de este adecentado parque: el estrato social de la zona donde se ubica.

La “lectura callejera” implica valores sociales, morales, ideológicos y es la semiología, nos dice Roland Barthes, la que toma en consideración o reflexiona acerca de sus mensajes como códigos sociales y culturales, desde las premeditadamente cuadrículadas gafas del rector de la Universidad del Valle hasta los acuerdos de paz en la Habana para la resolución del conflicto colombiano. La semiología, una ciencia de los mensajes sociales dentro del mundo como representación, como teatro aceptado, como escenario de múltiples y diversos signos cuyas definiciones son siempre

fluctuantes. Signos de información habitual en los que a menudo no reparamos por su aparente naturalidad. Signos alfabéticos sobre diferentes soportes materiales que, a diferencia del resto de los signos, tal vez en general tiendan a simplificar o uniformar los sentidos del lector.

Pero dentro del “orden alfabético” los signos se constituyen de diferencias y no serán iguales la construcción de los mensajes en un periódico que en un grafiti; en la portada de una revista que en el título de un best seller. Los signos nos alinean y tendemos a estandarizar la formulación formal de los mensajes según el medio donde los damos a conocer. La inocencia de los objetos ya no existe ni aun si esos objetos carecieran por completo de signos alfabéticos. Hemos concedido formas a tipos de escritura (periódicos, libros, carteles, anuncios) que atrapan y encasillan nuestros sentidos, y convierten su información en algo secundario que viene después de acomodarnos a la forma material en la que se asienta lo escrito. Imaginemos formatos vacíos o formatos en blanco: un periódico vacío de escritura como un libro, un anuncio y un cartel político vacíos de contenido.

Seguramente podríamos decir, aun estando vacíos de signos alfabéticos, que su forma significativa está ofreciendo una información incuestionable, digna de un periódico, de un anuncio, de un cartel. Descifrar los signos formales en su ingenuidad y primitivo origen sin otros añadidos de contenido parece hoy tarea imposible. No se trata de descender al significado simbólico de las formas, sino de poder entender el mensaje textual de las “formas escritas” fuera de ellas. Descender a la ingenuidad del texto

sin soporte, sin papel, sin aire. Inevitablemente lo no dicho tendería a estamparse en las formas vacías. La atracción de los soportes como signos dentro de un sistema de los objetos escritos. La semiología entonces como estudio de las formas escritas que adquieren sentidos connotados y denotados, y se relacionan con otros sistemas, como puede ser el sistema de los medios de comunicación.

En el símil de un plano urbano que dé cuenta de todo el planeta tierra, los soportes de la escritura como edificios arquitectónicos serían los que dan cobijo a la infinidad de caracteres fónicos o gráficos que al mismo tiempo reproducen infinidad de mensajes. Mensajes encubiertos, disimulados, en archivos cuyos depósitos se han configurado como sistemas de tipologías documentales. El mundo de los signos, que es el mundo que nos representa, se halla, al fin y al cabo, oculto.

La escritura de una jornada particular

Son las ocho de la noche y en una voz alta que no supera los 40 dB, prácticamente a la misma intensidad de una conversación normal, leo para María un cuento que se titula La rebelión de los electrodomésticos. Llegamos a la página diez, cuando entra en acción el diálogo de la aspiradora, pero afortunadamente mi voz no alcanza el nivel de los 70 dB que ella produce y encuentro a María ya dormida.

Sin transición, paso de la cama de María a la mía y retomo los relatos de Alice Munro, una escritora canadiense, Premio Nobel en el año de 2013 y librera en la década de los 60 del siglo XX. Algunos ajenos e impertinentes comentarios que se han producido a lo largo del día y han herido mi sensibilidad, interrumpen o nublan mi lectura, pero me autoconsuelo camuflando la importancia que realmente tienen y retomo la lectura en la línea o el párrafo a partir del cual no me estaba enterando de nada. Esta vez leo íntimamente, exclusivamente para mis adentros y, como ya solo miro para ellos, la fatiga a las 9:30 p.m. apenas me deja activar la alarma de un viejo despertador que tiene marcada la hora de las cinco de la madrugada. A esa hora despierto para que la niña pueda tomar su bus escolar. A partir de ahí comienza mi nueva jornada particular.

Antes de mirar mi agenda, que formo a base de informales hojas sueltas reutilizables, y antes de refrescar algu-

nas notas que ayer escribí para la clase de hoy, reviso el buzón de entrada de mi correo electrónico. En él firmo con la letra A porque es la inicial de mi nombre y necesito responder con velocidad a tanta cantidad de mensajes, generalmente breves, que me permiten utilizar una gran variedad de criterios para su clasificación: relevantes y banales, amistosos y laborales, útiles e inútiles, insípidos y divertidos, esperados e inesperados, esperanzadores y desesperantes, con adjunto o sin adjunto: *-¿Quieres adjuntar algún archivo? En el mensaje has escrito “adjunto”, pero no hay ningún archivo adjunto ¿Quieres enviarlo de todos modos? -Pues sí, hombre, envíalo ya, que no puedo perder más tiempo contigo. Pero ¿con quién hablo? Me he dejado dominar por el hábito a los correos electrónicos y soy un adicto irreversible. Vas a enloquecer, suprime contactos, mantén un horario estable para darles respuesta, la inmediatez es un engaño que solo activa tu esquizofrenia, John Wayne fue un hombre tranquilo.*

Escritos de vida efímera, pero que últimamente debo guardar en archivos Word. No es que sea mi intención chantajear a nadie descubriendo tramas financieras, pequeñas o grandes corruptelas, no, lo hago porque con el tiempo tanto emisor como receptor (yo y él, él y yo) dejamos de recordar con exactitud lo que un día nos dijimos. Ah, por cierto, se me olvidaba, la A, mi A, no sé por qué, siempre se me aparece simbolizando los significados, no reñidos, de principio y anarquismo.

Después de reponer energías, estoy listo para enfrentarme al mundo exterior. Al descender las escalas me topo con el cartel que desde hace meses cuelga en el portal de

entrada al edificio: CIERREN CON CUIDADO. Salgo a la calle pensando en ese imperativo que no agrede, mi imaginación se traslada a múltiples escenarios y hasta intenta desvelar la personalidad de quien fuere su autor, pero enseñada, a medida que avanzan mis pasos, unas nuevas lecturas, carteles de establecimientos comerciales, desvían mi atención: TODO a \$10.000. Dido Peluquería. Corte. Cepillado. Manicure-Pedicure. Depilación con cera. Mechas. Maquillaje. 3398575; LAVANET del Sur. Lavandería-Internet. Sastrería. Clínica de ropa. 3009574086; MERCADARIO AUTOSERVICIO. Lacteos. Frutas. Verduras. Carnes frías. Servicio a domicilio. Licores. Granos. Aseo. Papejería. 3305050; POSTRES & PASTELES CASA BLANCA. Servicio a domicilio. 3395425.

En una sola calle de corto recorrido, textos prácticamente contiguos que de tan familiares que se han hecho para mí no pienso en ellos, no soy consciente de su significado más allá de su utilidad como reclamo comercial; como diría el poeta argentino Oliverio Girondo, la costumbre nos teje diariamente una telaraña en las pupilas. La escritura invade nuestra cotidianeidad y ahora, para seguir mi camino, debo esquivar la valla de la esquina que, en caracteres negros de una letra romana capital mayúscula de caligrafía cuadrada con fondo amarillo está diciendo PROHIBIDO APARCAR, sí, una letra igualita a esta Times New Roman. Atravieso el Edificio que siempre me grita su nombre: TORRES DE LA RIOJA, como si de un reclamo natal se tratara, quién sabe si celestial. Poniendo en práctica la Ley del Mínimo Esfuerzo, por el sendero más corto, cuando llego a la Calle 13 (siempre muy traficada) debo

cruzarla por un lugar sin semáforo para situarme en la acera que, en línea recta, me lleve a la Cafetería OMA del Supermercado ÉXITO, en el Centro Comercial UNICENTRO, después de casa, mi segunda oficina de trabajo.

Entre paso y paso, entre una mirada y otra a una escritura que exige mi atención, desde que he salido de casa no he dejado de construir mentalmente el siguiente párrafo del artículo, todavía inconcluso, que actualmente no me deja dormir. El poeta cartagenero Raúl Gómez Jattin murió en 1997 atropellado por un bus en las calles de su ciudad. Cuando atravieso una peligrosa vía sin semáforos siempre pienso en él y que en esos momentos en que vio la muerte, había conseguido al fin acabar su mejor poema, un poema que construyó enteramente en su memoria y que nunca pudo fijar por escrito.

OMA ofrece una estimable variedad de cafés, granizados y cócteles, que anuncia en la pared más visible y extensa con la que cuenta. Caracteres blancos sobre fondo negro siguen esta clasificación: ESPRESSOS (cortado, 2400; doble, 3000; largo 2400; machiato 2400; ...); TRADICIONALES (capuccino, 3600; capuccino caramelo, 4200; café latte, 2900; tinto americano, 1800; ...); ESPECIALES (café jengibre, 6300); café colombia, 5900; café tradición, 7000: café italiano, 6300; ...); GRANIZADOS (sencillo, 3900; crema, 4700; doble crema, 5700; espresso arequipe, 4800; ...); y CÓCTELES FRÍOS (padrino, 7100; daiquiri maracuyá, 8100; cóctel oma especial, 8100; madrina, 7100; ...).

No necesito mirar tal variedad para solicitar mi café, ni siquiera necesito decir nada, solo mi familiar –Buenos días y, a los pocos minutos, con mi nombre escrito en un

vaso de plástico recojo mi tradicional tinto americano. Me acomodo en una de sus mesas, siempre, a ser posible, en la del rincón. Leo algunas páginas del texto titulado *Entre las calles vivas de las palabras*, de Carmen Rubalcaba Pérez; por cierto, hablando de poetas, un título que se encuentra reproducido en los versos del poema *Elegía desde Simancas (Hacia la Historia)*, del poeta español Claudio Rodríguez.

Mitad de diciembre, parece que hoy se ha madrugado mucho y las mesas comienzan a llenarse de iPods, tablets y celulares con ganas de funcionar sin descanso. Desde mi atalaya privilegiada, levanto la mirada del libro y echo un vistazo a mi alrededor: Precio insuperable. Productos solo a \$1000. La mejor navidad. Cosecha fresca. Oferta: 30 unidades huevo rojo Ekono \$6490. Duopack Postobón \$5500. Oferta Mango maduro x 500 g. \$990. Ahorrar es vivir con Éxito. Primero consumo los textos escritos mediante una lectura rápida, mental, sintética. Parezco un lector culto. Pero estamos en el mes de diciembre y el supermercado ya se ha llenado de previsores compradores. Estoy al lado de una jauría de voces humanas que persiguen con su lengua centenares de productos navideños y me obligan a hacer una lectura lenta, con continuidad, sin pausas, fundando mi lectura no sobre la vista, sino sobre la escucha de mi propia voz. Parezco entonces un lector semialfabeto, un niño que lee en voz alta.

Signos numéricos y alfabéticos, mayúsculos y minúsculos; blancos, verdes, amarillos y negros; redondos y cursivos, sobre fondos igualmente multicoloreados y llamativos. Hay una determinada calidad de impresión, un determinado tipo de caracteres, un aspecto formal inten-

cionado al que me parece no hacer caso, al que no quiero hacer caso, al que, al pensarlo, se lo hago; es una eficiente, higiénica, una alfabética presentación que inconscientemente o conscientemente me atrapa, que irremediablemente me acerca al sabor comercial de una papaya que, con seguridad, luego en casa, devoraré lingüísticamente.

Faltan 15 minutos para las diez de la mañana. Salgo de la cafetería para dictar mi clase de los miércoles de Paleografía y creo entonces que puedo respaldar el porqué de esto que primero solo estuvo en mi pensamiento y ahora se ha convertido en escritura: siento una constante necesidad de responder sobre la identidad fundadora de mi actividad profesional, pues esta ha sido, supongo, mi elección de vida, aunque solo encuentre respuestas efímeras y provisionales. Como quien pregunta a un documento histórico, se me apoderan la imposibilidad y el desasosiego, no puedo obtener respuestas reales para saber si mi elección es equívoca o no. Pienso que sí, pero no importa, como el mismo documento histórico escondo una recóndita intencionalidad y soy inagotable para poder seguir explorándome. Con seguridad la desmesura del desasosiego es más aparente que real; con seguridad, esta mañana transcribiremos una procesal encadenada de un viejo juicio criminal y todos quedaremos insatisfechos después de leerlo. Posiblemente nos embargue la emoción (¿qué más queremos?), posiblemente resucitemos a Pierre Rivière y acumulemos infinidad de preguntas, tan equívocas como la propia realidad histórica.

Tan fragmentado y ambiguo como las respuestas que pudiéramos dar a este pedazo de juicio criminal del año de 1659, avanzo hacia el aula 1017 del Edificio 333 de la

Universidad del Valle. Para poder entrar en ella, en un espacio posible de aproximadamente 300 metros, abaricable, humano, que pueda recorrer con mis piernas, intento encontrar alguna señal luminosa color verde, rojo o ámbar que sea indicio de que ahí hay, al menos, un semáforo. Espero paciente, por fin, la señal de un verde que te quiero verde que me permita adentrarme directamente por la puerta de la percepción peatonal de la Universidad, pues estoy anclado en el semáforo que se sitúa enfrente de ella. Recorro las huellas de una cebrá descolorida; luego, después de rebasar los 5 metros de ancho de una ciclovía, las de otra, también descolorida. Ya en la acera que bordea la entrada, una señora parece hacerme aspavientos con su mano derecha para adosarme un ejemplar del ADN que le pesa en la izquierda, o sea, pone en mi mano, sin permiso previo, precipitadamente, cinco pliegos unidos de papel periódico que en su portada de hoy reza así: VENGANZA, CAUSA DE LA MAYORÍA DE HOMICIDIOS EN CALI.

Dentro de la U atravieso un largo pasaje de columnas que no son romanas ni están llenas de grafiti, pero sí de muy distinta papelería y grafía que a un lado y otro, entre bananas y artesanías de caña, anuncian el alquiler de un apartamento, el inicio de una maestría, la venta de una bicicleta y una trompeta, un curso de yoga y otro de psiquiatría, la programación de un ciclo de cine y otro de teatro, un “Grandioso Concierto de Salsa”, la conferencia del doctor Jaime Jaramillo, experto en esoterismo. Es inevitable no leer alguno de estos anuncios artesanos, y hoy he leído tantos que mi cerebro, convertido ya en una inmensa batidora, está creyendo que esta ciudad es, en verdad, un rico cóctel de bio-diversidad.

Llego a clase algo confundido e intento aclararme dentro de un esquema evolutivo que me recuerde y sitúe en el tiempo y en el espacio la forma de algunos tipos de letra: capital mayúscula romana, uncial, lombarda, irlandesa, visigótica, gótica, carolina, cortesana, procesal, humanística. Respiro un poco. Efectivamente, como intuí, resucitamos a Pierre Rivière, pero no fue emoción lo que surgió, más bien, la letra procesal de la copia del jugoso manuscrito que debíamos analizar estaba tan encadenada y asustó tanto que no supimos ni quisimos preguntar nada, ni al documento ni mucho menos al ciudadano francés.

Más fatigado que preocupado (la letra era de un nivel excesivo), regreso a casa, esta vez bordeando la maltrecha y ridícula acera que circunda los límites de la Universidad dirección norte por la misma Calle 13 de antes. Una, dos, tres marquesinas para el bus dispuestas a unos 100 metros de distancia una de otra, publicitan con diseño profesional que combina imagen, color y texto: NUEVO SABOR A MANZANA. Del Valle FRESH. Un placer que te refresca. FERIA DE CALI. Colombia te invita a conocer su: Gastronomía. Música. Cultura. Un universo a tus pies; LOS REGALOS DE NAVIDAD CLARO. Llévate estos equipos desde \$0. Sólo pagas el IVA de \$8240.¹

Abro el portal del edificio donde se encuentra mi apartamento, recojo un sobre con extractos bancarios, la publi-

1 Increíble, ¡una nota a pie de página en un cartel publicitario! No puedo creerlo, como en los escritos académicos, ¡¡una nota a pie de página!! ¿Habrá alguien que se atreva a leerla?: “Los equipos identificados con precio cero pesos son: LG Optimus L3 II, Motorola Razr D! y Nokia Lumia 520”.

ciudad de una nueva pizzería que se ha instalado en el barrio y la factura de los servicios. Más números que letras, me digo, más signos arábigos que fenicios; el archivo familiar está a punto de desbordarse y deberíamos expurgar la documentación de algún que otro año sin hacer selección de ningún tipo, para qué, para qué la selección, no corro ningún riesgo, pues soy un ciudadano modélico y cumplo siempre con mis obligaciones. Tú sí, pero la Administración no, recuerda, conserva al menos el recibo de pago de aquel nunca realizado Megaproyecto, quién sabe si habrá devolución de esta descarada Megaestafa. Para qué, después de hace tanto tiempo se ha convertido en una muletilla de extrema resignación.

Almuerzo y a las 4 p.m. despierto de una reparadora siesta. Leo, Leo, Leo es el nombre de la protagonista en la película homónima de José Luis Borao, porque leer no leo nada, soy un perfecto profesor universitario que solo sabe escribir. Estoy atrapado por un perverso sistema crediticio y no es aconsejable recomendar la lectura de Adiós a la Universidad. El eclipse de las Humanidades, de Jordi Llovet; se corre el riesgo de que el sistema se desbarate y, además, como digo, para qué. Para qué siempre es una pregunta inútil, decía mi difunto amigo Juan García; y es un máxima que sigo y seguiré poniendo en práctica para no preguntarme nunca por la finalidad de la vida.

Espero, entonces, que pase el tiempo revisando facturas de letras y números diminutos, de perfecta estructura contable, aunque particularmente no entienda nada y tenga que llamar por teléfono a Emcali o a Claro para que me expliquen los nuevos cambios operados en su confección:

se han suprimido algunos antiguos conceptos y otros se han cambiado por nuevas denominaciones, más actuales, más eufemísticas, y acordes con los nuevos y cordiales tiempos que corren.

Son las seis de la tarde y María regresa del parque. Entra por la puerta de la casa y nada más verme me pone en la mano (esta vez pienso que sí, que es un verdadero ADN) una pequeña hoja cuadriculada de libreta donde puedo leer los caracteres mayúsculos que la desbordan, que me desbordan: PAPA QUANDO ME BAS A COMPRAR EL ARBOL DE NAVIDAD? En dos horas debe acabar sus deberes para el cole de mañana. Le ayudo a colorear algunas escenas hogareñas que se representan en uno de los pliegos que me acerca, mientras en su libro de texto, la Cartilla Micho, ella repasa las líneas de puntos suspensivos de nuestro alfabeto en caracteres minúsculos. Como una estela de luz que alumbró el pasado, los puntos suspensivos me llevan a recordar el primer libro que por iniciativa propia me atreví a comprar en una de las dos papelerías, más que librerías, que por aquel entonces había en mi pueblo. Era el Dictaditos, lo refresqué y comprobé hace poco, de 4º curso en su 5ª edición de 1970. Era el Dictaditos una obra adaptada a los cuestionarios de enseñanza primaria para aprender ortografía, en aquellos tiempos en los que el aprendizaje se basaba en la memorización y no en la comprensión. Una obra seriada creada por el español Andrés Pascual Martínez que comenzó en la década de los años 50 y concluyó en la de los 80 del siglo XX. Llegó hasta el 6º curso con un sinnúmero de ejemplares vendidos en el total de incontables ediciones.

Qué papelería aquella, venida de una tradición decimonónica de impresores, se veían en sus estantes folletos de propaganda, carteles publicitarios, fotografías, programas de espectáculos, billetes de cine, de teatro, de bailes; postales, cromos, esquelas de defunción, tarjetas de comercios; a cada tipo documental le correspondía un sentimiento personal diferente. El papel, tal vez sea la base material de su procedencia, actúa como una especie de atracción natural y nadie está libre de ella.

En fin, no quiero seguir recordando; el recuerdo, como ese “para qué” futurista, puede convertirse en estados de ánimo terroríficos y ya pasó mi edad-pesadilla. Dan las ocho de la noche de este miércoles 11 que estoy a punto de tachar con un X en la hoja número 12 de un calendario del año 2013 al que pronto daré fuego. Son las ocho de la noche y no quiero convertirme en el Bill Murray de *El día de la marmota*. Adiós.

Connotaciones simbólicas

Otras reflexiones sobre semiótica que traslado al mundo de lo escrito, al sistema de los documentos de archivo, al sistema del universo bibliográfico en las bibliotecas y establecimientos comerciales, al sistema de la escritura callejera, cualquiera que sea su forma de estamparse en las paredes, en los caminos; esta vez las de Umberto Eco en *La estructura ausente* (1974), para quien resulta evidente que las connotaciones simbólicas de los objetos se consideran funcionales no solamente en sentido metafórico, sino también porque comunican una utilidad social del objeto que no se identifica inmediatamente con su función primaria en sentido estricto.

Pongamos por caso (hasta la terminología es coincidente) el asunto de los valores primarios y secundarios de los documentos de archivo. En lugar de hablar de “funciones” para referirnos a las denotaciones de “utilitas”, y de “connotaciones simbólicas” al referirnos a los demás tipos de comunicación, como si estas no fueran funciones, podemos utilizar los términos “función primaria” (la que denota) y “funciones secundarias” (que son connotadas). Se sobreentiende que las expresiones “primaria” y “secundaria” no tienen valor discriminativo en sentido axiológico (como si una fuera más importante que la otra), sino de pura mecánica semiótica, en el sentido de

que las funciones secundarias se apoyan en la denotación primaria. El valor primario, como el valor documental que corresponde al fin por el que se creó el documento: valor administrativo, fiscal, contable; valores que con el tiempo pueden caducar por prescripción legal. Valor secundario o histórico, como aquel que surge después de que el valor inmediato o primario haya concluido, aunque algunas tipologías documentales lo poseen desde el momento en que se producen, por su importancia científica o cultural, o por su interés inicial de aporte informativo a la historia.

En realidad, leí *La estructura ausente* para apoyar a Beatriz Henao en su tesis de pregrado y dar cuenta de las posibles relaciones semióticas que pueden establecerse en la Plazoleta de Banderas bajo los efectos de la marihuana. Banderas como un sociolugar en la ciudadela de la Universidad del Valle, donde tienen lugar prácticas culturales asociadas principalmente a la Audición musical de los viernes, y el consumo de alcohol y marihuana.

La Plazoleta de Banderas como un emblemático lugar que mantiene determinados comportamientos para dar cuenta de la relación existente entre sus propiedades geográficas, arquitectónicas y urbanísticas, y las prácticas sociales que allí se dan. Una relación de interdependencia que produce determinados significados sociales según los procesos de apropiación que establece la población universitaria, especialmente los estudiantes, quienes en última instancia son los que en esos procesos atribuyen funcionalidad a las cosas según las actividades que realizan y según los comportamientos que van adquiriendo.

Desvelar esas interrelaciones fue el principal objetivo del trabajo de Beatriz. Banderas como un lugar de ocio que genera formas de apropiación y dinámicas sociales vistas por el estudio de sus elementos arquitectónicos desde la semiología, desde la práctica del grafiti y su consideración como sociolugar. Un espacio que no puede ser visto solo desde la consideración de una estructura “contenedora” o emplazamiento de encuentro, sino más bien como instancia capaz que posibilita la integración en los procesos sociales.

En él hay una gran cantidad de elementos arquitectónicos, paisajísticos y ornamentales, cuya sola contemplación invita a fumar para acrecentar el acertado destino que se ha encontrado a este hermoso rincón. Resulta evidente que las connotaciones simbólicas pueden considerarse funcionales no solamente en sentido metafórico, sino también porque comunican una utilidad social del objeto que no se identifica inmediatamente con la función en sentido estricto; una utilidad, en este caso, que tiene que ver con los sentidos, con una manera diferente de relacionarse con los espacios como de costumbre lo haríamos y con un sentido del recreo o de comunicarse con los demás que, bajo los efectos de la marihuana, concede un orden diferente al funcional y primario de los objetos.

Banderas no se creó para beber, para fumar, para hacer grafiti; fue una Plazoleta proyectada al recreo donde sus elementos potencian el descanso y la charla, cuyas funciones primarias y secundarias están sujetas a pérdidas, recuperaciones y sustituciones de todas clases; pérdidas, recuperacio-

nes y sustituciones que en general son corrientes en la vida de las formas y constituyen la norma de lectura de las obras de arte propiamente dichas, pero que resultan más evidentes (y paradójales) en el ámbito de las formas arquitectónicas, en el que la opinión común cree que se trata de objetos funcionales con indicaciones inequívocas y, por tanto, unívocamente comunicativas. Para desmentirlo, en el transcurso de la historia, o bien al pasar de un grupo humano a otro, un objeto utilitario puede someterse a las siguientes lecturas:

1. Se pierde el sentido de la función primaria / Permanecen las funciones secundarias, de una manera oculta.
2. Permanece la función primaria / Se pierden las funciones secundarias.
3. Se pierde la función primaria / Se pierden casi todas las funciones / Se reemplazan las funciones secundarias por subcódigos de enriquecimiento.
4. La función primaria se convierte en secundaria;
5. Se pierde la función primaria / Se sustituye por otra función primaria / Se deforman las funciones secundarias por medio de códigos de enriquecimiento.
6. Las funciones primarias son vagas desde su origen / Las funciones secundarias son imprecisas y deformables.

Con la marihuana se pierde todo y todo permanece. Banderas como un histórico manuscrito o un precioso libro antiguo. Reinterpretar a través de códigos y en perspectivas ideológicas de nuestros días que nos permitan insertar un objeto de anticuario en un contexto distinto, disfrutar

de él por lo que entonces ya significaba, pero también utilizarlo por las connotaciones que podemos atribuirle con nuestro léxico y códigos actuales. Se trata de una sucesión de sorpresas, de aventuras, al descubrir en una forma sus contextos originales y al crear otros de nuevos... Como una operación de “fisión semántica”, la descontextualización del signo y su inserción en un nuevo contexto que lo llena de significados nuevos. Esta operación va unida a la de conservación y el descubrimiento de los viejos contextos, si alguna vez, en Banderas, los hubo, seguro que sí. Es cuestión, si no los conocemos, de imaginarlos.

Roland Barthes, en su ensayo “Semántica del objeto” (1966), nos ofrece una clasificación en dos grandes grupos de connotaciones que podemos trasladar al objeto “manuscrito histórico” o el objeto “libro antiguo”, es decir, en las consideraciones conceptuales más estandarizadas, el libro producido antes de 1800, cuando se utilizaban procedimientos más artesanales que industriales.

Connotaciones existenciales: el libro antiguo/manuscrito adquiere ante nuestra vista la apariencia o la existencia de una cosa que es inhumana y que se obstina en existir. Es la persistencia del objeto en estar, existir fuera del hombre. El objeto adquiere entonces un sentido estético, como si encerrara una especie de esencia que hay que reconstruir. Se produce una especie de huida del objeto hacia lo subjetivo.

Connotaciones tecnológicas: el libro antiguo/manuscrito se define como lo que es fabricado, como una materia finita, estandarizada, formada y normalizada. Es un elemento de consumo, copiado, repetido. El objeto se desliza hacia lo social.

En el Prólogo de Charles Jenkins a *El significado en Arquitectura* (1969), una obra colectiva coordinada por Charles Jenkins y George Baird:

<<Un libro es una máquina para pensar”, así comenzaba I.A. Richards en 1924, haciéndose eco de las opiniones difundidas por Europa durante aquellos años y planteando la cuestión de “¿qué género de libro y qué tipo de máquina son adecuados para el presente?” Mientras que nuestra noción de lo que es una máquina ha sufrido un cambio radical desde entonces, nuestra idea o ideal de un libro no ha cambiado sustancialmente: es un instrumento a través del cual un lector piensa. Por tanto, un libro ideal podría contener, al término de este esfuerzo recíproco, tanto los comentarios marginales del lector como el texto escrito por el autor. Para ser aún más preciso, un libro es una máquina para comunicarse, y cuanto mejor sea el libro más inserciones y modificaciones seguirá generando a lo largo del tiempo. Aquí no se puede dejar de hacer referencia a las recientes máquinas que han hecho aún más posible este ideal de interacción y, en consecuencia, más apropiada la metáfora>>.

Sí, “¿qué género de libro y qué tipo de máquina son adecuados para el presente?”. Sí, la Biblia y sus sucedáneos sería la más potente máquina del universo. El libro más vendido y comentado, con seguridad una perfecta máquina de guerra que nunca se desgasta y hierde demasiado. Supongo que sus efectos tienen más que ver con el “rezar” que con el “pensar”. Un libro, además, del que poco pensamos.

La Biblia es el libro que recoge la palabra de Dios y es un texto sacro. Por ser considerado como tal mantiene ciertas exigencias básicas y generales. Su contenido ha pasado del

estado oral al escrito. Como nos dice Antonio Piñero (*Los libros sagrados en las grandes religiones. Los fundamentalismos*, 2016), su escritura sacra, cuyo origen, pasados los siglos, se cree fijada desde tiempos remotos, simboliza la autoridad religiosa divina. El amor y la reverencia por lo escrito va a explicar el trato temeroso y respetuoso que se prodiga a la Biblia y el cuidado puesto en su edición.

La Biblia muestra garantías de que su origen es divino, está escrita al dictado de Dios. Comunica por tanto la voluntad divina a los seres humanos (a un grupo, a un pueblo elegido, a una nación, a la humanidad entera), normalmente a través de un mediador garantizado como Moisés. Como libro sagrado, la Biblia funciona de fuente permanente de reglas para organizar la vida individual o corporativa del grupo de fueles. Como palabra de la divinidad, el contenido del libro está dotado del mismo poder que la palabra divina pronunciada oralmente, por ejemplo, en el acto creador del mundo.

Al estar fijada, puede ser recuperada para utilizarse como palabra oral, capaz de pronunciada de manera delegada por medio de los sacerdotes y, como tal palabra, implica acción, mucho más por proceder directamente de Dios, quien opera o vehicula la creación del mundo y la salvación. El carácter sagrado y autoritario del texto sagrado es más evidente cuando este ofrece la base sobre la que se constituye y moldea una sociedad y, además, funciona como fuente de derecho, de la ley, al poseer unicidad, autoridad, verdad y sacralidad únicas y procedentes de un solo Dios y no de otro.

Dos fragmentos: documentos hechos pedazos

El primero aparece en *La imagen del archivo. Representación y funciones en España, siglos XVI y XVII* (2003), un texto de Diego Navarro Bonilla. En él leo un párrafo extraído de la obra de 1654 del escritor costumbrista madrileño y cronista de Felipe IV, Juan de Zabaleta, *El día de fiesta por la mañana*:

<<Los que escriben historia de muertos es fuerza que se atengan a lo que hallan escrito, o que, si quieren saber con más certeza lo que escriben, recojan muchas tradiciones, se anden tras manuscritos arrinconados y archivos melindrosos. Los escritos a que se atienen ya se ve cuán poca fee hacen. Las tradiciones, o no dan verdad, o si la dan es desautorizada. De los manuscritos es raro el que se encuentra, o porque son raros los que escriben por sólo escribir verdad, sin alguna esperanza y con mucho miedo, o porque estos papeles los desprecia fácilmente la común ignorancia>>.

La desconfianza en las fuentes para encontrar la verdad. Ni el manuscrito muerto ni el informante vivo. De todas formas, siempre será menos molesto para dialogar un manuscrito de archivo que una vieja voz hablando del pasado.

El segundo, lo encuentro en *Los muertos también hablan. Memorias de un antropólogo forense* (2001), de

William R. Maples:

<<El caso más fascinante que he tenido afectaba a una pareja de enamorados con nombres muy corrientes en Estados Unidos: Meek y Jennings. Me tocó sacar sus huesos quemados, aplastados y fragmentados en miles de pedazos de una sola bolsa para cadáveres para luego ordenarlos lo mejor que pude. Cuando hube terminado, tras año y medio de trabajo, lo que tuve ante mí es lo que está más dentro de nosotros, en nuestro centro; lo último que se corta, se quema, se desmonta o se disuelve; la parte más fuerte, más dura y menos destructible de nuestro cuerpo; nuestro más seguro aliado, nuestro compañero más fiable, nuestro más duradero superviviente: el esqueleto>>.

La imagen de la “calavera” acompañada del “libro” o el “libro” acompañado de la “calavera” (no sabría decir cuál de los dos podría ejercer mejor la función de “amigo” fiel) siempre me pareció un símbolo inquebrantable. La calavera, el emblema de la caducidad de la existencia (Hamlet y Fausto), pero lo más indestructible del ser vivo una vez descompuesto su cuerpo. Así, la calavera pasa a ser el cuenco de la vida donde bebe el pensamiento. Al lado de un libro y una pluma, no puede haber mejor imagen que represente la conexión de la lectura y la escritura al pensamiento.

Pero pienso también en el ingeniero alemán Bertram Nickolay quien, al menos en el año 2016, dirigía el Departamento de Técnicas de Seguridad del conocido *Instituto Fraunhofer de Berlín*. Tras la caída del muro en 1989 y ante el inminente final del régimen comunista de la desaparecida RDA (República Democrática Alemana), grupos de

los servicios secretos de la Stasi, dirigidos por Erich Mielke, el famoso “señor del miedo”, comenzaron a destruir miles de expedientes que conservaba; expedientes resultado del espionaje que los numerosos agentes de la Stasi llevaron a cabo entre la población de la RDA y que hacían un total de más de cien kilómetros de estantería de archivo.

El 15 de enero de 1990, una multitud armada asaltó el cuartel general de la Stasi, paralizando la destrucción de los documentos. Allí se encontraron más de quince mil sacos llenos de pedazos de papel. Las autoridades comenzaron a estudiar la posibilidad de reconstruir el enorme puzzle. Un grupo de archivistas comenzaron la tarea en 1995, en unas dependencias oficiales ubicadas en Zimdorf, un pueblo bávaro. Armar el rompecabezas de millones y millones de trocitos de papel llevaría una cantidad enorme de tiempo y en el año 2002, Bertram Nickolay presentó al Gobierno un software al que se le llamó *ePuzzler*. Tras cinco años, en 2007 el Gobierno aprobó un presupuesto para implementar el software, cuya misión era la de memorizar el tamaño, el color, la letra, el grosor del papel y el contorno de los pedacitos.

El software funcionaba, pero era muy lento; así, para acelerar el proceso se diseñó una llamada “calle digital”, dotada de unos módulos que limpiaban los pedacitos de papel, y de unos pequeños robots que los clasificaban. Durante veinte años los archivistas lograron reconstruir 1’5 millones de páginas que correspondían al contenido de aproximadamente cuatro sacos... Aunque no lo parezca, el cuerpo del papel también tiene esqueleto

De la recomposición de estos documentos también habla Timothy Garton Ash en su libro titulado El expe-

diente. Una historia personal (2019). Documentos hechos pedazos durante las semanas que pasaron entre el inicio de las protestas del otoño de 1989 y el asalto al Ministerio de Seguridad del Estado a comienzos de 1990. La Stasi comenzó entonces a destruir los documentos más comprometedores y la Junta Gauck intentó reconstruirlos poco después trocito a trocito. Es un lugar extraño, dice Garton Ash, esta Junta Gauck: “un ministerio de la verdad ocupando el antiguo ministerio del miedo”; un ministerio que sustituye a otro en una especie de regresión interminable con la reconstrucción documental.

Los archivistas de la Junta Gauck tenían que renumerar cada uno de los documentos que se ponían en consulta, estampando un sello de goma sobre la anterior paginación, anotada a mano por la Stasi, como una parodia de la perfección alemana: “Un extremo sigue al otro- Probablemente ninguna dictadura de la historia moderna ha tenido una policía secreta tan extensa y minuciosa –hasta forzar el fanatismo- como la Alemania del Este. Ninguna democracia de la historia moderna ha hecho tanto para exponer el legado de la dictadura precedente como la nueva Alemania”.

En 1978, el historiador y periodista Timothy Garton Ash se trasladó a Berlín para investigar los movimientos de resistencia al régimen nazi. Al hacerse públicos en 1992 los archivos de la antigua RDA, quiso saber, por casualidad, si entre los archivos de la Stasi se había abierto algún expediente sobre él. Descubrió que sí y que el Servicio Secreto de la Alemania comunista le llamaba “Romeo” en el expediente. Así va estructurando la novela, contrastando la información ofi-

cial que contenía el informe de vigilancia dedicado a él, con sus propios recuerdos, y siguiendo las pistas de quienes en el pasado consideraba amigos, pero resultaron ser espías de su vida privada. Se ponían en juego así la fría mirada de una policía secreta y la descripción subjetiva y emocional que a través de un diario hacía Garton Ash de sí mismo.

La historia personal del autor comienza describiendo el expediente en cuestión, cuando se encuentra frente a una pequeña mesa de formica en el despacho de la señora Schulz, funcionaria de la Junta Federal de los archivos del Departamento de Seguridad del Estado de la RDA. Este comienzo me recuerda al inicio de *Memoria de un romance. La muerte a cuchillo*, donde describo la cubierta del delgado libro de defunciones de 1885, de la población del Municipio de Ocón (La Rioja, España), año en que aparecen reunidos los nombres de Ciriaco Fernández y sus cinco víctimas.

Así es la descripción que se hace en *El expediente*:

–Guten tag –me saluda con diligencia la señora Schulz-. Tiene usted un expediente muy interesante. –Y allí está, una carpeta de color ocre, de unos cinco centímetros de grosor, con un sello estampado sobre la tapa: OPK-Akte, MFS, XV”889/81. Debajo, con letra pulcra de oficinista, aparece escrita la palabra “Romeo”.

–¿Romeo?

–Sí, éste era su nombre en clave –responde la señora Schulz, y ríe por lo bajo.

El OPK de la cubierta significa *Operative Personenkontrolle* (control operativo de personas). En el expediente aparecen tipologías documentales como informes de vigilancia, resúmenes informativos, fotocopias de artículos de Garton Ash, copias de sus propias notas. Este es un ejemplo de la clase de documentos que pudieron acabar siendo añicos. El expediente comienza con el informe que un tal teniente Wendt había elaborado en marzo de 1981 y este presta atención a los datos facilitados por los propios informadores de la Stasi, a los que se les conocía como IM (*Inoffizielle Mitarbeiter*), literalmente, “colaboradores no oficiales”. A inicios de los años noventa, fue habitual que mediante los archivos de la Stasi se identificara como IM a reconocidos políticos, profesores universitarios, periodistas o sacerdotes de Alemania Oriental, y que por tal motivo se les apartaba de la vida pública. Ser un IM te hacía poseer una mancha imborrable. Métodos de infiltración, intimidación y colaboración que caracterizaron la dictadura comunista de Alemania, “la apacible corrupción del totalitarismo”.

En las sociedades que componían ese amplio territorio al que se llamó Europa del Este, dicho por Julián Casanova (*Una violencia indómita. El siglo XX europeo*, 2020), se instaló el miedo, la denuncia, la sumisión y la despolitización. Un territorio uniformado por un sistema definido como “socialismo”, “comunismo” o “totalitarismo” donde la paz fue impuesta por los tanques del Ejército Rojo. La intervención militar aplastaba las resistencias. El sistema aguantó, pero se hacía difícil legitimar con el tiempo el argumento de que actuaba en nombre del pueblo o de las clases trabajadoras.

¿Les provoca un tinto? Un viaje de poesía colombiana

De mi primer viaje a Colombia (una estancia de tres meses en el año 2001) surgió este texto. Por invitación de Alfonso Martínez Galilea, fue leído en las *IV Jornadas de poesía en español*, que se celebraron en Logroño (La Rioja, España), entre el 3-18 de mayo de 2002. Agradezco a Alfonso esta invitación y su mención a ella en la edición que preparó y publicó en 2007: *Poetas hispanoamericanos en las Jornadas de poesía en español (1999-2006)*.

El texto se tituló así: *¿Les provoca un tinto? Un viaje de poesía colombiana*, y estuvo dedicado *A la memoria de José Manuel Arango*.

La estancia de noventa días en Medellín, el Medellín de Colombia del año 2001, aunque emotiva y cercana, todavía la sigo sintiendo como un ligero soplo en mi destaralada memoria y, por supuesto que, aun siendo ya realmente mágico para mí ese número 90, ello no me autoriza a hablar de poesía colombiana. Eso sí, fue un excitante soplo, benefactor e imborrable. Menos autorizado todavía, digo, cuando ese periodo de tiempo –no tanto por su escasez, sino por llevar sus límites prefijados– me obligaba a actuar con la misma avidez que un guaquero español desenterraba el oro indígena. Así, precipitada y fragmentariamente en mis lecturas –bien pensado, estas nunca se han

hecho de otra manera- fui descubriendo y ampliando esa llamada “pobre nómina de poetas colombianos”, que para mí, día a día, iban alegrando mis alforjas sentimentales.

Si lo prefieren, pensemos con el castellano de España y concluyamos: ¡la ignorancia es atrevida! Pero, aunque solo sea por esta vez, déjenme decirles que la osadía inconsciente y mercenaria de una sardina sicaria me arroja ante ustedes con el único propósito de lanzarles –no se asusten, que no me he encomendado a la Virgen- un puñado de versos y nombres de la literatura colombiana, y contarles cómo estos se me fueron apareciendo durante esa pequeña estancia. Me temo que será inevitable producirles una sensación popurrícosa y más cuando lean versos descolgados de su poema y no a todos los poetas.

Todavía, yo no sé –pronúnciese con el acento paisa de Medellín-, yo no sé qué instintivos impulsos me hicieron despegar de la que nunca he sentido ni como “madre” ni como “patria”, hacia lo que muchos llaman el otro mundo y nadie el mundo del otro. Tampoco importa. Ahora creo que, a partir de ese viaje, como a Caballero Bonald, se asimiló a mi propio organismo moral el anticuerpo de la confianza en mí mismo.

Por una especie de inercia turística en la fase agobiante de los preparativos, antes de emprender el vuelo, a mi raquílica lista de poetas colombianos, había que añadirle, sin ánimo de engordar, más nombres que además pudiesen aligerar las incomodidades y temores de mi viaje. Para ello me acerqué a la Plaza del Diamante logroñesa. Allí, en el rincón de la Librería Sancha, entre cuarcitas y malaquitas librerías, se encontraba el diamante con sus iniciales estampadas: A.M.G. (Alfonso Martínez Galilea). Él fue quien

me habló por primera vez de un tal Aurelio Arturo y me encomendó la misión de trasladarle desde Colombia hasta aquí, la *Torre de Claudia*. O lo que es lo mismo, conseguirle la obra poética de Giovanni Quessep, a quien él, Alfonso, había descubierto –¡alabado sea el Opus de Monseñor! – en Arco. Revista de los países bolivarianos.

Estábamos a mitad de julio del año 2001, y desde que supe la fecha del vuelo y decidí largarme y alargarme, todo sucedió velozmente. Con la boca abierta, envuelto en un extraño encantamiento, había aterrizado en mitad del campus de la Universidad de Antioquia, con sede en Medellín. La ciudad universitaria es una auténtica ciudad: la plaza y su fuente con la impronta del escultor Rodrigo Arenas Betancur, la biblioteca y el teatro, canchas para toda clase de deportes y piscinas, parajes de recreo de exultante vegetación, pajarillos conchudos al alcance de tus labios, infinidad de puestos de venta: libros, café, cedés, café, bisutería, café..., rastros espontáneos, el museo, la librería, correos, médico, farmacia, el murmullo incesante de cien mil voces mestizas, la capilla y el aeropuerto –créanme, una pista verde para volar de verdad-. La ciudad universitaria es una isla, nunca libre de peligros, dentro de la gran urbe que los muchachos llaman *Medallo* y al momento, será por un rebote de simple asimilación fonética, *Metrallo*.

Nada tardé en encontrar el puesto de libros adecuado, pues allí todos conocen al Hamaquero, treinta y cinco años viviendo entre los cobertizos del campus. En mi primera, rápida y tímida visita, sin decir palabra, me hice con la larga sombra larga decimonónica del bogotano José Asunción Silva. Dizque su *Nocturno III* ocupó el segundo lugar en el concurso *El mejor verso de la poesía colombiana*, Bogotá, 1987:

Una noche,
una noche toda llena de perfumes, de murmullos y de
músicas de alas
una noche
en que ardían en la sombra nupcial y húmeda las
luciérnagas fantásticas

Todavía con la resonancia en mis oídos de aquella doble
A, Aurelio Arturo acompañó a la poesía de Silva. Solo fue
nombrarlo y así no predecía ningún deslumbramiento,
pero este se produjo y se sigue produciendo cada vez que
abro la tierra y la noche, y encuentro las hojas y el viento
de una Morada al sur, la morada de Arturo que hechizó
el espíritu de todos los poetas colombianos de la segunda
mitad del Siglo XX y por los siglos de los siglos seguirá
retumbando su *Canción de la noche callada*:

Yo amé un país y de él traje una estrella
que me es herida en el costado, y traje
un grito de mujer entre mi carne.

En la noche balsámica, noche joven y suave,
cuando las altas hojas ya son de luz, eternas...

Café tras café, sin falta, escapaba de mis académicas
obligaciones para visitar al Hamaquero y sus viejos, sucios,
plastificados libros, siempre manejables y siempre, día tras
día, expuestos en un orden distinto que despistaba al lince
más avisado. La fornida figura del Hamaquero, cubierta de
ajustados y semiandrajosos ropajes; su barba larga, negra y
rizada en un rostro de profeta bíblico, calvo y despierto, lo

hacían un auténtico domador chapado a la antigua, de un circo que requería la ayuda de dos o tres pelaos para montarlo todas las madrugadas y todas las tardes desmontarlo.

Nuestra relación ya había avanzado y comenzamos a tomarnos el tinto juntos. El Hamaquero es Gustavo Zuloaga, parte del 40 % de genética vasca que dicen corre por Medellín.

-*Yo fui bibliotecario ahí* –me decía apuntando con su barba la Biblioteca Universitaria-, *pero no podía, yo soy un hombre azogao, un hombre de la calle.* Y es cierto, él es pura acción, un demonio multicultural: librero, editor, antólogo –Alejandra Pizarnik entre otras-, director de un programa de radio dominical sobre poesía, anfitrión de tertulias, pirata y charlatán. Ya ven, Gustavo es multicultural, sí, pero solo vive de su trabajo.

Imagínense, entonces. Primero fue desempolvando las antologías. De entre ellas, solo les desvelo la nómina de poetas que aparecen en la Antología *Una generación desencantada* preparada por Harold Alvarado Tenorio en 1985. Son poetas nacidos entre 1937 y 1948: José Manuel Arango, Giovanni Quessep, el propio Alvarado, María Mercedes Carranza, la hija del falangista, perdón, del piedracelista Eduardo Carranza, Juan Manuel Roca, Darío Jaramillo Agudelo y Juan Gustavo Cobo Borda.

El Hamaquero me tenía dicho que hay tres grandes vivos en la poesía colombiana: Rogelio Echevarría, Giovanni Quessep y José Manuel Arango.

Todas las calles que conozco
son un largo monólogo mío,
llenas de gentes como árboles
batidos por oscura batahola.

Es el comienzo de una obra completa en vida, *El transeúnte*, la obra de Rogelio Echevarría, nacido en 1926 en Santa Rosa de Osos (Antioquia), la misma cuna campesina de Porfirio Barba Jacob; fue escrita entre 1948 y 1993, y no llega a los cien poemas. Los primeros poemas de *El transeúnte* aparecieron en la revista *Mito* y, por ello, se le considera como integrante del grupo poético del mismo nombre. Es una obra parca, medida y sopesada, rumiada y sufrida

O si el sol florece en los balcones
y siembra su calor en el polvo movedizo,
las gentes que hallo son simples piedras
que no sé por qué viven rodando.

Feliz fue mi sorpresa el día en que Gustavo me presentó a José Manuel Arango. Dizque lo había leído en la antología de la “generación desencantada” y en su librito *Montañas*. Resulta que José Manuel visitaba con frecuencia a Gustavo y a partir de entonces coincidimos y nos citamos en numerosas ocasiones. El librero me hablaba de los poetas y el poeta de los prosistas: Jorge Isaacs, Fernando González, Tomás Carrasquilla, Manuel Mejía Vallejo... Por supuesto, a los pocos días de conocerle ya tenía dedicados sus Poemas reunidos, que van de 1973 a 1995, y con gusto les hago partícipes de su dedicatoria:

Es un encuentro que hay que celebrar, éste de dos devociones por la poesía que vienen de orillas opuestas...

José Manuel fue uno de los editores de Acuarimántica y hasta ayer mismo como quien dice, 5 de abril de 2002, fecha de su fallecimiento, dirigía, junto a Elkin Restrepo -disidente de los Nadaístas- la revista *Des-hora*, editada en Medellín. En ella leí sus traducciones de la poetisa norteamericana Denise Levertov, muchas veces el mismo tono que escuchamos en la poesía del colombiano. José Manuel no hablaba mucho. Tal vez su persona representaba lo que se dice de esta generación desencantada: son sobrios, educados, escuetos y cultos... Ah, él conocía y situaba correctamente en el tiempo y en el espacio a Gonzalo de Berceo.

Pero, pero ¿dónde se halla la *Torre de Claudia*? Williams Cano, otro librero, de talante comercial, distribuidor de su mercancía a domicilio, me hizo llegar desde su librería Sim Sala Bim la Carta imaginaria, fechada en 1998, de Giovanni Quessep. La Carta era entonces su última poesía publicada y, claro, ahí no aparecía la *Torre de Claudia*, toda su obra anterior.

En las noches de altas cotas étlicas -en esencia, aguar-diante antioqueño- no había hijoeputa que no supiese de memoria al menos una estrofa de *La canción de la vida profunda*, de Porfirio Barba Jacob (1883-1942).

Hay días en que somos tan móviles, tan móviles,
como las leves briznas al viento y al azar...

Hace unos años, la Fundación Casa de Poesía Silva que, entre otras de sus actividades, elabora unas magníficas edi-

ciones, hizo un sondeo para elegir el mejor poema de la literatura colombiana y el vencedor indiscutible por votación popular, fue La canción de la vida profunda.

-Mirá -me dijo María Faiselly- *aquí estuvo un tiempito Barba Jacob*. Ascendíamos el barrio de Aranjuez -decir Aranjuez en Medellín quería decir máxima calentura- y me señaló un inmenso y viejo edificio plantado entre casas casi colgantes. Era el Manicomio de la ciudad. *Atractivo personaje este de Fernando Vallejo* -me dije. Sí, Fernando Vallejo es el paisa de *La Virgen de los sicarios*, el paisa que dispara palabras contra todos y contra todo, el paisa que dice: "Dios no existe y si existe es un cerdo y Colombia un matadero". Vallejo tiene escritas dos biografías y no precisamente dedicadas a poetas-políticos. Una de ellas es *Almas en pena, chapolas negras*, la vida de José Asunción Silva, un suicida. Y la otra, *Barba Jacob el mensajero*, la vida de -al decir del propio Barba en su poema *Acuarimántica*- "un lúgubre alarido...".

Como siempre, Faiselly se equivocó. Pero a estas alturas su error resulta ser oportuno. Quien estuvo en el Manicomio de Aranjuez no fue el poeta de los profundos alejandrinos, sino Epifanio Mejía, el autor de *El canto del antioqueño*, adaptado y musicalizado como Himno de Antioquia.

Es difícil desnudarse en un solo verso con tanta intensidad y progresión a la vez:

La vida es clara, undívaga y abierta como el mar

Leyendo a Fernando Charry Lara, poeta del Grupo Mito, supe que Octavio Paz, comentando *Laurel, antología de la*

poesía moderna en lengua española, 1941, de Xavier Villaurrutia, calificaba, cuarenta años más tarde, la presencia de Barba Jacob en dicha antología, como una desafinación y creo que con desdén lo trataba de modernista rezagado.

Por el repaso que hace Esperanza López Parada en su *Poesía colombiana contemporánea*, supe que José Lezama Lima en *Paradiso* lo menciona. Lezama comenta el último verso del poema titulado *Sapiencia*, que Barba Jacob fecha en La Habana, 1915, la misma fecha, por cierto, que su *Canción de la vida profunda*. El verso dice así:

bruñir mi obra y cultivar mis vicios

Y Lezama, tomándolo como el ars poética del poeta colombiano, sentencia diciendo que son “dos tonterías que sólo existen para los posesos frígidos”. A ambos también poetas, Paz y Lezama, Diego Pérez Jaramillo, un entusiasta de Porfirio, con su mismo cinismo, les dedica la *Balada de la loca alegría*

Mi vaso lleno –el vino del Anáhuac–
mi esfuerzo vano –estéril mi pasión–
soy un perdido –soy un marihuano–
a beber y a danzar al son de mi canción.

La Biblioteca Universitaria anunciaba los miércoles de cada semana, lectura de poesía comentada. Me dejé caer a eso de las cuatro de la tarde de uno de esos miércoles perezosos, para relajarme con el virtuosismo musical de León de Greiff, incluido en la generación de *Los Nuevos*, llamada

así por la revista que con el mismo nombre apareció en 1925. Quizá, quién sabe, podría dulcificarme la tarde esa difícil mezcla de jovialidad y pena, pero no escuché el *Relato de Sergio Stepanyky*, esa variación instrumentada sobre unos versos ajenos:

Juego mi vida, cambio mi vida
De todos modos
la llevo perdida...

Lo que logró dulcificarme fue la voz de aquella muchacha que había hecho una estupenda selección de sus poemas amorosos.

No pude comprobar lo que en ciertas ocasiones me llegaba en forma de rumor. Que X-504 ocupaba su tiempo en la Biblioteca Pública Piloto de Medellín. Una visita a la Biblioteca, guiado de la mano y la conversación de X-504, habría satisfecho de un solo tiro la doble curiosidad bibliofílica que me movía por la increíble ciudad increíble. X-504 es el apodo de Jaime Jaramillo Escobar, poeta integrante del grupo de los *Nadaístas*. Provocadores, surrealistas, antiacadémicos, existencialistas, sicodélicos, defensores del prosaísmo en sus versos, llevan a cabo actos públicos escandalizadores durante la década de los años 60. El grupo lo funda Gonzalo Arango en Medellín, y entre su nómina extensa y variopinta también se encuentran Mario Rivero, Jotamario y Elkin Restrepo.

De entre todos ellos, acaso fue en la poesía de Jaime Jaramillo donde más me identificaba. Navegando por el

Río Cauca, maravillado por los besos que desde la orilla me lanzaba Lucina, la novia de J.J. y salvando 504 sonrisas, su *Sombrero de ahogado* y sus *Poemas de la tierra caliente*, me recordaban los surrealistas y divertidos juegos del poeta francés Benjamín Péret, y así en la función del Circo donde suelo acudir, *los caballos montan en las jirafas, las jirafas en los elefantes, los elefantes en la troupe, la troupe en el empresario..., hasta que se cae un enano, se descuelga un payaso y el empresario comienza a caminar lentamente hacia otro país...* Quizá las coincidencias entre ambos poetas solo sean las de libertad, humor y rebeldía en su lenguaje poético. Aunque sea un crimen no incluir entero Mi vida con el chamán, del poema titulado Perorata, que abre su libro *Sombrero de ahogado*

Os voy a decir, señores, sí, os lo voy a decir, qué es lo que hace el poeta:

Poner una veleta en la ventana para desorientar a los pájaros.

Labrar peces de hielo para cambiárselos al Mar por peces verdaderos.

Guardar granizo en la bodega para comer en verano delante de los amigos.

En fin, escasamente fui leyendo todo lo que Gustavo, el maldito librero, desempolvaba. Unos poetas me recordaban a otros poetas, ciertos poemas a otros poemas y, en algunos poetas, todos sus poemas, a un solo poema. No ubicaba ni a uno ni a otro, ni en el tiempo ni ¿en qué espacio? Para mí, todas eran voces que golpeaban primero en una larga montaña y algo más tarde –sin olvidar la voz

precedente y, en ocasiones, todas ellas convertidas en un coro de multifloridas coristas-, algo más tarde me llegaban como un eco intemporal. Me parecían los colombianos, autores de una breve y cuidada obra que precisamente por ello se hacía intensamente jugosa.

De nuevo mi querido domador, me dio a conocer a Jorge Gaitán Durán, el fundador de la desmitificadora revista *Mito* (1955-1962) y compañero de Caballero Bonald en su estancia bogotana allá por el comienzo de los años 60. En torno a *Mito* estaban otros poetas como Eduardo Cote Lamus, Álvaro Mutis, Fernando Charry Lara o, como dijimos, Rogelio Echevarría.

Yo no sé, pero leyendo la poesía de Jorge Gaitán sentía una apretada familiaridad:

Somos como son los que se aman.
Al desnudarnos descubrimos dos monstruosos
desconocidos que se estrechan a tientas,
cicatrices con que el rencoroso deseo
señala a los que sin descanso se aman...

Gustavo conservaba entre sus tesoros algún ejemplar de la revista *Mito*, pero yo no sé, era como si mi regreso se precipitase por un desbarrancadero y tuve que volverme sin *Mito*, sin Faiselly y ¿dónde encontrar la *Torre de Claudia*? A mediados de octubre, la *Torre de Claudia* permanecía intacta, pero debía ser imposible hacerse con ella en los innumerables e insospechados mercados de la Gran Colombia. No pude creerlo. Diariamente me cruzaba con ella y, sin embargo, nunca la veía. Sí, fue Didier Álvarez,

compañero de faenas y primo de Darío Gómez, el Rey de la música guasca. En uno de esos casuales encuentros por los pasillos universitarios del Pabellón 12, él fue capaz de transformar una vulgar en maravillosa mañana. Me agasajó con el Libro del encantado, y por fin pude contemplar y visitar la *Torre de Claudia* de Giovanni Quessep, la Torre que cobija su obra poética, breve, intensa y elevada.

En mi desconcertante regreso, cada vez que leía su poema de *La alondra y los alacranes*, egoístamente lo convertía en una historia personal. Ahora, todavía sigo apropiándomelo de la misma manera, pero también he abierto mis sentidos a ver en él parte del paisaje panorámico de la poesía colombiana:

Acuérdate muchacha
Que estás en un lugar de Suramérica
No estamos en Verona
No sentirás el canto de la alondra
Los inventos de Shakespeare
No son para Mauricio Babilonia
Cumple tu historia suramericana
Espérame desnuda
Entre los alacranes
Y olvídate y no olvides
Que el tiempo colecciona mariposas

Los archivos y la función archivística

Llevaba doce años ya viviendo en la ciudad colombiana de Santiago de Cali, haciendo prácticas de los cursos de Paleografía y Diplomática del documento indiano en el Archivo Histórico de Cali. Este todavía no contaba con un director de nombramiento fijo en su plantilla de personal. Es un cargo de nombramiento político y cada cambio en el gobierno municipal supone un cambio en su dirección, que suele conllevar un cambio en la implementación de las políticas organizativas y culturales del Archivo. Así, no se hace posible la continuidad uniforme en las funciones propias de un Archivo Histórico, y el cambio de criterios archivísticos a la hora de organizar y describir documentación no es conveniente. Por ello, en junio de 2016 decidí escribir esto, aunque el Archivo, todavía en el año de 2025, sigue sin mando profesional:

El Archivo Histórico de Cali nunca ha tenido como director o coordinador del mismo a un profesional de la Archivística. Tampoco nunca para optar a su cargo se ha creado una plaza fija cuya consecución deba conllevar un obligado proceso de convocatoria pública. Esto último también ocurre con el Archivo Central de la Universidad del Valle, cuyas funciones directivas deben ser cubiertas mediante concurso público. Y lo mismo sucede, no localizo mis pretensiones, solo las ejemplifico, con muchos otros archivos colombianos.

El colectivo profesional de los archivistas en Colombia todavía no es amplio ni está suficientemente unido. Es difícil así generar un clima de opinión que favorezca la función de un oficio tan antiguo como desconocido que tiene por objetivo principal la conservación, organización y difusión de los documentos que producen las entidades públicas y privadas. Pero los escasos archivistas profesionales con los que contamos son conscientes de la riqueza investigativa y de las múltiples posibilidades educativas que encierran los archivos, hayan alcanzado la categorización de “históricos” o sigan siendo un servicio útil a las instituciones que los generan y a los ciudadanos que se relacionan con ellas.

El sector profesional, por tanto, es consciente de la pluralidad de sus funciones y reivindica mejoras económicas comparables a las mejoras con que puedan contar el resto de profesionales de la administración pública. Reivindica también posibilidades de mayor formación académica o el establecimiento de planes de estudio dedicados a su profesión; y reivindica, como consecuencia de esto último, que los organismos públicos (municipales, departamentales, estatales, universitarios) creen plazas destinadas a trabajar en sus archivos, bien como director o responsable, bien como técnico-archivista o bien como auxiliar de archivo. Que se creen puestos primero y que estos luego no se concedan por designo político o clientelar.

La imagen común del archivo como servicio intermedio entre lo que él custodia y sus usuarios, y como un servicio de mera utilidad informativa y función elemental de poner orden a los documentos, limita inicialmente

su valoración entre políticos y altos funcionarios, que suelen percibir el archivo como un servicio exclusivo de trámite facilitativo. Todavía los archivos son, como tantas otras cosas, una asignatura pendiente de las reformas de la administración pública colombiana para superar la mirada simplista de los mismos.

Actualmente, la imagen del archivo, asociada a connotaciones de lo “antiguo” o lo “histórico”, sigue haciendo que la titulación más extendida ocupando puestos de responsabilidad o práctica archivística, sea la del historiador, quizá una de las más apropiadas para los archivos de interés eminentemente histórico. Pero las llamadas nuevas tecnologías, al servicio, hoy en día indispensable, de la organización documental, están desplazando dicha titulación hacia otras más afines con ellas que derivan de carreras como las de Sistemas de Información, Ingeniería de Sistemas o Ciencias de la Administración, y, más específicamente, hacia titulaciones de carreras que sí tienen por objeto central el “documento escrito”: las Ciencias de la Información y la Archivística, cuyos p^éns^um, generalmente, se inclinan por la gestión documental (el records management) desde conceptos y metodologías que interrelacionan las ciencias o disciplinas de la información y la documentación con la utilidad y capacidad organizativa de las TIC (Tecnologías de la Información y la Comunicación).

No son todavía suficientes los planes de estudio implementados en programas educativos relacionados estrictamente con las “ciencias documentales”, pero sí hay un exponencial número de licenciados o diplomados en ellas que reclaman la creación de puestos laborales cuya obli-

gada convocatoria pública esté al servicio de los archivos. Lo mismo ocurre con el mundo de las bibliotecas, donde podemos encontrar trabajando a manadas de inexpertos que están ocupando el puesto que reclaman quienes sí se han formado en estudios bibliotecológicos.

La diversidad de funciones que genera un archivo hace necesaria la existencia de profesionales cualificados. Los procesos relacionados con el tratamiento de la documentación deben realizarlo los profesionales especializados en archivística, cuyas plazas públicas requieren una consecuente convocatoria pública que, sin excluir titulaciones afines, dibujen un perfil profesional adecuado a la necesaria correlación entre una eficaz y responsable función archivística, y su adscripción a la institución donde se instala el servicio de archivo.

Los archivos personales: un patrimonio documental que se nos va a la capital. La desertización cultural de las regiones

El patrimonio bibliográfico y documental es la fuente a partir de la cual las diferentes culturas pueden realizar una reconstrucción de su memoria o de su historia. Sobre sus soportes se encuentran plasmadas las huellas de ese pasado al que siempre retornamos desde el presente, ya sea para dar respuestas a complejos problemas planteados por la Ciencia o para explicar, desde la crítica y los nuevos enfoques historicistas, cómo hemos venido haciéndonos en sociedad.

Pero ¿a qué denominamos patrimonio bibliográfico? Este es, ante todo, un concepto jurídico. A través de una serie de marcos legales, Colombia ha definido qué elementos de la producción bibliográfica y documental son los que debemos conservar para nuestro futuro. La Ley 1379 de 2010, “Por la cual se organiza la red nacional de bibliotecas públicas”, en la definición que hace de este patrimonio habla de “toda obra que se considere herencia y memoria, o que contribuya a la construcción de la identidad de la Nación en su diversidad”.

Según esta noción, el patrimonio bibliográfico y documental es una construcción del presente que se encuentra estrechamente ligada a nuestras cargas culturales. De ahí que en una sociedad como la nuestra que, como nos dijo

Renán Silva al hablar del patrimonio bibliográfico como repertorio cultural de los países, “quedó atrapada desde 1492 en las redes de la escritura”, siempre haya existido la necesidad de conservar nuestra memoria escrita, ya que en ella se encuentra anclado un pasado que dependiendo de las necesidades de nuestro presente nos vemos obligados a consultar para reinterpretar, convirtiéndose en la base a partir de la cual se tejen diversos discursos que avalan proyectos políticos, científicos o culturales.

Por sus características materiales y el contenido intelectual de un determinado pasado, este patrimonio en cuestión, donde quedan incluidos los “archivos personales”, recibe un significado cultural de complejas y esquivas dimensiones para aprehender. Este significado se ve sustentado en tres de sus principales valores. El valor histórico; el valor estético y el valor de conocimiento por su capacidad de comunicar las ideas de un determinado contexto. El patrimonio documental, señala José Luis Herrera Morillas (*Tratamiento y difusión digital del libro antiguo: directrices, metodologías y guías de recursos* 2004), se constituye así en un “eje vertebral de la herencia intelectual (científica, literaria, artística e ideológica) de una comunidad”, y es este significado cultural que le hemos asignado la principal justificación de su conservación y divulgación.

Es un material testimonial y de divulgación de primer orden que necesita ser, primero identificado y luego conservado. Este parecería ser un hecho dado, sin embargo, la realidad colombiana es otra. De acuerdo con el documento titulado “Diagnóstico sobre la situación del Patrimonio

Bibliográfico”, realizado para conformar la propuesta de “Política sobre Patrimonio Bibliográfico y Documental” y dado a conocer en el año 2011, hace solo seis años, pobre conciencia de valor, desconocimiento “en los ámbitos gubernamentales, educativos, culturales y sociales” y “dispersión de las colecciones”, son algunas de las situaciones que se destacan en el panorama general del patrimonio documental colombiano, pero me temo que cuando se habla de “dispersión de las colecciones”, se está hablando desde criterios de “centralización”. En cualquier caso, aunque esto no sea así, la fuerza centrípeta de Bogotá como capital de la nación respecto al resto de sus departamentos sigue ejerciendo de gran esponja cultural.

El asunto central es viejo y se remonta a los vaivenes políticos que iniciaron la formación de la República colombiana poniendo en discusión el modelo de estado federalista frente al centralista, pero hoy en día, considerando los múltiples factores que tienen que ver con la división político-administrativa del país, y el sentido regional y local del patrimonio bibliográfico y documental, el asunto tiene que ver con el grado de autonomía gubernativa que los departamentos poseen, y con la relación presupuestal y cooperativa que estos mantienen con las instituciones centrales.

Tiene que ver, en definitiva, con el diseño de una política que coordine equitativamente los mecanismos de cooperación regional y nacional, para lo cual los organismos rectores implicados deben considerar legítimo el ejercicio responsable de las instituciones regionales. Es fundamental entender el alcance local y regional del patrimonio

documental en un país de tales dimensiones geográficas no solo pensando en los bienes que lo conforman y en sus responsables, sino, sobre todo, pensando en la perspectiva de sus valores socioculturales y en el significado que ellos adquieren para las comunidades como resultado de un singular proceso identitario.

El ejemplo del que ahora vamos a hablar, el de los archivos personales, que toma como referente el Archivo Personal de, permítanme el plural, nuestro conocido escritor caleño Andrés Caicedo, es solo un ejemplo, pero es un ejemplo que también podemos trasladar a las colecciones bibliográficas y documentales que nacen de la propia institucionalidad regional.

Entro al catálogo en línea de la Biblioteca Luis Ángel Arango. En el campo “Índice de Autor” incluyo un nombre completo: Andrés Caicedo Estela. La búsqueda arroja un total de 150 registros. En la primera pantalla, entre las ediciones comerciales de sus obras, leo otras referencias como: “Angelita y Miguel Ángel [manuscritos]: historias para cine”; “Cuaderno de dibujos infantiles”; “Los diplomas [manuscritos]: drama rutinario”, o “Las aberraciones que claman piedad odio tras odio [manuscritos]: (cuento)”. Pincho la referencia n° 7: “Que viva la música [manuscritos]: cuadernos”. Efectivamente, el resultado corrobora lo que estaba imaginando: aparece una descripción física de tres volúmenes, escritos a mano, con anotaciones de diferentes temas y, así dice la ficha catalográfica, “manchados”, con “algunas hojas arrugadas”.

El resultado corrobora mi nervioso presentimiento, pero no puedo creerlo, el archivo personal de Andrés

Caicedo, un caleño que se entregó intensamente a escribir y reescribir la ciudad de Santiago de Cali, viviéndola y padeciéndola, a contarla en sus avenidas, plazas y calles, en escenarios y personajes que solo pueden ser entendidos desde su particular identidad urbano-cultural, el archivo personal de Andrés Caicedo se encuentra en la capital de la República de Colombia, en Bogotá.

El 12 de julio del, al parecer, prometedor año de 2013 para una renovada Cali, con sus juegos mundiales entre julio y agosto, y su consolidado Petronio Álvarez en septiembre, inaugurado por el presidente Santos, la Biblioteca Nacional de Colombia (BN) reunió en la Biblioteca Departamental Jorge Garcés Borrero a distintas instituciones relacionadas con el Patrimonio Documental y Bibliográfico de los departamentos del Valle y Tolima. En cumplimiento, según la propia BN, de su misión patrimonial, esta intenta abordar el diseño de una Política Nacional de Patrimonio Bibliográfico y Documental cuyo resultado debe responder, necesariamente, a las necesidades de las regiones y el país.

Entre otros temas, el posterior debate a la exposición del ponente se centró en lo que podríamos llamar “desertización cultural” de la región. Como muchas veces he oído, con un tono, primero, de rabia, que va atemperándose para pasar conclusivamente a la resignación, se puso de manifiesto el malestar generalizado que existe en la ciudad de Cali por colecciones particulares de escritores, políticos, educadores o fotógrafos caleños, o residentes en Cali con ejercicio de su actividad laboral en esta ciudad, que van a parar a instituciones públicas o privadas de la ciudad de Bogotá.

Los archivos históricos permiten valorar un pasado concreto, y apoyan nuestra orientación presente y futura, no importa si nos hablan de hechos constructivos o bárbaros, conocerlos todos debe siempre fortalecer y mejorar nuestra convivencia ciudadana. Hay personajes (historiadores, artistas, filósofos, políticos) que han tenido una importancia decisiva con su producción o su pensamiento. Recuperar sus palabras (archivos sonoros), la escritura de su obra y los testimonios que rodearon su vida (cartas, fotografías, borradores manuscritos, recortes periodísticos, objetos) permite aproximarnos a su intimidad para poder profundizar o reenfocar su pensamiento, para aumentar el caudal de conocimiento que su figura aporta a la sociedad.

Los fondos documentales de estos relevantes personajes suelen acabar, después de su fallecimiento, en manos de familiares o amigos. Su papel, por tanto, junto con el que puedan desempeñar las instituciones es fundamental para garantizar la conservación y posterior uso y difusión del mismo. Si es su deseo, las familias pueden enviar esos fondos a las instituciones mediante distintas modalidades de ingreso: donación, compra, legado o depósito. Hasta recientemente, la forma más habitualmente empleada era la donación a bibliotecas, universidades o archivos públicos: la entrega pura y simple, sin mediación de compra o intercambio de bienes. Pero el fortalecimiento de las instituciones privadas (pienso ahora en la Universidad EAFIT de Medellín), que frecuentemente utilizan el procedimiento de la compra para enriquecer su “sala de patrimonio documental”, está haciendo que las familias, dueñas de estos archivos privados, los ven-

dan al mejor postor o, simplemente, a quien les ofrece una contraprestación económica por una segura custodia y divulgación de los mismos.

En muchas ocasiones, las familias solo buscan asegurar la conservación de estos fondos en una institución que garantice, además, una buena difusión de los documentos al investigador y al público en general. Si las instituciones existentes en la ciudad origen del fondo no se comprometen con ambas facetas, con una adecuada conservación, acceso y difusión, con seguridad las familias trasladarán de ciudad sus archivos personales buscando el lugar más conveniente para ello, normalmente la Biblioteca Nacional de Colombia y la Biblioteca Luis Ángel Arango, ambas en la ciudad de Bogotá.

La compra de estos fondos y la falta de compromiso (muchas veces por falta de medios que garanticen un correcto tratamiento de los mismos) conlleva, por tanto, dos posibles desenlaces: 1. Que los archivos personales o familiares acaben en manos de instituciones privadas; y 2. Que las instituciones públicas regionales, más empobrecidas, generalmente, que las centrales, no reciban fondos documentales de este tipo. Las consecuencias, en ambos casos, para el sector público nacional son graves: la disminución de sus potencialidades culturales y la excesiva centralización de su patrimonio documental, que desequilibra el enriquecimiento cultural de las “regiones”.

El archivo personal de Andrés Caicedo conforma un patrimonio que, por el sentido natural del término y el sentido último con que sus páginas cobraron vida, está apegado indisolublemente a la ciudad de Cali. Sin él, nadie intere-

sado por esos tres volúmenes manuscritos de “Que viva la música”, puede visitar la ciudad de Cali; sin él no podemos dar trabajo a documentalistas o archivistas ni formarlos para que, como Matthias, El Archivista de la novela homónima de Martha Cooley, sienta la llamada de muchas voces en las hojas sueltas manuscritas, cartas y fotografías que componen las colecciones particulares de la biblioteca universitaria donde trabaja; sin él tampoco podemos organizar exposiciones o seminarios dedicados al autor acompañados de documentos originales que un día tuvo en sus manos. Sin poder familiarizarnos con lo que un día fue suyo, será difícil querer más y más el mundo personal de Caicedo y de todos los angelitos empantanados que le rodearon.

Tal vez, ante esta ausencia, sea más grave la sensación que pueda permanecer en la ciudad, como si Cali no fuera capaz de inventariar o catalogar estos archivos privados que salen de ella para emprender un viaje antinatural. Creo que la donación del Archivo personal del dirigente sindicalista Ignacio Torres Giraldo por parte de sus familiares a la Biblioteca Central de la Universidad del Valle y su puesta a punto por medio de la confección de un riguroso inventario analítico, es una muestra, al mismo tiempo, de generosidad y capacidad para poner al servicio del historiador y del interesado en general, un valioso fondo documental. Claro que la formación profesional para poder contar con recursos humanos y a la vez para poder adquirir mayor conciencia de nuestro patrimonio es fundamental y en el Departamento del Valle, como en muchos otros, todavía no hay establecidos estudios universitarios dedicados a la bibliotecología y la archivística.

Las instituciones deben hacer frente a la desertización cultural, pública y regional. En la reunión mencionada del año 2013, la Biblioteca Nacional habló de construir una política concertada en aspectos como la gestión, la recuperación, la organización, la preservación, y el acceso y la difusión del patrimonio bibliográfico y documental; habló de fortalecer la regionalización; habló, en definitiva, de empujar y apoyar una descentralización y conceder mayor autonomía a las bibliotecas departamentales, que deben contar con la ayuda necesaria para dar visibilidad a sus fondos y emprender acciones de dinamización cultural con ellos, lo que en última instancia debe prevalecer en los intereses de las familias dueñas de relevantes fondos privados. Como si una nueva modernidad atravesara la ciudad de Cali, deseemos que esta descentralización sea eso, un signo de modernidad que transforma ámbitos familiares y tradicionalmente gobernables, que descentraliza sistemas de relaciones que parecen estancados desde y para siempre.

Sócrates decía que las leyes pocas y justas, pero que se cumplan. Colombia tiene mil leyes y un millón de remiendos decretales a las mismas, pero no tiene una Ley dedicada exclusivamente a su Patrimonio Documental y Bibliográfico, una ley que podría redefinir y aclarar las competencias y responsabilidades que actualmente tienen las instituciones públicas implicadas en el patrimonio bibliográfico y documental de la nación, y una ley donde se podría fomentar la fórmula de la “donación” previendo, como ejemplo, que este medio sea una forma de pago de la deuda tributaria (especialmente en el caso del impuesto de transmisiones sobre las herencias) y una forma de desgravación fiscal. Solo es un ejemplo.

En algún lugar leí que el filósofo rumano Ciorán no leía novelas porque, decía, habiendo ocurrido tantas cosas en el mundo, cómo podía interesarse por hechos que ni siquiera habían acaecido. Prefería leer diarios, memorias, autobiografías, correspondencia, libros de Historia.

Vuelvo a pinchar en la relación de registros sobre Andrés Caicedo que el catálogo en línea de la Biblioteca Luis Ángel Arango me ofrece, esta vez en los registros número 2 y número 13. No sé si las narraciones de Caicedo acontecieron o no, pero esas marcas autobiográficas: “mecanografiado, correcciones y parte de la numeración escrita a mano”, “manuscritos”, “en papel periódico manchado”, me trasladan a un tiempo donde... “Para comenzar esta historia pudiera escoger una mañana luminosa, un viento sin polvo (la plasticidad de los contrastes), un atadito de libros. Mejor veamos: a las 9 de la mañana baja por la Avenida Sexta, hacia el sur, un bus ‘Blanco y Negro’ (‘Blanco y Nunca’, le decíamos de muchachos). A esa hora iban más bien vacíos. Cuando Angelita montaba en bus...”

Esas marcas autobiográficas, una particular caligrafía, un error subrayado, el esbozo de un dibujo infantil, una fecha y una hora concretas anotadas en el margen de un folio manuscrito o mecanografiado, me trasladan a una realidad más tierna y dura que la propia realidad de la ciudad de Cali.

Un día contra un sistema. El 15M español en la crisis de los mercados

Pero sí hay algo así como una conciencia de crisis que se alimenta del riesgo y que representa precisamente ese tipo de amenaza común bajo la forma de una nueva especie de destino colectivo. La sociedad del riesgo global –según muestra el clamor del “99%”- puede alcanzar en un momento cosmopolita un concepto reflexivo de sí misma. Esto se hace posible cuando la manifestación objetiva de la situación se puede transformar en un compromiso político, en un Movimiento Ocupa global, en el que todos salen a la calle, virtual o efectivamente.

Ulrich Beck. Indignados, entre el poder y la legitimidad.

Diario *El País* (España), jueves 10 de noviembre de 2011

Salvando las distancias en la índole de los problemas políticos, sociales y económicos, el 15 de mayo (15M) español de 2011, me recordó al llamado “estallido social” colombiano que se dio diez años después. La indignación de los colombianos, muy constreñida social y políticamente, salía a la calle. Por aquel entonces, así relaté esta mi primera especie de crónica periodística.

El 17 de mayo de 2012, el Partido Popular (PP) español convalidó en el Congreso de los Diputados por medio de dos reales decretos los mayores recortes económicos de la democracia en asuntos educativos y sanitarios. El PP habla de “respuestas excepcionales a circunstancias excepcionales”, de “soluciones de emergencia para problemas urgentes”, de que esto, junto a otras medidas de ajuste, es “la única forma de asegurar la sostenibilidad del sistema”. Bajo estos argumentos, contundentes para cumplir con las exigencias anticrisis europeas de reducción del déficit del PIB y satisfacer una de las preocupaciones de los mercados, el PP, imprimiendo velocidad a sus reformas y queriendo ofrecer una imagen de Gobierno firme, impone su mayoría absoluta para evitar que los Reales Decretos sean tramitados como proyectos de ley y puedan debatirse por el resto de los grupos parlamentarios incluyendo enmiendas o subsanando deficiencias.

Plenamente convencido de su fuerza, de que los “tije-retazos” que da son el buen camino para salvarnos de la crisis, el PP está marcando “estilo absolutista” de gobierno por medio de un récord en la democracia española de 20 decretos leyes que hasta el momento ha impuesto sin diálogo previo. Buscando precisamente a un salvador, la mayoría absoluta parlamentaria se la dieron las elecciones generales adelantadas del 20 de noviembre de 2011. Las elecciones municipales y autonómicas del 22 de mayo del mismo año ya le habían concedido una aplastante victoria. Fueron justamente estas elecciones las que generaron numerosas expectativas a lo que se había denominado *Movimiento 15M*.

Indignados ante la gestión de los atentados del 11M (15 de marzo) de 2004, en Madrid, los ciudadanos españoles iniciaron en ese mismo año una etapa bajo el gobierno socialista de José Luis Rodríguez Zapatero que se cerraba con la indignación ciudadana del 2011, una indignación, esta vez, de otro tipo y de más hondo calado. Confundidos, sin saber todavía si estábamos ante un decrecimiento, una recesión o una crisis, el gobierno socialista y su discurso socialdemócrata fue debilitándose e hizo insostenible las propuestas de asegurar el Estado del Bienestar eliminando prestaciones sociales. El gobierno no escuchaba a los ciudadanos porque la socialdemocracia europea no ha sabido adaptarse a los grandes cambios que se han producido en los últimos años con una globalización que día a día añade a la economía mundial un mayor número de consumidores (oportunidad) y productores (competencia).

Sin saber gestionar el Estado del Bienestar en un contexto complejo y de creciente competencia y diferencias sociales, los ciudadanos demandan a sus representantes gubernamentales una respuesta a las inseguridades del mundo actual. Bajo este trasfondo de malestar general, durante los meses de marzo y abril de 2011, en el entorno universitario de grupos como *Juventud Sin Futuro*, se suceden en España protestas juveniles contra el incremento del desempleo, la precariedad del trabajo, los recortes presupuestarios en educación, la subida de tasas universitarias y el incierto futuro laboral que pronostica la crisis económica. Los sucesivos casos de corrupción política que iban apareciendo se sumaban al clima de malestar, y ante la proximidad de las elecciones municipales y autonómicas

del 22 de mayo, días antes, el 15 del mismo mes, España se convirtió en protagonista de movilizaciones sociales, críticas con la situación actual de la sociedad y el sistema capitalista que nos envuelve.

La plataforma *Democracia Real Ya*, que apenas contaba con tres meses de vida, se organizó a través de internet y convocó las movilizaciones del 15M. En la Red se colgó su manifiesto y ahí se coordinaron múltiples adhesiones. Sus propuestas, todavía hoy vigentes, pueden verse en Wikipedia y en esencia quieren reformar aspectos por medio de una “democracia participativa y directa con parte activa de la ciudadanía” que tienen que ver con la Ley Electoral, con la atención a los derechos básicos de la Constitución, con la fiscalidad, las condiciones laborales de la clase política, el funcionamiento de la banca y los mercados financieros. La convocatoria funcionó de la manera como funcionan las redes, impredeciblemente, con un fuerte componente de azar. La comunidad creó vídeos, material propagandístico y la gente salió a la calle. El movimiento 15M comenzó a crecer exponencialmente, plazas de numerosas ciudades españolas fueron centros de debate y de reivindicaciones. Con formas de organización pacífica y responsable, las manifestaciones se consolidaban aumentando el número de asistentes que mediante acampadas consiguieron resistir para seguir reivindicando una “nueva conciencia política y social” sin representar a ningún partido ni asociación. El Partido Socialista de Zapatero flexibilizó las medidas que permitieron prolongar su estancia y el PP y los comerciantes que se veían perjudicados en la mengua de sus negocios exigieron medidas policiales contundentes de desalojo.

Las redes sociales, en continuo funcionamiento, agrandaban la malla y la etiqueta #spanishrevolution centró la atención del momento en Twitter. La web tomalaplaza.net fue recogiendo todas las plazas que se iban sumando a las protestas y se creaban nuevos hashtags, nuevas etiquetas para que las manifestaciones se mantuviesen en Twitter (#acampadasol, #nonosvamos, #yeswecamp, #democraciarealya, #notenemosmiedo, #tomalaplaza, #pijamabloc), y hashtags descentralizados (#acampadabcn, #acampadavalencia). Paradójicamente, el mundo virtual de las redes sociales (Linkedin, Twitter y Facebook), empresas privadas, nacidas y desarrolladas en el liberalismo económico de Estados Unidos, se convierten en el resorte de unas movilizaciones críticas con el funcionamiento de la economía de mercado actual, de las finanzas y del sistema bancario internacionales.

Los noticieros y la prensa de todos los países del mundo daban cuenta de esta inesperada y pacífica “spanishrevolution”, y la protesta se extendió por embajadas españolas como las de Londres y Bruselas, donde también se concentraron jóvenes españoles. Tal vez por el entusiasmo de los manifestantes y la imaginación que desprendían sus eslóganes, el 15M se comparó con el mayo francés del 68; por su inspiración en las redes sociales, con las manifestaciones que desde Túnez a Siria luchaban de forma masiva y pacífica contra los regímenes autocráticos del mundo árabe. Se vieron referentes en la revuelta de Grecia de 2008, iniciada a raíz de la muerte de un joven por el disparo de un policía en Exárjia, un barrio céntrico de Atenas, y ligada a un descontento social y reclamos de orden económico; en los movimientos de Islan-

dia producidos a raíz de su crisis financiera de 2008-2009; en los “girotondi” italianos que salieron a expresar pacíficamente su indignación contra el estilo de Berlusconi. Hubo, en fin, hasta quien lo comparó con la Revolución de 1854 que originó el bienio liberal del General Espartero, cuando a comienzos de ese año el pueblo madrileño ocupó la Puerta del Sol para protestar contra el Gobierno del Conde de San Luis, un personaje corrupto e impopular; para protestar, en definitiva, contra un sistema que no funcionaba y contra los privilegios de la clase política dirigente.

Con media España celebrando los acontecimientos y la otra media alarmada por ellos, los comicios municipales y autonómicos del 22 de mayo se celebraron, y el ascenso del voto nulo, depositado esta vez con toques irónicos o sarcásticos, se achacó a un 15M que todavía se mantenía en tiendas de campaña callejeras. La suma general de abstenciones, votos en blanco y votos nulos fue muy superior a la de otras elecciones. La mayoría de los votos nulos traían poesías dedicadas a dirigentes políticos, frases como “estamos hartos”, “¿cuándo nos vais a sacar de esta crisis?”, papeletas con imágenes tomadas de internet alusivas al 15M y eslóganes que ya se habían hecho populares como “mucho chorizo para poco pan”, “me sobra mes a final de sueldo”. Fueron en realidad votos nulos, pero cargados de mensaje contra una clase política, así decían las proclamas que “no nos representa”.

Mientras esto ocurría, recordemos, los estudiantes de Chile demandaban en las calles una educación pública y más igualitaria. En el mes de julio, en Israel cientos de ciudadanos se manifestaron por la justicia social, sobre

todo contra la carestía de la vivienda; y en agosto Inglaterra ocupaba las titulares de la prensa por los disturbios sociales de Tottenham (barrio londinense particularmente castigado por la crisis, el desempleo y la falta de oportunidades) que se expandieron por el Gran Londres y que aumentaron la presión policial. Los recortes sociales de la coalición conservadora-liberal inglesa que ahora gobierna han dejado mostrar el trasfondo de la situación actual: una juventud que no ve, ni a corto ni a largo plazo, una favorable coyuntura de futuro y que, como la del 15M español, ahora mismo enmarcada en una mayor crisis, permite ver altas tasas de abandono escolar, de desempleo, precios todavía exorbitantes de la vivienda, aumento de los ni-nis y aumento de la pobreza para la cual la Cruz roja ya ha dado la voz de alarma.

Pero, en contra de los disturbios violentos londinenses, los “indignados” del 15M optaron desde el comienzo y con claridad por la no violencia. Creen en la convivencia democrática para regenerar la política y el funcionamiento de los poderes bancarios y financieros (los mercados) que se han impuesto al poder político. Es la “no violencia” proclamada por Stéphane Hessel a sus 93 años en *¡Indignaos! Un alegato contra la indiferencia y a favor de la insurrección pacífica*. “¡Indignaos!” es un breve panfleto escrito en el 2010 llamando a la juventud francesa a la rebelión pacífica contra los abusos del poder económico. El libro, prologado por el conocido escritor español José Luis Sampedro, fue editado en España en febrero de 2011, poco antes de ver en acción a los manifestantes del 15M que adoptaron para sí mismos el apelativo de “indignados”. “Indignaos” grita Hes-

sel a los jóvenes “porque de la indignación nace la voluntad de compromiso con la historia”. Teniendo en cuenta el mensaje sartreano de que la responsabilidad del hombre no puede encomendarse ni a un poder ni a un dios, pues somos “responsables en tanto que individuos”, Hessel recuerda los logros conseguidos después de la Segunda Guerra Mundial en el campo de los derechos humanos, la implantación de la Seguridad Social y los avances del Estado del Bienestar, al mismo tiempo que señala o advierte de los actuales retrocesos que estamos sufriendo en ellos y del peligro que implica no distinguir entre opinión pública y opinión mediática, pues los medios de comunicación, dice, “están en manos de la gente pudiente”.

Bajo el imperativo “Indignaos”, al que más tarde le acompañaría el *Comprometeos* (Destino, 2011), el movimiento español exportó su protesta y el 15 de octubre los cánticos contra la banca y los políticos se unieron en medio mundo: en las principales ciudades europeas y en ciudades como Tokio, Sidney, Seúl, Auckland, Kuala Lumpur, Buenos Aires, Santiago de Chile, Sao Paulo, Los Ángeles y Nueva York. Los indignados neoyorkinos (*Occupy Wall Street*) lograron enorme repercusión desde su manifestación del 17 de septiembre, recibiendo el apoyo de la izquierda y de los sindicatos, y Obama demostró con sus declaraciones estar en la misma encrucijada económico-social que algunos gobiernos europeos, viendo con preocupación que la crítica hacia el sistema de democracia representativa derivara hacia una crítica del sistema mismo.

Pero, efectivamente, el 15M español, pocas semanas después de los comicios del 22 de mayo, perdió parte de

su visibilidad social, aunque ahora, después de un año, sigue activo a través de grupos y comunidades en redes sociales (Juventud Sin Futuro, Democracia Real Ya) y a través de iniciativas en asambleas de barrios, de cooperativas, de movimientos vecinales que se habían anquilosado en España y que el 15M ha revitalizado entre los sectores sociales más marginados y empobrecidos por la crisis económica. El movimiento se ha diluido al trasladarse a los barrios y aunque se oigan voces diciendo que el espíritu del 15M está más vivo que nunca, por ahora el único impacto que ha producido en el Congreso de los Diputados ha sido la admisión a trámite de la iniciativa popular a favor de la dación en pago para los afectados por el impago de las hipotecas inmobiliarias.

Después de un año, la celebración de su aniversario ha dejado ver que el Estado ha recuperado un papel predominante no para atender las críticas y las propuestas del 15M e incorporarlas al debate político, sino para apoyar al capital. La posición cómoda del PP y un sentimiento de autoconfianza de quien ganó legítimamente sin ni siquiera ofrecer propuestas, aumentó el control policial y restringió la visibilidad en las celebraciones de este aniversario. En un año transcurrido los recortes sociales que comenzaron con Zapatero se han ido sucediendo hasta alcanzar las mayores cotas justamente, como dijimos al comienzo, ahora, en un 17 de mayo de este 2012.

Si la socialdemocracia española o europea ha perdido identidad y ha visto quebrarse la idea de progreso ante esta crisis, frente a Nicolas Sarkozy, la reciente victoria del socialdemócrata François Hollande en Francia (nuevo pre-

sidente desde el 15 de mayo) y el descenso de intención de voto para los partidos de derecha o el centro-derecha que gobiernan en los países europeos, son hechos que vienen a ratificar que la crisis económica está golpeando a todos los partidos gobernantes, sean del color que sean. Ni unos ni otros, siempre de la mano de la Alemania de Angela Merkel, encuentran el camino, y ante la mala o difícil gestión de la crisis, del mercado de trabajo y de la inmigración, se incrementa el voto de la extrema derecha.

Ya desde el 2008, con la quiebra de Lehman Brothers, una compañía global de servicios financieros de Estados Unidos pero con mayor intensidad durante los años de 2011-2012, en la prensa escrita, en los noticieros de la radio y la televisión, en las casas, en los bares y en las calles españolas, no se habla de otra cosa sino de crisis y ésta se traduce en un sinnúmero de hechos que cotidianamente nos rozan: cierre de establecimientos y de pequeñas empresas, despidos masivos con o sin ERE (Expedientes de Regulación de Empleo), familias numerosas donde no hay ni una sola entrada salarial, obreros que después de más de veinte años trabajando pierden su empleo con más de cincuenta de edad, interinos de la educación y de la sanidad que no volverán a su puesto de trabajo, falta de ofertas de empleo, retorno de inmigrantes, emigración fuera del país de recién licenciados españoles en busca de salidas laborales, recortes salariales entre el funcionariado y las empresas privadas, disminución de pensiones y, por supuesto, falta de crédito. Este es el tono diario, no producto del pesimismo europeo, de miles y miles de páginas que hablan sobre la “crisis” y, junto con ella, de la obediencia que debemos profesar a otro

concepto, el de “austeridad”, o sea, la mortificación de los sentidos y de las pasiones en el gasto público.

Junto a la palabra “crisis”, en los sectores laborales y en el marco de la Reforma Laboral emprendida por el Gobierno español, se oye decir con frecuencia otra palabra: “flexibilidad”. El discurso conservador dirige sus intereses hacia la mercantilización del trabajo bajo el concepto de flexibilidad que reduce las opciones a un empleo estable y duradero, aumenta la inseguridad de poder establecer proyectos y, como está ocurriendo, si los trabajadores antes eran unos “explotados”, ahora se consideran unos “privilegiados”, por muy modestas que sean las ganancias. “Al menos tienes trabajo” es una frase frecuente de escuchar cuando en una ya típica conversación sobre la crisis, en un momento dado, un desempleado se dirige a un trabajador en activo. Posiblemente (no es fácil comprobarlo) el tema de la crisis haya desbancado al tema del fútbol en las conversaciones de cafetería hasta el hartazgo, de ahí que, con simpatía, en algunos de estos establecimientos, sus dueños hayan colgado el cartel de *Prohibido hablar de la cosa*.

El neorrealismo ha vuelto, aumentan los robos de todo tipo y cuantía, y los ladrones de un banco italiano justifican su acción ante una “dramática crisis”. La política se muestra impotente, hay un acelerado ritmo de destrucción de las clases medias, enormes urbanizaciones sin compradores, escuelas sin maestros, hospitales sin médicos, aeropuertos sin vuelos, arrogantes bancos o cajas de ahorro que ahora piden limosna al empobrecido Estado; escombros, ruinas que hacen volver la mirada a esa construcción de bienestar social que Europa supo forjar en una larga posguerra.

El crecimiento del capitalismo europeo a partir de la segunda mitad del siglo XX junto al crecimiento del Estado del Bienestar proporcionaban protección en caso de enfermedad, de desempleo o jubilación, y nosotros, generaciones que nacimos a partir de los años 60, hemos crecido, no sin el trabajo de muchos y el fin de la dictadura franquista, con una mejora de vida sustancial que no tuvieron nuestros padres, con acceso general a la educación y a la sanidad, y con un funcionamiento más o menos estable de la Administración Pública. Es traumático, por impensable primero, por sus consecuencias después, ver ahora que en pocos años muchos de los logros sociales conseguidos entonces vienen retrocediendo a pasos gigantescos y Unicef alerta por estos días de fines de mayo de este 2012 que los niños son por primera vez el colectivo más pobre en España. El 26 % de ellos (2,2 millones) vive en hogares por debajo del umbral de la pobreza.

Reivindicaciones sindicales necesarias canalizaban o conseguían objetivos de mejora sociolaboral y hoy en día parecen desacreditadas por la ineficacia de sus huelgas o propuestas, una evidencia que hace cierto el declive de la clase trabajadora y de los sindicatos en la era que algunos llaman posindustrial. Ahora, los nuevos movimientos sociales como el 15M tienen difícil cauce de representación institucional y ante desórdenes sociales, los gobiernos están aplicando acciones de mayor control policial (Sarkozy ya en los disturbios franceses de Saint-Denis en el 2005, cuando era ministro del Interior proclamó aquello de “tolerancia cero”) en aras de mejorar (si ahora está fallando) el capitalismo financiero y especulativo.

Hoy en día, cualquier suramericano que desembarque en la antigua metrópoli percibirá enseguida que las cuentas del Imperio ciertamente ya están muy amarillas. Escuchará gritos extraños: hay emergentes atractivos, pero pendientes del riesgo global; la asociación internacional de derivados bendice el acuerdo de pérdidas voluntarias, la recesión es un coste necesario para poder crecer más rápido en el futuro, pero la austeridad sin estímulos está destruyendo a las clases medias; el Fondo Monetario Internacional dio a conocer sus perspectivas de invierno, y el espectro de la pobreza y el desempleo lo sobrevuela; la reestructuración de la eurozona será un desafío y la austeridad no es la única estrategia; la mesa de discusión Las semillas de la distopía se centró en cómo evitar que los 225 millones de desempleados de todo el mundo pierdan la fe en el capitalismo y en las instituciones pública. Con toda seguridad, exclamará: ¡¡Ma c'ubah tahn, ma c'ubah tahn!!

Sí, las crisis económicas son tan viejas como los propios mercados, pero pueden traer consecuencias catastróficas en el terreno político. El 15M español recuerda que otra política es posible, pero los resultados electorales dijeron que hay un sistema establecido. Seguiremos, pues, formando todos nosotros (el “99 %”) parte de un gran experimento económico realizado por un “1 %” que antes se llamaba “economía de libre mercado” y ahora se vuelve a llamar “capitalismo”. La crisis ha desenmascarado parte de ese experimento de excesos movido por el individualismo y el interés propio, y hoy en día sabemos que los flujos financieros de unas nuevas transacciones digitales mantienen en perpetuo movimiento la totalidad del globo. Todos lo sabemos, pero nadie lo entiende.

El grafiti. Escritura expuesta en las calles de la ciudad

Desde los petroglifos muiscas hasta los actuales “tags” hay unos lazos semióticos que obligan no solo a interpretar sus contenidos temáticos, sino también a desenmascarar sus motivaciones. La escritura combina hechos de las realidades históricas mediante procesos estético-gráficos que responden no solo a fines personales o íntimos de los que tal vez nunca podamos dar cuenta en su totalidad, sino también a distinciones de orden intelectual y cultural. Mediante el grafiti, una parcela más de la escritura expuesta, sus autores aclaran cómo se congrega y configura la realidad. La lectura de estas marcas gráficas en el devenir histórico debe ser entonces tomada como práctica interpretativa que ayuda a develar hechos y situaciones socioculturales.

Tal vez su siempre considerado carácter marginal ya haya caído en las redes de la institucionalidad en su doble ámbito de lo académico y lo artístico-decorativo, pues hoy en día, en muchos países, organismos oficiales abren espacios callejeros a la práctica del grafiti bajo unos parámetros que no escapan a las clasificaciones. Pero precisamente por ello la persistencia del grafiti callejero sea en sus manifestaciones más populares o más cultas, o sea, en el ámbito urbano o el rural, mantiene todavía hoy un residuo de lo libertario, de lo marginal, de lo contra, de lo anti.

La “ciudad letrada” quiere ser la traslación del orden social asociado a una pléyade de burócratas, religiosos, notarios, educadores, periodistas, servidores intelectuales ligados a las funciones del poder que hacen uso de la escritura para transmitir un mensaje destinado a la conformación de determinadas ideologías públicas mediante el diseño de modelos culturales. Principios de racionalización y sistematización se anclan al sentimiento urbano, y su fuerza queda demostrada por su larga pervivencia, oponiéndose a la particularidad, a la invención local, a la imaginación. La ciudad letrada quiere ser fija e intemporal en oposición a la “ciudad real” que ha venido creando la historia y se pliega a las transformaciones de la sociedad. Los conflictos son, por lo tanto, previsibles.

“Todo intento de rebatir, desafiar o vencer la imposición de la escritura, pasa obligadamente por ella. Podría decirse que la escritura concluye absorbiendo toda libertad humana, porque sólo en su campo se tiende la batalla de nuevos sectores que disputan posiciones de poder”. Así, al menos, según nos decía Ángel Rama en *La ciudad letrada* (1998), hace hoy más de treinta años parece demostrarlo la práctica del grafiti en sus distintas modalidades en América Latina, una huella social persistente en su historia.

Hay escrituras expuestas de muy diverso género (bandos, carteles publicitarios, pasquines, grafitis), tanto por su textualidad como por su escritura, y algunas de ellas son realizadas por los representantes del poder, de aquí que convenga separar en la literatura callejera las escrituras no oficiales y las marginales. Por las paredes en que se inscriben, por su frecuente anonimato, por sus habituales erro-

res gramaticales y ortográficos, y el tipo de mensaje que transmiten, los grafitis atestiguan autores marginados de las vías letradas, normalmente recusadores, protestatarios e incluso desesperados. Por ser la escritura una de las formas culturales menos igualitarias, como señala Giorgio Raimondo Cardona (*Antropología de la escritura*, 1981), una forma cuyo uso en la sociedad está distribuido desigualmente, “su circulación será aquella que mostrará de modo más evidente los condicionamientos y las presiones, las contradicciones y los desniveles del modelo social”.

Las tensiones sociales y políticas quedan marcadas en un texto normalmente breve concentrado de carga significativa que responde a ellas con imaginación. Un conjunto de actitudes, emociones e ideas, y una constelación de personalidades involucradas en formas típicas de comportamiento colectivo. Registrar con detalle las transformaciones de los espacios urbanos para captar e interpretar prácticas que carecen de orden es componer una radiografía de las tensiones que caracterizan la vida humana.

En el conjunto de las exposiciones que aquí se dan cita, concediendo mayor o menor importancia a la escritura alfabética o la escritura artística del llamado mural urbano, en una acepción amplia y actual del término “graffiti”, sí podemos integrar en él a todas las representaciones icónico-textuales que se inscriben en cualquier soporte callejero, alejadas o próximas a las canónicas, que atentan contra las normas mínimas de conducta social y son hechas con una gran variedad de instrumentos gráficos. El grafiti es una transgresión de las pautas de conducta informativa y comunicativa por la apropiación indebida del espacio,

por el uso de escrituras no canónicas, por el mensaje que transmiten, y por la recepción polémica de su público lector. Una estética generalmente excéntrica, corrosiva y ácida logra llamar la atención en contraste con lo comúnmente aceptado por la sociedad.

Si el grafiti supone una alteración de la norma es porque la dirección e imposición gráfico-normativa de la sociedad reside en otros contextos. Por ello, como nos dice el profesor Gimeno Blay, para entender de qué manera las escrituras en su materialidad condicionan los modelos de recepción de los mensajes y transmiten valores subliminales, es necesario apreciarlas contextualmente y en relación con el resto de las escrituras expuestas. Sentencias, ideas, pensamientos, textos condensados con el objeto de transmitir el máximo de significados en el menor espacio posible. La variedad temática de los grafitis es abundante, afecta a todos los órdenes de la vida y no es fácil su sistematización ni la reconstrucción de los mapas emotivos o ideológicos que se dibujan en un determinado espacio urbano.

La escritura en la historia muestra aspectos equivalentes que de alguna manera han mutado en la frontera entre lo gráfico y lo figurativo, entre lo conceptual y lo técnico, entre lo pedagógico y lo artístico, lo político y lo religioso. Una muestra por los grafitis de la Universidad del Valle a mitad de la década de los años ochenta nos habla de textos políticos: *La unidad es parte de la victoria/ El pueblo salva al pueblo/ La hora del sueño y del combate se realizarán en la acción/ De pie, compañeros, a bailar, cantar y luchar, contra los carceleros de la risa, contra el terror del Estado*; de textos existenciales: *Estar semi-despiertos en un mundo de*

sonámbulos es aterrador al principio...luego uno aprende a disimular; de textos referidos a la institución universitaria: No permitamos que las directivas decidan por nosotros: es hora de hablar y hacer escuchar nuestra voz/ Si a esto le llaman normalidad, me declaro anormal y loco/ Los que nunca aprendieron, hoy se dedican a enseñar; de textos ignominiosos: Profesor cómplice, reaccionario hijoeputa/ Primípara virgen: el próximo semestre no serás ni lo uno ni lo otro/ Dios hizo la mierda y la envió a enseñar anatomía; o de textos, en fin, poéticos o sexuales: Todo es nada ante el infinito/ Las mujeres intelectuales en la cama son iguales/ Tengo verga 22x15. Interesados en coito con dolor, preguntar por "Platanote". Soy negro y alto.

Un amplio panorama por las técnicas y tipologías de expresión urbana actual permiten decir que las clasificaciones pueden seguir siendo idénticas, pero el reflejo social no. Cambios de gusto, de actitudes, de ingenio artístico y literario, y hasta de soportes e instrumentos gráficos; y un predominio actual por la imagen, desplazando al texto alfabético, son algunas características de las que hoy, con toda seguridad, nos hablarán nuestros conferenciantes.

Demos paso a su palabra y adentrémonos en el terreno de las nuevas expresiones urbanas que reclama el estudio simbólico del conocimiento, "el más peligroso", diría Jenaro Talens, el más escurridizo de los terrenos, diríamos nosotros.

El desarreglo de los sentidos

Para escribir un poema con cierta rapidez, es aconsejable acudir a la sección de “Economía” de los diarios periódicos. Se extrae una frase para copiarla en el cuaderno de ejercicios: “La confianza de los inversores se ha reflejado en que la deuda a corto plazo ha terminado con un interés medio anual negativo”. No entiendo nada y por ello me sumerjo en un absurdo reflexivo que me pone a tono: “Extensiones metálicas y fragmentos de cristal protegían la casa del mundo exterior. La nieve es un fantasma con el que quiero dialogar...”. Por encima de la razón y de la lógica, el mundo onírico y las visiones. Para hablar de un mundo interior, imágenes de compleja significación, como Arthur Rimbaud en sus *Cartas del vidente* (1871): a partir de la inconsciencia, del “desorden de los sentidos”, el poeta se ve como “otro”, puede ser espectador de sí mismo y fundirse así con la conciencia universal. Así dice la carta que, desde Charleville, Rimbaud escribe a Georges Izambard el 13 de mayo de 1871: “Quiero ser poeta y me estoy esforzando en hacerme Vidente: ni va usted a comprender nada, ni apenas sí yo sabré expresarlo. Ello consiste en alcanzar lo desconocido por el desarreglo de todos los sentidos”.

Rimbaud parece hablar desde el parto de su propio pensamiento, como dice en otra de sus cartas, escrita dos días después de la primera, esta vez a Paul Demeny. El

primer objeto de estudio del poeta es su propio y completo conocimiento: “se busca el alma, la inspecciona, la prueba, la aprende”. El poeta como un “robador de fuego” que procede de un metal interno y es su propio pensamiento hirviendo que carga con el peso de la humanidad y debe hallar un lenguaje desde el cual tendrá que conseguir que sus manifestaciones se sientan, se palpen, se escuchen. Es el lenguaje de los metales que me lleva al “orden improbable” de Lorand Gaspar: la poesía capaz de conducir, a semejanza de los metales que son buenos conductores, “un estremecimiento, un desamparo, una pobreza de la palabra al comunicar a los vocablos su fluidez, su poder corrosivo sin memoria”. La palabra como elemento químico que participa en la creación inesperada de poesía como un cuerpo compuesto de sustancias nuevas que alzan, en lo que las quema, flamas diferentes. El poema como lugar de alta energía en el que se ordenan palabras (o al que ordena la palabra) como “fogón de virulencia, una matriz o un campo de fuerza en donde se componen y se deshacen nuestras constelaciones”, así como “un metabilito desencadena en la célula tal o cual construcción, tal o cual descomposición”.

Esquemas de acción

Tomados como formas de saber y construcción de hábitos, tanto el libro como la escuela, la lectura como las prácticas educativas son “esquemas de acción” que constituyen relaciones dinámicas en el comportamiento humano. Son esquemas, por tanto, cuyo examen histórico nos permite entender cómo hemos venido haciéndonos en sociedad. Tanto el libro como la escuela, alrededor de los cuales giran múltiples prácticas culturales, generan formas de representaciones sociales que se ven envueltas por dispositivos materiales del sistema educativo-institucional, del sistema comercial o, si queremos, del sistema de las modas editoriales o las modas, también, pedagógicas.

El libro, un objeto de estudio donde pueden darse cita un conjunto de corrientes y disciplinas científicas que no tienen por qué ser siempre compatibles. Alguna o algunas podrían formar un núcleo central rodeado por una serie libre o amalgamada de opciones cuya interpretación quedaría abierta a la interpretación.

Ni la compulsión del bibliófilo por coleccionar libros ni la vana pretensión del ambicioso por comprenderlo todo. Lecturas incompletas y erráticas como un viaje incierto abriendo los sentidos al abandono. Dejarse llevar por una frase, un fragmento, una página cuyas significaciones no degüellen el vuelo de la imaginación ni reduzcan a una

sola interpretación (ni siquiera a la mera interpretación) lo que quién sabe estuvo en el origen de la escritura. Concluir un libro es matar la mente de su autor. Soy viejo, es tiempo ahora de reducir la ansiedad, aunque Walter Benjamin tenía un lema (“Si descanso, me echo a perder”) que lo hago mío. Tal vez no sea necesario abarcarlo todo, solo el final, nuestro final.

Es tiempo de reducir el tiempo, de concentrar e intensificar los significados. Bukowski dijo: “La poesía dice demasiado en demasiado poco tiempo; la prosa dice demasiado poco y se toma demasiado tiempo”.

El “yo” y el “nosotros” en la escritura de la historia

*Solo quiero decirlos que estamos todos juntos.
A veces, al hablar, alguno olvida
su brazo sobre el mío,
y yo aunque esté callado doy las gracias,
porque hay paz en los cuerpos y en nosotros.
Quiero decirlos cómo todos trajimos
nuestras vidas aquí, para contarlas.
Largamente, los unos con los otros
en el rincón hablamos, tantos meses!
que nos sabemos bien, y en el recuerdo
el júbilo es igual a la tristeza.
Para nosotros el dolor es tierno.*

Ay el tiempo! Ya todo se comprende.

Fragmento del poema “Amistad a lo largo”
En *Las personas del verbo*
Jaime Gil de Biedma

Esbozo ideas de manera superficial. En la construcción del lenguaje académico prefiero el uso del sujeto “nosotros” (las tres “P” de la Primera Persona del Plural) y no el “yo” solitario y desolado. “Nosotros” no como un plural mayestático, por supuesto, ni un plural de modestia o de autoría, por el cual podemos incluir o acercar al lector u

oyente en el debate del asunto en cuestión que se trate y, por tanto, influir con mayor subjetividad en él, sino el “nosotros” como una pluralidad de personalidades distintas que debaten entre sí. No es un nosotros “majestuoso” y sí está más cercano a la modestia de sentir sinceramente que tienes amigos, los amigos-autores que escriben libros y uno (nosotros) utiliza/mos para “hacer historia”. Es un nosotros que arroja diálogos historiográficos y reconoce la autoridad (y utilidad) de muy variadas lecturas.

El empleo del nosotros no significa una pluralidad de voces que podría conducir a la esquizofrenia, entendida esta como la escisión de la personalidad y la incoherencia mental asociada a la angustia, no, es un “nosotros” de cabales y variadas contradicciones donde sus voces, en lugar de afirmar, dudan. Un nosotros que previamente ha debatido internamente, pero no en soledad, y concluye relacionando ciertas exposiciones. No es la separación entre la persona personal (el exclusivo yo) y el medio ideológico o sentimental que la alimenta, sino una agrupación de distintas personalidades, nunca, eso sí, completamente definidas. Una agrupación de “yo mismos” que pueda estar más cercana al prójimo.

El poeta Giorgio Caproni (Livorno, 1912-Roma, 1990), tras una común verdad que encierra la poesía, implica su “yo” múltiple con los “otros” de los que forma parte. Lo leo en el separador de hojas de su *Poesía escogida*, una edición hecha en el 2012 por Juan Carlos Reche para Pre-textos: “Mi ambición, o vocación, ha sido siempre la de conseguir, a través del verso, encontrar, buscando la mía, la verdad de todos. O, para ser más modestos y precisos, una verdad (una de tantas verdades hipotéticas) que pueda servir no sólo

para mí, sino también para todos los otros mézigues (o “yo mismos”) que forman el prójimo (que también llamamos el Otro), del que yo no soy más que una de tantas células vivas”.

En poesía escribo sobre un estado sensitivo interno. Luego, deseo que otros lean lo que he escrito y ha surgido de ello, que, por supuesto, no es la expresión de una actitud cívica al estilo de, podríamos decir, la manifestación del siglo XIX en el campo de la política, de la jurisprudencia, de la historia o de la literatura. Sí, sin embargo, sigue siendo cívico el acto de la lectura, el puro acto de leer a otros porque ellos (también “nosotros”, mi “yo”), vanidosamente o no, se exponen a la opinión pública. Reciprocidad cívica entre el autor que ofrece y el lector que recibe.

Esto que antecede lo escribía hace unos años, era el inicio o el esbozo de algo con lo que intentaba explicarme averiguando por qué, normalmente, utilizo la primera persona del plural (el “nosotros”) en mis ejercicios académicos de investigación histórica. Y por qué al construir poemas, generalmente, utilizaba el “yo”. Digo “utilizaba” porque ahora, cuando escribo esto en el mes de mayo de 2025, aunque las sensaciones, si no antes, ya venían manifestándose desde la escritura de los poemas de *Desvío* en 2019, me siento incómodo utilizando esta primera persona del singular a la hora de escribir poesía.

Suelo emplear el “tu” cuando el poema no llama exclusivamente al “yo”. El “tu” impone distancia, desdobra el “yo” para permitir un diálogo entre el “yo” y un “tu” que es otro “yo”. Permite con mayor facilidad que pueda despreciarme y despreciar a los otros. Y al decir esto (recuerden al Nietzsche de *El anticristo*) “no consigo

reprimir un sollozo”. Hay momentos en los que “me siento asaltado por un sentimiento más sombrío que la más negra de las melancolías: el desprecio hacia los hombres”, el desprecio hacia el “hombre actual, el hombre de quien estoy destinado fatalmente a ser contemporáneo”.

En realidad, tal vez con el uso del “yo”, se haga sentir, más que con el “tu”, la intensidad con la que se puede despreciar a los demás. Pero creo que no encerrarse en el “yo” permite resultados literarios de mayor introspección, además de que puedes situar tu intimidad en contextos dialécticos más amplios: culturales, políticos, sociales. Como dice Enzo Traverso en su ensayo titulado *Pasados singulares. El “yo” en la escritura de la historia* (2022), con mayores posibilidades el “yo” narcisista puede convertirse en una figura neurótica, la de un sujeto incapaz de proyectar externamente sus energías libidinosas, interiorizadas en una especie de huida fuera de la realidad, aislándose y encerrándose en sí mismo.

Ya no soy un “narciso-poeta” del “yo” y mi salvación no se completará con acciones virtuales y racionales que, a la manera del protestantismo, Calvino proponía para oponerse al ascetismo místico y con las cuales se podía caracterizar uno de los rasgos del espíritu capitalista, para el cual siempre es necesaria la relación colectiva. Si alcanzo la “salvación” será a través de una huida del mundo, pues nunca llegaré a comprender el pasado con la poesía. Mi uso del “yo” o el “tu” poéticos se alejan del acercamiento y la comprensión mundana del pasado. Esto no quiere decir que se tenga que yuxtaponer la “ascesis intramundana” calvinista (enfocar la búsqueda de la salvación o el ánimo

espiritual a través de la actividad en el mundo, que implicaría al “yo” con el “nosotros”) al “ascetismo místico” del catolicismo (autodisciplinarse y renunciar al mundo para alcanzar un estado de unión mística con Dios, que dejaría solo y desnudo al “yo”). Ambas dimensiones pueden convivir, como pueden convivir en un solo discurso narrativo distintas personas del verbo, siempre y cuando el empleo de las mismas no lleve a confusión.

En cualquier caso, el ensayo de Traverso, que seguimos aquí como guion que da forma a este ensayo en el que también se da cabida a la escritura poética, nos ayuda a comprender la subjetivación en el ejercicio del quehacer histórico, el vínculo íntimo que el escritor mantiene no solo con su trabajo, sino también con su personalidad, es decir, con la persona del verbo que utiliza como revelación de la ubicación personal desde la que “escribe” o “dice”. Las costumbres intelectuales, las elecciones metodológicas, la elaboración de conceptos y su surgimiento no bastan para comprender la “autoconciencia” que se oculta en la innata subjetividad del autor.

Utilizar una determinada persona del verbo significa presentarse, decir desde dónde se habla. La historia se escribe cada vez con mayor frecuencia en primera persona. Hay actualmente un auge del “yo”, un nuevo espacio de la subjetividad que hay que poner en relación con nuestra cultura de la “selfie” o, como dice el título de la obra de Paula Sibilia, de la “intimidad como espectáculo”. Si no “espectáculo”, al menos una intimidad que quiere mostrarse públicamente, con más o menos pudor, con más o menos detalle. En el acto de verbalizar o poner por escrito

una confianza, los individuos experimentan sensaciones de liberación o de alivio al hablar de sí mismos. La técnica de la confesión autobiográfica hoy en día aparece en todo su esplendor en las pantallas mediáticas.

La duración de una relación diarística, epistolar o autobiográfica, permite rastrear los antecedentes de los contextos emocionales, personales o colectivos, para dar sentido al acontecimiento y confiar en la regularidad del mundo, pensando en que las experiencias ajenas solo pueden ser interpretadas como historias procesadas según lo que otros vivieron. La elaboración de una autobiografía depende del compromiso. Este será el resultado del grado de satisfacción que surge de la relación, de la posibilidad de alternativas que emanan de un pasado personal para confesar unos u otros acontecimientos, unas u otras ideas, sensaciones o intenciones.

En las nuevas maneras de contar la historia podemos encontrar partes autobiográficas que el relato asume para reconstruir el pasado de lo que se quiere mostrar e interpretar. Pero, aun siendo las autobiografías relatos de la propia vida, estas, con su, podemos decir, pureza personal no solo evocan la propia vida de manera íntima, también pueden hacerlo de manera universal, dejando a la memoria que el pasado se llene de actualidad. Es el caso de *Sálvese quien pueda* (2015), el relato de la socióloga y antropóloga francesa, Nicole Lapierre, un relato familiar, íntimo, al que según la propia autora se había resistido; ella, que tan a menudo hacía largas entrevistas biográficas en sus investigaciones. Hace de su propia historia el objeto de reflexión. Se apoya en ella para desarrollar algunas ideas y defenderse frente al mundo de los prejuicios, la injusticia,

la intolerancia. Se aferra al “optimismo de la voluntad” del que hablaba Gramsci como única respuesta al “pesimismo de la inteligencia”.

Podemos decir que de las autobiografías de historiadores hemos pasado a una forma subjetiva de escritura de la historia, a una dimensión homodiegética por la cual el historiador expone la intimidad no solo de quienes hacen la historia, sino también y, sobre todo, de quienes la escriben. De alguna manera, en todos estos textos se comparte la elaboración de un discurso sobre el pasado que se enmarca en el presente e implica cierta literaturización de la narrativa histórica.

Sin ser consciente de la forma con que se escribe esta “historia subjetivista”, es cierto, pienso ahora, que he implicado mi “yo” (camuflado en el “nosotros”) en algunos textos donde la emoción lo requería. Espontáneamente, como si el relato histórico lo exigiera, hablo de las casualidades con el encuentro de cierta documentación, de las sensaciones que su lectura produce, en títulos como *Un calavera excepcional en tierra baldía*; *La muerte a cuchillo*; o “*Por acá, nada pasa raro, todo es común y corriente*”. *Correspondencia en el servicio militar colombiano, 1982: la reconstrucción del yo*; hablo de los efectos emocionales que surgen al pensar en determinadas y dramáticas experiencias de vidas del pasado (*Los archivos del mal: ¿un discurso sin autor? Ildefonso Nájera en el Archiv der KZ-Gedenkstätte Mauthausen*).

La narración impersonal de la tercera persona parece propicia para tomar distancia en la historia, con una mirada externa que ayuda a recomponer y comprender el pasado aligerándolo de sentimiento y emociones que lo envuel-

ven. En mis implicaciones con la poesía, el yo poético, tal vez por lo que la poesía pueda entrañar en los afectos de lo íntimo, pereciese una regla fundamental de la escritura poética, pero en esta las variedades constructivas y narrativas son mayores que en la escritura de la historia. Quien verdaderamente escribe (crea el poema) se implica personalmente con un “él”, con un “tu”, con un “nosotros”, con cualquiera de las personas del verbo que el poeta quiera utilizar en su acto creativo.

Para llevar a cabo ciertas implicaciones relacionadas con quienes han sido y son actores de la historia, su escritura también puede utilizar todas las personas del verbo. Pero las pretensiones científicas de la historiografía como disciplina deberían mantener un grado de objetividad que haga creíble el tiempo, la contextualización de los acontecimientos del pasado. En la vocación de la historia concluyen “ciencia” y “formación”; investigación con una misión educativa implícita. A la historia no parece convenirle así un relato subjetivo, menos aún, íntimo.

La memoria del poeta está hecha de recuerdos, mientras que la historia se basa en fuentes. El poeta revivifica la memoria y la trasciende con la libertad que le concede el uso del lenguaje. La historia implica la distancia y la frialdad de lo que ha ocurrido y ha muerto. El historiador necesita de la estructuración narrativa para ser comprendido, de la exposición cronológica o temática. La memoria es para él otra de sus fuentes, junto a documentos textuales o iconográficos; una fuente, no obstante, de percepción altamente subjetiva. Los recuerdos de la memoria hay que verificarlos, compararlos con otros recuerdos para interpretarlos.

El objetivo del poema va más allá de una narrativa estructural para ser comprendido científicamente; afecta y ayuda a comprender los misterios insondables del alma. El objetivo del relato histórico es comprender lo que ha sucedido. La memoria oral, puesta por escrito en cartas, diarios o autobiografías puede funcionar como una especie de espejo de hechos de la contemporaneidad de quien se dedica a generar ese tipo de escrituras que podemos llamar escrituras de la intimidad. Son estas tipologías destinadas, en principio, al ámbito privado que, luego, de manera póstuma, pueden servir como testimonio que deberá interpretarse con resortes de objetividad para conseguir cierta verosimilitud.

La poesía puede violar las normas, ignorar la medida de la temporalidad, pero difícilmente puede borrarse al poeta. Frente a su exhibición, los hechos objetivos de la historia podrían borrar o vencer al historiador, pues la única subjetividad posible que podría admitirse es la de los actores del pasado. Al lector de poesía puede que le interese la emoción de la conciencia que teje el poema; al lector de historia, la verdad del pasado. Poesía e historia parecen andar separadas, pero, a la vez, ambas crean una realidad multi-forme y una narración mental, un conjunto de escenarios y situaciones cuya representación no puede subsistir sin una dimensión literaria, incluso artística.

Recordemos, además, que cuando el hombre comienza a contar su historia, cuando inaugura el modo de vivir histórico que conocemos, la poesía (en forma de “épica”) le acompaña. Según María Zambrano (“Apuntes sobre el tiempo y la poesía”, en *Hacia un saber sobre el alma*, 2023 [1987]), este es el momento en que nace la poesía propia-

mente dicha, cuando deja de ser lenguaje sagrado para ser poesía, lenguaje humano. Se convierte entonces en memoria de acontecimientos históricos, aunque invente.

Será esta memoria recreada, imaginada e imaginativa “una forma de piedad que compense de la crueldad del recién llegado”. El paso del tiempo, el reposo de los acontecimientos hará de la poesía “memoria piadosa del antepasado que domará al recién venido”, a las nuevas generaciones del futuro. El historiador, sin embargo, no es un poeta ni un novelista y, si debe adscribirse a la historia, ha de respetar el principio de que su objetivo no es el de rescatar la singularidad de una vida, sino, más bien, el de inscribirla en un paisaje cuyo análisis abrirá caminos o impondrá limitaciones en la historiografía.

Nunca la historia ha podido distanciarse de la propia subjetividad del historiador, pero, sí, desde hace unas décadas es mucho más habitual el reconocimiento de la dimensión subjetiva implícita en la investigación y en la escritura de la historia, dado que los autores proyectan parte de sí mismos o de sus intereses ideológicos o políticos en sus obras. Las experiencias puramente personales, como huellas de una dimensión legítima del proceder metodológico, también han permitido a los historiadores tomar conciencia de un pasado percibido desde la influencia del psicoanálisis. La parte subjetiva como una modalidad de interpretación, como un subconjunto formado entre el distanciamiento y la identificación emocional.

La nueva historia subjetivista, de pretensiones literarias, está centrada en una doble temporalidad existencial, la de los actores del pasado y la del historiador que los hace revi-

vir. Son justamente esas pretensiones de literaturizar la historia las que pueden hacer despegar al autor de la realidad. La ficción prevalece sobre la misma historia que, además, puede ser vista desde un comentario propio de la crítica y no tanto desde la propia objetividad histórica.

Esta nueva escritura de la historia, asociada a la intimidad del autor, escenifica la investigación desde lo biográfico para interpretar experiencias históricas, descubriendo el encuentro con la documentación de archivo, con los testigos de un determinado expediente judicial; mostrando esperanzas o decepciones ante el engranaje del relato que el propio autor va formando, ante interpretaciones que se sujetan en sólidos o débiles cimientos argumentales y quieren ser comentadas en la trama narrativa desde un punto de vista crítico. La investigación se hace parte integrante del relato histórico.

Junto a esta nueva escritura de la historia podríamos situar a la escritura periodística o la escritura de crónicas, aunque estas ya desde hace muchos años incluyó el “yo” en sus contenidos, acercando la subjetividad en la forma de investigar por medio, sea el caso, de entrevistas o en la misma forma narrativa, novelando o poetizando situaciones humanas para llegar de manera más directa al lector. Pero citemos ahora, como ejemplo, una lectura cercana, la de *Elevándose. Despachos desde la nueva costa norteamericana* (2021), de Elizabeth Rush. Es una obra de literatura de no ficción que se constituye en crónica y explora los efectos del cambio climático en varias comunidades costeras. Elizabeth ha querido saber cómo conviven con la subida de las aguas marítimas quienes se encuentran desprotegidos,

quienes conforman comunidades ignoradas. Al contenido de crónicas de conquista, informes científicos o programas institucionales, se suman la entrevista a los lugareños, las lecturas, los recuerdos, los sentimientos y las experiencias de la propia autora, pasadas y presentes, los padecimientos de los afectados, la introducción, en definitiva, del “yo”; todo se entrelaza para hacer pensar con mayor nitidez, como historia vivida, el sufrimiento ajeno.

En una entrevista que Ivan Jablonka hace en el 2010 a Nicole Lapierre, esta explica su elección por el yo personal en su escritura, que se vuelve un yo metodológico. Enzo Traverso nos la da a conocer y personalmente la leemos donde el mismo historiador la cita (Ivan Jablonka, “Éloge de la bâtarde. Entretien avec Nicole Lapierre, La Vie des idées, 28 de mayo de 2010). Lapierre legitima y objetiva la subjetividad como signo de los nuevos tiempos, más cercanos al corazón, a los afectos: asumir el yo no es, dice, “desvergüenza ni ombliguismo, es aceptar la realidad de la implicación: nos vemos empujados, atraídos, por ciertos objetos, por ciertos temas de estudio o de investigación que nunca se eligen realmente por casualidad”.

Frente al “nosotros” académico, que a Lapierre le parece “inmodesto, demasiado pomposo o pretencioso”, mostrar el yo es signo de rigor, de la exigencia que mueve a plasmar, al mismo tiempo que los resultados de una investigación, lo que la originó, lo que puede haber influido en ella en algún momento: “es una forma de objetivar el aspecto subjetivo de la investigación”.

Esta es una manera de justificar el uso del yo; implicar sensibilidades y la identidad del investigador. Esta-

mos necesitados de afectos, pero ¿cuándo no lo hemos estado? Mejor dicho entonces, somos más conscientes de ello ahora. Por ello, el nosotros, empleado de la manera en que iniciamos el relato, me/nos parece más hermoso que el yo, más sociológico incluso. Con el nosotros se camina en compañía de los individuos que te han llevado al encuentro de nuevas experiencias. Siempre, en cualquier caso, se trata de relaciones y siempre podemos cambiar nuestros puntos de vista, trasladarnos en el tiempo. La memoria de nuestro único presente, la que formamos mientras vivimos está hecha de un pasado colectivo y las personas del verbo permiten desviarnos a través de todas ellas para descubrirlo, acercarlo y comprenderlo. Puede ser más subjetivo un “nosotros” o un “tu” que un “yo”. Las formas del compromiso, de todas formas, solo deben mostrar sinceridad.

Poetas hispanoamericanos en las *Jornadas de Poesía en Español*: el entramado de una necesidad y la poesía como tecnología del “yo”

Para AMG

Y así, precisamente, como dice la primera línea que titula este impulso irresistible, se denomina la edición que el mismo AMG (Alfonso Martínez Galilea) elaboró para que en el año 2007 Cultural Rioja, un programa de difusión cultural impulsado por el Gobierno de La Rioja (España), el Ayuntamiento de Logroño e Ibercaja, la publicara. Esta contiene una amplia y exquisita selección de poemas de los veinte autores que participaron en las *Jornadas* que se celebraron en Logroño (Capital de la Comunidad Autónoma de La Rioja) entre 1999 y 2006. Es una muestra de la calidad literaria que recorrió el entramado histórico de ocho años de encuentros poéticos que alentaban su continuidad y la convertían en indiscutible.

Que lo “misterioso y extraño”, como se dice en la nota preliminar de esta edición, hayan podido estar detrás de este apoyo, elogian el propio fundamento de la poesía y elogian la función del patrocinio para poner al alcance de muchos una necesidad, la necesidad del poema como “tecnología”, la necesidad de ese reino divino que “está dentro de vosotros”.

La poesía no es algo que viene y se esfuma sin dejar huella: el poema es una sólida casa que despliega infinidad de estados anímicos y puede cobijarnos durante toda una vida. No es, indudablemente, una “nueva tecnología”, al contrario, es tan ancestral como la propia e íntima sensibilidad.

Un lujo tecnológico del yo del que ahora queremos hablar sucintamente para demostrar a las instituciones que si lo que necesitamos es fe, habrá que desacreditar a la razón de los “finiquitos”. El camino que lleva a la verdad pasará a ser el camino de la poesía, al parecer, por las funestas noticias que llegan a esta orilla y hablan del cierre definitivo de las Jornadas, un camino que se ha entorpecido, posiblemente con el lodo de la ignorancia, que siempre embrutece.

Sí, las tecnologías del yo (azadas, tijeras de podar, “cortetes”, rastrillos, libros, bisturís, plumas, computadores) ponen en práctica un conjunto de operaciones que un individuo aplica (no necesariamente sobre sí) para transformarse, hacerse, subjetivarse. En la Grecia antigua se fundamenta el imaginario de las “epimelesthai sautou”, las ocupaciones sobre la propiedad, las acciones del mantenimiento de lo que le pertenece al ser material y espiritual. Un ocuparse que en la noción actual de “interioridad” imbrica el interior con el exterior y de cualquier manera serían ocupaciones sobre lo propio, el ser.

La poesía como tecnología al cuidado de lo más íntimo, esa emoción que no puede descubrirse, que no puede salir del sí. ¿Cómo entonces apropiarse de ella? La emoción como imposibilidad de confesión de los afectos. El martillo, la pluma, intentar divulgar con la mano lo que no

podemos decir con la boca. Destruir un muro, construir un poema, actos de transformación de uno para otro. Un albañil, un poeta con deseos de gritar los afectos e intercambiarlos. Manifestaciones íntimas del valor propio y la autocondena. Volver la mirada sobre ti para mirarme, cómo resistir los caminos y los ritmos de la vida, cómo transformarlos o aniquilarlos. Acabar con lo que satura y entorpece. Después una inmensa playa de espíritus cambiantes y solidarios, tecnologías fantasmales que vienen y se van, y enlazan mundo y silencio.

Michel Foucault habla del “sujeto” como alguien que se asegura al control exterior o al de sí mismo, donde se establece una relación de poder que configura al individuo mediante una voluntad exterior o interior. En el tercer volumen de la *Historia de la sexualidad*, denominado “La inquietud de sí”, describe la individualidad con tres dimensiones no excluyentes que podemos trasladar al campo magnético de la poesía: la actitud individualista, caracterizada por el valor que se asigna al individuo en su singularidad y por el grado de independencia que mantiene respecto al grupo al que pertenece o las instituciones de las que depende; la valorización de la vida privada en cuanto a lazos amistosos o familiares y formas del hacer doméstico o cotidiano; y la intensidad de las relaciones con uno mismo, es decir, las maneras en las que uno se ve llamado a tomarse a sí mismo como objeto de conocimiento y campo de acción con el fin de poder transformarse, corregirse, purificarse o construir su propia salvación.

Una salvación que no es fácil de alcanzar, pues, como dice Alfonso en su selección, la poesía hispanoamericana

es de “inagotable variedad” y quedan, además, voces que todavía permanecen camufladas en las maravillas de esta selva profunda. Por ello, es el momento en unas resucitadas, por necesarias, *Jornadas de Poesía en Español*, antes de dar paso a una nueva lectura de poesía memorable, en el que los invitados de gala toman asiento y levantan la mirada para comprobar que la sala está llena, que se ha hecho el silencio y que el público está ansioso por vivir en un mundo por encima de toda realidad, en un mundo totalmente interior, verdadero, eterno.

Colombia: ¿qué símbolos patrios? El día de la Independencia

*[...] el poder español había caducado.
No solamente los derechos realengos
del borbón. También los usurpados por
la cabeza del virreinato donde
el despotismo monárquico había sido
reemplazo por el despotismo
criollo bajo disfraz revolucionario. Lo
que resultaba dos veces peor.*

Augusto Roa Bastos
Yo, el Supremo

Con un ejercicio que refleja evidencias, más que reflexiones, un español desde la ciudad de México y otro desde la ciudad colombiana de Medellín describen, desde su atalaya personal, y haciendo extensivas sus impresiones al conjunto de la nación, cómo las gentes de estas dos grandes ciudades suramericanas perciben sus símbolos patrios en la celebración de “El día de la independencia”.

En un mes de septiembre de comienzos de este siglo XXI, desde la ciudad de México, mi querido amigo Blas me escribía al Medellín de Colombia aprovechando la oportunidad de las fechas. Entre otras cosas, me decía:

<<¿Sabes lo que significa septiembre en la ciudad y el país de México?: patriotismo desbordante. Es el “Mes Patrio”. El día dieciséis se celebra la independencia de la nación, la fecha más importante, sin duda, de todo el calendario mexicano. El mejor momento para observar, desde el árido Tijuana al caribeño Cancún, el orgullo de pertenecer a este país.

Orgullo y mexicanidad son dos palabras inseparables aquí. El orgullo patrio es un deber y sentirse mexicano el único camino hacia esa suprema actitud. Y como símbolo de todo ello la Bandera Nacional, la tela más sagrada, junto con la de la Virgen de Guadalupe, de este Estado oficialmente laico. La bandera representa el nacimiento de la nación mexicana y es trigarante porque es portadora de tres garantías. Tres colores, tres garantías: el blanco la religión, el verde la independencia y el rojo la unión entre todos los mexicanos, cualquiera que sea su raza. Todavía hoy esas tres garantías se renuevan en el Mes Patrio como hace casi 200 años: el mexicano es católico, celoso de la independencia de su nación y el dieciséis de septiembre todas las razas se unen en su orgullo común. Sin el estandarte nacional el mexicano sería huérfano, sin él el mexicano no sería.

La Ciudad de México es el centro más importante de toda esta alabanza nacionalista. Ella representa la fortaleza de las tres garantías, es la ciudad en la que se apareció la Virgen más importante y venerada de Hispanoamérica, donde se hizo efectiva la independencia del país y la que acogió y se ha convertido en el crisol de todas las razas mexicanas. Por eso, paradójicamente, la urbe más poblada del mundo es, en estas fechas, la menos cosmopolita: por encima de veinte idiomas indígenas y de veinte tipos de mestizaje, todos están fundidos en un solo pondón que reconocen como suyo. No hay diversidad cuando el sentimiento es único.

En septiembre, Distrito Federal (DF) se transforma al amparo de la sombra de este emblema que extiende sus colores a toda la vida cotidiana de la ciudad. Varias

semanas antes del día dieciséis la megalópolis se engalana para la ocasión de una manera casi navideña. Las calles visten festivas los brillantes ornamentos de matices trigarantes, las avenidas principales llenan la oscuridad de la noche con luces verdes, blancas y rojas, los defehos cruzan miradas con las caras de los “Héroes que nos dieron Patria” en cualquier ángulo de la ciudad, y la campana -el símbolo del inicio de la independencia- con la que el cura Hidalgo convocó a la libertad de México, aunque de cartón, tañe por todos los lados. También las casas se adornan para los viandantes, algunas decoran con pequeñas insignias sus ventanas y otros edificios más altos cuelgan de sus fachadas banderas tan evidentes como ellos mismos.

Sin embargo, lo que más sorprende es la participación ciudadana en este rito patriótico. Los defehos se adhieren a la bandera exteriorizándolo de todas las formas posibles, poniéndola en la solapa, en el carro, en la puerta de la casa, de la oficina, del negocio. Los dependientes de servicios públicos, gasolineras y otros comercios se colocan sombreros mexicanos con los colores nacionales pintados en ellos. Los taxis cuelgan pendones de sus antenas y las hacen ondear en sus carreras como si fueran a la guerra. Carros manuales recorren la ciudad cargados de multitud de estandartes, pegatinas y objetos varios de porte patrio. Pareciera que van a la entrada de un estadio de fútbol en la víspera de un importante encuentro deportivo de la selección nacional, pero no es así, su puesto es cualquier esquina de la ciudad y su función nutrir el espíritu mexicano de los soportes necesarios para celebrar el ritual del Grito de la Independencia la noche del quince al dieciséis de septiembre.

Después de que las autoridades hacen sonar la campana que cuelga en la fachada de todos los ayuntamientos del país, los mexicanos de todas las razas, con el fervor religioso por su independencia, gritan airosos esa noche, respondiendo a los vivas que lanzan sus próceres. Campanadas y voz solemne, gritos enfervorecidos de

las multitudes, fiesta ritual y postrada a la insignia nacional, felicidad de ser mexicano debidamente enardecida por los medios de comunicación: ¡México es un gran país en el mundo!>>.

Blas seguía describiendo con mayor detalle cómo DF se engalana para la ocasión y cómo los defeños se adhieren a la bandera exteriorizando su alegría para celebrar el ritual del Grito a la Independencia, matizando, eso sí, que al lado del orgullo mexicano hay una parte de su ser que se engaña a sí mismo con esas tres garantías de su estandarte:

<<Esa que confunde el fervor religioso con la resignación frente a la injusticia; la que equivoca la satisfacción de ser un país independiente con la falta de libertad personal; y la que se engaña en la comunión de todas las razas mexicanas frente a la realidad de la pobreza y la desigualdad de algunas de ellas>>.

En correspondencia, desde el Barrio de Aranjuez de la ciudad de Medellín, que por aquel entonces me acogía, le escribía así:

<<También podría asegurarte que en ninguno de los pueblos colombianos falta la plaza o el parque con el nombre del libertador: Simón Bolívar. De pie o a caballo, la figura de Bolívar preside infinidad de estos espacios en un indiferente país por sus símbolos patrios. No creo, como me decías en tu carta, que orgullo y colombianidad sean dos palabras inseparables aquí. No creo que orgullo patrio sea aquí un deber y un sentimiento. Banderas tricolor (amarillo, azul y rojo) en un 20 de julio independentista. Banderas tricolor (amarillo, azul y

rojo, son las mismas) en un 7 de agosto independentista. Banderas tricolor (amarillo, azul y rojo) en un 11 de agosto también independentista. Tres días, pobres actos institucionales dedicados a ellos, al menos fuera de los bogotanos, y escasas banderas vistiendo los balcones de los colombianos que, cuando en las calles de Medellín les preguntaba por el motivo de las mismas, generalmente no sabían distinguir entre un día y otro.

Brevemente te comento que los sucesos bogotanos ocurridos el 20 de julio de 1810 –el “Grito de Independencia”– son considerados como el acontecimiento fundacional de la República. En la campaña libertadora liderada por Simón Bolívar, la victoria el 7 de agosto de 1819 con la Batalla de Boyacá, fue definitiva para conseguir la independencia absoluta. Y el 11 de agosto de 1813 se conmemora la independencia de Antioquia, que no reconoció por Rey a Fernando VII. Tres seguiditos días que se confunden como tres colores juntos que no acaban de entenderse dentro de unas grandes diferencias políticas que dividen al país. Para qué interpretaciones cromáticas, esa decimonónica, pongamos por caso, del amarillo por el amor a los pueblos y su unión, el azul por la separación marítima del yugo español y el rojo por la sangre que defiende la libertad. Para qué, no creo, Blas, que orgullo y colombianidad sean dos palabras inseparables aquí.

Con más de medio siglo resignados a soportar una gran losa de desigualdades sociales, no se puede creer en la clase política que, todavía corrupta, tampoco resuelve el conflicto armado y aprovecha estas celebraciones patrias para captar adeptos al régimen presidencial, dizque ahora, un régimen que se hace llamar de seguridad democrática sólo porque el ejército aumenta los retenes en las carreteras. Es como aliviar la más delgada vértebra de una vasta conciencia, confusa y dolorida. Piensa, Blas, que un decenio muy reciente como el de los años 80 es definido por analistas políticos, como Marcos Palacios, como de confuso, conflictivo y dramático para la historia de Colombia: los escándalos del Banco

Nacional y del Grupo Gran Colombia, el magnicidio de Rodrigo Lara Bonilla, ministro de justicia que persiguió a los narcotraficantes del Cartel de Medellín; el asalto al Palacio de Justicia que recordarás, los ajustes macroeconómicos llevados a cabo por un grupo de tecnócratas, devaluando la moneda y reduciendo el déficit fiscal con la congelación de salarios del sector público y la reducción de inversiones en los programas educativos; movilizaciones nacionales ante el aumento de la pobreza, inequidad y exclusión política, actividades paramilitares, masacres rurales y terrorismo urbano...

Todavía en la década de los 80 seguía rigiendo la antiquísima Constitución de 1886. La actual Constituyente fue aprobada en 1991 con una de las tasas de participación más bajas en el país (26%), prueba de la crisis institucional y política que se vivía. Se cambia la Constitución de 1886 por una nueva de 380 artículos, entre los cuales se incluyó a la Seguridad Social como principio básico y fundamental de los colombianos. La idea, en el decir resumido de los profesores Álvaro Acevedo y Rigoberto Gil, era acabar con el legado político excluyente del Frente Nacional, debilitar los engranajes clientelistas y encontrar mejores y más eficaces mecanismos de participación y consenso en un ambiente de neoliberalización económica. Pero la nueva y recentísima Constitución del 91 no promovió los cambios que el país requería, sobre todo en lo referente a ajustes estructurales económicos más incluyentes y equitativos. Hoy, sus artículos son más una ruta de principios básicos y derechos fundamentales, que todavía deben lucharse.

Así, con más de medio siglo forjado de hechos dramáticos, creo que ni banderas, ni himnos, ni celebraciones independentistas, son acogidos con un entusiasmo común que pueda dejar paso ni siquiera a la esperanza.

Plazas y parques con guachimanes permanentes en sus cuatro esquinas. Edificios con vigilancia fija en cada una de sus correspondientes porterías. Guardianes todos con porra y pistola para decorar de confianza el medio

ambiente y el descanso hogareño. Centros comerciales con seguridad asegurada a punta de escopeta y televisión. Edificios públicos, bancos y establecimientos donde el uniforme azul celeste que enfunda el colt 45 te da la bienvenida o los buenos días y... -Buenos días, responde mi cortesía. Verjas, celosías, este es el símbolo patrio que recorre todas y cada una de las casas de Medellín en todas y cada una de sus calles y carreras. La vida violenta de las pandillas de Medellín, nutrida de robos y asesinatos, ha descendido bastante desde la década de los 80, pero en la ciudad de Cali, sólo para que te hagas una idea, hay identificadas 70 pandillas de pelaitos que dejan al año no menos de 100 muertos. Atracos callejeros, asalto a motoristas, buses, taxis o vehículos de transporte; venganzas y ajustes de cuentas por el control de una esquina. Los del Charco en la comuna 14, la Calavera en la 13, el Cagao en la 7, el Hueco y los Simpson en la 16, los Abuelos y los Areperos en la 15, la Sobredosis en la 20, los del Humo en la 21; jóvenes entre los 9 y los 25 años que son capaces de disparar porque “se pusieron groseros conmigo y tocó darles su merecido”.

Himnos, banderas, fechas patrias de Locombia, victoriosos domingos del Medallo, el Millonarios o el Pasto. Himnos, banderas, fechas patrias de Locombia.

Pareciera que los estigmas colombianos de la delincuencia urbana, la corrupción, el conflicto armado, la parapolítica, el narcotráfico, la desigualdad social y tantas otras llagas, se hubieran convertido en símbolos patrios sin los cuales ya no supiésemos reconocernos ni en nuestra propia nación ni fuera de ella>>.

En fin, ya hace muchos, muchos años comenzó en estas tierras un imperio europeo que llenó a los españoles de oro y plata durante tres siglos y de culpabilidad los dos siguientes. Tres siglos de injertos -frente al concepto de ‘trasplan-

tes' de la colonización inglesa, como dice el filósofo Julián Marías-, sangrientos unos y fértiles otros, que nos mantienen unidos a los de acá y a los de acullá por algún vínculo invisible que todavía hoy se despierta envuelto en filias y fobias cuando entramos en contacto.

Trasladando una última reflexión de Blas al caso colombiano, después de hablarme de un pasado fascinante, tanto el nativo como el colonial, descubrió que para comprender mejor a los mexicanos era necesario detenerse en su historia como nación independiente, pues, por el momento, son hijos, como nosotros los españoles, del siglo XIX. Un siglo que en el contexto de celebraciones patrias (y siempre) debe ser revisado y reinterpretado, sin olvidar desde una determinada y dramática situación política y social, cómo nuestras propias señas de identidad funcionan y se relacionan en la formación del Estado y la construcción de la nación.

La escritura intermedia de Rómulo Bustos Aguirre

[...]

*En la esencia de la poesía hay algo indecente:
brotan de nosotros cosas que no intuíamos tener,
así que pestañeamos como si de nosotros saltara un tigre
y estuviera iluminado golpeándose los flancos con la cola.*

*Con razón se dice que es un daimonion quien dicta la poesía
pero se exagera al afirmar que debe de ser un ángel.*

[...]

¿Ars poética?

Czeslaw Miliosz

En el cuarto libro de la Scienza Nuova titulado “De la marcha de las naciones”, Giambattista Vico (1668-1744), según la distinción que hacen los antiguos egipcios, habla de los rasgos propios de tres edades: la edad de los dioses, la edad de los héroes y la edad de los hombres. Cada una de estas tres edades se caracteriza por una lengua y una escritura propias, estrechamente dependientes.

En la edad de los dioses, el primer lenguaje, que recurre a caracteres jeroglíficos de representación, fue mental y divino, formado por actos religiosos o ceremonias sagradas. En la edad de los héroes el segundo lenguaje es aquel

en el que colocamos a los símbolos. Y en la edad de los hombres, el tercer lenguaje se compone por medio de las letras vulgares del alfabeto, las palabras articuladas.

Este proceso de abstracción, que tiene origen en el lenguaje mudo y divino, pasa por el lenguaje simbólico y llega al lenguaje alfabético, puede entenderse como un proceso de civilización que da el ritmo de la sucesión de las épocas, pero también, como nos hace ver Roger Chartier (*Pluma de ganso, libro de letras, ojo viajero*, 1997) con palabras de Gino Bedani, ha de ser comprendido en su simultaneidad: al ser los dioses obra de la imaginación humana y al situarse los héroes entre la naturaleza divina y la naturaleza humana, dioses, héroes y hombres son contemporáneos y, por tanto, los tres lenguajes a los que corresponden se originan en el mismo momento.

Justamente ahí, ahí donde los héroes se posicionan, entre Dios, entre lo divino y lo humano, se sitúa la voz poética de Rómulo Bustos Aguirre. Como en el tiempo de los héroes, el poeta utiliza el lenguaje que le corresponde a la poesía, ese segundo lenguaje que se compone en partes iguales de lenguaje mudo y lenguaje articulado; utiliza los símbolos y maneja la imagen, la comparación y la metáfora, la forma esta última, nos dice el propio Rómulo, “más perfecta de las verdades”.

Su primer libro, *El oscuro sello de Dios* (1988), su primera aparición entre los mortales es una clara declaración de haber tomado conciencia por el uso de la expresión poética, por su función, tal vez, por su necesidad: “Encender el misterio/ de una lámpara ciega/ cuya luz imposible/ acaso nos haya sido prometida/ He aquí el terrible regalo de los

dioses”. Y como el propio poeta, los ángeles, permítanme hacer uso del ya para mi familiar nombre propio, los ángeles, digo, de Rómulo Bustos, seres espirituales o símbolos del orden espiritual, de las funciones humanas sublimadas o de las aspiraciones insatisfechas o imposibles, representan la intermediación entre Dios y el mundo.

Los ángeles del poeta, incluso del hombre Rómulo, ángeles teológicos y símbolos también de lo sagrado domesticado, se descuelgan por toda su poesía no para limpiar la impureza que somos, ni para borrar la impronta que nos ha dejado el “sello de Dios” que no es otra que la del “oscuro emblema del vacío” en que existimos.

Con ansia de comprender, partiendo de su íntima “pupila”, pasando por la “lámpara”, ese objeto espiritual que le prestó Rabindranath Tagore (1861-1941), para llegar a la “luz” racional de la verdad que al menos aclare el entendimiento, el poeta camina siendo consciente de la incapacidad por explicar el origen que nos arroja a ese vacío. No es posible encender la lámpara de quien murió en Shantiniketán y la conversación con sus ángeles se convierte entonces en un medio de aspirar sin Dios y sin dioses a lo trascendental-sagrado; en un medio que le ayude a descubrir al menos ciertas señas de identidad del otro que le habita, de ese “forastero” o huésped desconocido que no es otro sino él mismo; en un medio que al fin le devuelva a la original casa umbilical, a la pureza de esa infantil “casa de agua” que se halla en el “traspatio del cielo”, esa casa que, como elemento decisivo en “la poética de la inocencia del maestro Rojas Herazo”, poeta colombiano cuya obra declaradamente admira Rómulo, se convierte en símbolo de lo maternal.

Disfrazado de sacerdote, con una escritura “más bien breve”, la reflexión y la imaginación, acompañadas siempre de la ironía, la ambigüedad y la paradoja, ponen el tono a una poesía que desciende lo onírico a lo cotidiano para desacralizar sacralizando los arcanos y los “acazos” de la vida, porque nada es cierto ni firme y las sentencias de este sacerdote solo son una prueba más de la duda constante.

El cangrejo y el coco, la lagartija y el tamarindo, la tortuga y el camajorú, el caracol, el bijao, el mandril y la ceiba, el ciempiés, el silencio del cenxontle o los ojos de la mosca; el reino animal y el reino vegetal unidos se confabulan para lentamente, terrenalmente, intentar matar a Dios. Porque Dios no nace muerto en la poesía de Rómulo. Desde su primer libro ya citado (*El oscuro sello de Dios*, 1988) hasta su último dado a conocer (*Muerte y levitación de la ballena*, 2009), Dios está siendo siempre juzgado y poco a poco su trascendencia, su función de centro, es anulada para convertirse en un “bañista definitivamente distraído”, en “un gran pez gordo de cola muy grande”, “hinchado y con escamas impuras”; en “un raro animal de dos cabezas” de cuya “palabra siamesa brota el vértigo del mundo”, o en un “jugador de dados” que “se apuesta a sí mismo contra sí mismo y pierde”. La sentencia está clara y sin Dios o con un Dios no creíble, el “Consejo” del poeta no es otro que el de construir un propio vacío y “arrullarlo”, ponerlo “sobre tu corazón” y “aguardar confiado el paso de los años”, porque exiliado del centro divino y ausente de la verdad, “nada verás, nada escucharás” en él.

Anulado entonces el primer lenguaje, el lenguaje mudo de los dioses, la escritura intermedia del poeta se orienta hacia el tercer lenguaje, el de los hombres, para, convi-

viendo con él, quebrar el monopolio sacerdotal sin olvidar, eso sí, su aspiración a lo sagrado, porque el silencio que “no quiere” ni “puede ser escuchado” es, al mismo tiempo, “todos los sonidos” y el poema, tal vez el siniestro sonido del poeta, también “la más íntima palabra, pudiera ser un mantra” y “el más turbio ruido contener la conciencia”.

A la muerte de Dios parece acompañarle o corresponderle la caída del ángel, porque igual que en el hábitat terrenal, el ángel “comprende que definitivamente es un animal de pelos y pezuñas”. Pero, aunque el poeta Rómulo, o incluso el hombre Rómulo, quiera desprenderse de sus entrañables ángeles, creo que después de tantos años, estos no se lo van a permitir. La creencia me la corrobora la última vez que nos vimos. La exposición madrileña de Marc Chagall (1887-1985) durante los meses de febrero a mayo de 2012 en el Museo Thyssen-Bornemisza nos sirvió de encuentro y allí estábamos, allí estaba el hombre Rómulo (supongo que también la silenciosa conciencia del poeta) rodeado de nuevo de numerosos ángeles chagallianos. Sin embargo, indudablemente, frente al significado religioso, judeocristiano, de los ángeles de Chagall, los ángeles de nuestro poeta son de muy distinto talante y, como los ángeles de Emanuel Swedenborg (1688-1772), los de Rómulo son ángeles que merodean “las faldas de la madre” y que habitan en los árboles. Es el ángel un hombre espiritual cuya ocupación espacial depende de sus propios estados interiores y de sus transformaciones espirituales, es el “ángel de la lluvia”, “el ángel de la palabra” y es el “hermoso muchacho de la esquina” el ángel de “la lúdica naturaleza”.

No creo que el poeta pueda abrasar las mil alas de los espíritus celestes porque todavía en *Muerte y levitación*

de la ballena (2009), cuando mira sin pavor los ojos de la medusa piensa que está “presenciando el nacimiento de un ángel”. No lo creo porque su escritura desdoblada: su escritura invisible (silenciosas marcas que “los otros” y “lo otro va haciendo en ti”) y su escritura visible (“esa misma trama invisible” que “te hace dar vuelta” para encontrar los poemas) seguirá siendo el reflejo perfecto y sin mácula del ángel de Rilke (1875-1926), esa criatura en la cual aparece realizada la transformación de lo visible en lo invisible.

Esperemos que, como un anillo que enlaza cielo y tierra, y cuyo diamante es la casa del caracol, los poemas de Rómulo Bustos Aguirre sigan provocando el éxtasis para conciliar la rueda de las transformaciones con un centro místico y un motor inmóvil, que sean siempre, como ahora lo son, una constante invitación a penetrar en la intimidad de su universo.

Las “eternidades precautorias” de Manuel de las Rivas

El martes 10 de agosto de 2021 murió el escritor riojano Manuel de las Rivas. Siempre sentí afecto por él. Este es mi homenaje.

Durante el año de 1996 recorrimos cincuenta años de poesía en La Rioja (España) a través de un guion elaborado para la puesta en marcha de un recital poético. El recital se dio a conocer en diferentes localidades riojanas con el título de *Salvados de la tierra. Poesía en La Rioja, 1950-1996*. Concha Mateos puso la voz a los poemas y José Luis Cervantes la música del piano. Intentamos divulgar los más relevantes hechos literarios que fueron formando un determinado ambiente poético en cada una de las décadas riojanas tratadas y, sobre todo, en una ciudad-capital de provincias, como lo fue Logroño hasta, al menos, inicios de los años ochenta del siglo XX, cuando, como España en general, comenzaba a modernizarse. Con él, con el recital, se podían percibir también las diferencias en temas, elección de métrica o tonos poéticos que con el paso del tiempo se fueron produciendo desde la década de los años cincuenta hasta mitad de los años noventa.

El *Salvados de la tierra* se hizo a través de una selección de poetas y poemas que, como decimos, abarcaba

prácticamente toda la segunda mitad del siglo XX. Situamos a cada poeta en su correspondiente década y a la lectura musicada de sus poemas, le precedía un breve relato de los acontecimientos poéticos más importantes acaecidos durante este medio siglo que dividimos en sus cinco décadas. Comenzamos en 1950 porque solo a partir de esta fecha comienza a haber un hilo conductor de manifestaciones poéticas en La Rioja que fueron plasmándose en sucesivas revistas literarias.

Para el periodo que va de 1950 a 1980, seguimos enteramente a Manuel de las Rivas en su Estudio introductorio “30 años en la poesía riojana: análisis y crónica”, estudio que se incluye en la *Antología de poesía en La Rioja (1960-1986)*, obra que editó en Logroño el Gobierno de La Rioja en 1986, con prólogo de J.M. Caballero Bonald y epílogo de Félix de Azúa. Prácticamente trasladamos al guion del recital sus palabras y, por qué no decirlo, en algunas ocasiones, también su gusto. Para hacer el recorrido de la historia de la poesía que va de 1980 a 1996 contamos con la colaboración de Alfonso Martínez Galilea, en aquellos años único editor y excelente conocedor de poesía en La Rioja.

Las “eternidades precautorias” de Manuel de las Rivas es un breve texto dedicado al autor de la citada Antología y lo hemos iniciado así porque aquel *Salvados de la tierra* ya fue un homenaje al trabajo y al juicio analítico con que escribía Manuel de las Rivas, tanto en su obra poética como en sus crónicas periodísticas de aquella entonces Rioja parroquial y en su obra ensayística, de la cual queremos mencionar aquí el escrito titulado *La cultura riojana: pasado, presente y futuro*, publicado por la Fundación Juan March en uno

de sus Boletines Informativos de 1984. Recién creadas las Comunidades Autónomas, en él se hace un repaso al pasado cultural riojano y se acaba llamando la atención al buen funcionamiento de la política universitaria para que en la región se pudiera producir un radical giro cultural que no resucitara “el tono hagiográfico de beato simplismo, o de regionalismo barato, que ha impregnado tantas aventuras de pseudoinvestigación y pseudoerudición, a la búsqueda de glorias inexistentes”.

En el afecto que siempre sentimos por Manuel (nunca me atreví a intentar refrescarle la casual y divertida manera en que me dio a conocer *Las Matamorfosis* de Ovidio y el *Asno de Oro* de Apuleyo cuando era un pueblerino jovenzuelo y bajaba a mirar libros en los escaparates de la capital), desde este cálido aprecio, decimos, queremos recordar ahora el ejercicio investigativo y crítico con que está confeccionada esta Antología, pues creo que a ella le debemos el haber podido ubicarnos y orientarnos dentro de un panorama poético que hasta entonces permanecía en la oscuridad.

Un ejercicio que, como los simulacros de Lucrecio, surge de una poesía dispersa en el tiempo, sin asideros generacionales que hubiesen podido favorecer el contacto entre poéticas de grupos más o menos homogéneos de escritores jóvenes. Una poesía que, como la propia obra de Manuel, a nuestros ojos despide ciertas emanaciones; unas, como el humo que sale de la leña y el calor que emite el fuego, difundidas libremente; otras, de trama más densa y tupida, como cuando en el estío las cigarras dejan sus delicadas túnicas. Un ejercicio como simulacro de simulacros

poéticos, pues el panorama que Manuel de las Rivas dibujó en la Antología, desde un ámbito lector acostumbrado a traspasar las “vacuas codificaciones de poesía localista”, es la imagen de un espejo personal donde aparecen obras y autores unidos por el gusto personal de alguien que supo apreciar algunos delicados y secretos artefactos que, con forma poética de “eternidades precautorias”, andaban ocultos en la historia de la literatura riojana.

Así como las emanaciones del humo o el calor se dispersan al manar de los cuerpos, así se fijó en esta compilación y se nos dio a conocer el espejo poético de un alma que había atravesado y había sabido leer e interpretar tres décadas de poesía en La Rioja: los años opacos de los 50, los traslúcidos de los 60 y la salida del túnel de los 70. Había rescatado así, siempre con el respeto o la precaución que impone la eternidad, la forma y el brillo poético del pasado que merece salvarse de la tierra: “Así como el sol, dice Lucrecio en *De rerum natura*, debe emitir en un instante muchos rayos para que el mundo esté continuamente inundado de luz, de modo semejante es necesario que en un momento las cosas envíen muchas imágenes, de muchas maneras y en todos los sentidos, ya que, en cualquier dirección que volvamos el espejo, las cosas se reflejan en él con su propia forma y color”. En el reflejo de esas formas y esos colores, Manuel de las Rivas ocultaba su virtud.

El viaje continúa

Vuelvo al Café de Juan Valdez, el que queda en una esquina del “Éxito”, una cadena de supermercados del Centro Comercial llamado “Unicentro”, aquí en la ciudad de Cali, cerca de la Universidad del Valle. Prácticamente, mañana tras mañana me siento a leer en él. La temporada académica me lo permite, aunque nunca dejo de hacer academia entre café y café. Mejor dicho, la cafetería siempre me proyecta. Parece esperarme para cumplir deberes que deben unir una doble e indisoluble dimensión: conjugar la verdad que pretende desvelar el ejercicio histórico con la ficción de la escritura. Cuantos más matices se le da a esta última, más creíble se hace la interpretación no digamos ya que del historiador, sino del escritor. En fin, que en verdad (teatralmente me pongo un poco bíblico como preludeo a lo que quiero decir más adelante) Juan Valdez me sirve para trabajar. El tiempo me rinde y me inspira. Y, además, me sirve para recrearme con géneros cuya permisible brevedad está más cerca del pensamiento que de la narración. El espacio y sus visitas se prestan a lo que decía Aristóteles del arte, que era a la vez *poiesis* (construcción de la ficción) y *mímesis* (emulación de la vida). Cada alma que viene a tomar café porta algo en sus ojos y ejercita lo que de universal tiene la poesía.

Mañanas, al fin y al cabo, para hablarme solo en un mundo atosigado de mensajes. El mío lo dedico a la íntima

confianza que me produce la comunicación con mi propio silencio y en medio, arropado, de murmullos ajenos. Es veinte de diciembre del año dos mil veintiuno. Vivo lejos de mi ciudad natal. Los recuerdos de la infancia (familia y amigos) se intensifican. El cristianismo puede resumirse en la metáfora del pesebre, el origen de una histórica figura cuya necesidad religiosa la ha convertido en poderoso mito. No importa ahora si Jesús existió o no, si fue un ser celestial o humano. Lo histórico convertido en mitológico. Leo a Malinovski (*El mito en la psicología primitiva*, 1927). El mito, dice, “no es una explicación que venga a satisfacer un interés científico, sino una resurrección, en el relato, de lo que fue una realidad primordial que se narra para satisfacer profundas necesidades religiosas, anhelos morales, sumisiones sociales, reivindicaciones e incluso requerimientos prácticos”.

No puedo evocar el pasado con nostalgia. El pasado de mi país. La cuestión de la identidad nacional no puede pensarse ya como algo que pueda dar lugar a mitos de identificación colectiva. Mis certidumbres son pasivas, no activas. Quiero decir, que contemplo el paisaje de la infancia y se me convierte en un cúmulo de confianza y milagros que no puedo creer que sean el origen de nada, menos de algo que pueda construirse colectivamente. La infancia como representación de un país, como la formación de un territorio donde ocurrían cosas imposibles de creer ahora ¿Se nos ha perdido algo en él como para tener que rebuscar causas traumáticas en el inconsciente, extravíos o alegrías que nos han ido haciendo, que nos siguen haciendo y...hasta cuándo? Nada se ha estancado en la infancia y el viaje continúa.

Nunca planteé grandes cuestiones (al menos, no las recuerdo) a los cuatro, cinco o seis años. Supongo que mi paisaje se corresponde con el paisaje que ven mis amigos y que desde entonces continúan viendo. Pero cuando uno piensa desde la propia infancia aparecen habitaciones, caminos, luces, momentos que no pertenecen a la infancia del otro. Las posibilidades de que entonces aparezcan fisuras se multiplican y las grietas no producen mitos, menos colectivos.

No tengo necesidades religiosas. Sigo pensando que en el aire hay muchas cosas que quiero decir, pero cada vez me complace más la inactividad, aunque no sepa disfrutarla. He perdido la confianza para comunicarme sin escribir. Era ingenuo y hablaba con contundencia sin saber qué decía. Una especie de posesión orgullosa de confianza en la amistad, a la que creo siempre me he dado, avivaba las ilusiones. Pero todo lo que me rodea, parece ahora complejo. Las direcciones son cambiantes y cada cosa está compuesta de múltiples fragmentos. No queda tiempo para explorar todos. El de la infancia lo encuentro equívoco e inasible, aunque la nieve solo la haya comprendido en él. Se ha filtrado en los adentros de la tierra y solo me queda la comunicación.

El “espíritu de la tierra”, la “sangre”, no me ofrecen la verdadera bondad de la nostalgia como para poder elaborar una realidad primordial. Me siento invadido por un disolvente que me convierte en hecho insignificante, en algo que nunca podrá cristalizarse. Los asuntos que hoy nos ocupan no son muchos: el amor, el desamor, el trabajo, la soledad, la compañía o la amistad, las desigualdades sociales, las injusticias; la vida cotidiana no invita a buscar

señales de otro tipo, pero hay razones que me convencen de que puedo aumentar las cuotas de libertad moral que he ganado. No son anhelos, como decía Malinovski, y se alejan de las sumisiones sociales. Tal vez, solo un requerimiento práctico que en la resurrección de los recuerdos me lleve a pensar de qué está hecho el país de mi infancia. Los elementos ideológicos los traspaso ahora a la poesía para seguir elaborando un horizonte de fantasía en el que pueda entrar y salir diciéndome, cada vez que lo hago, que las palabras nunca hallan una pista firme de aterrizaje.

La pasión del hombre común no se aleja de la función artística del poeta. Es sobre todo la de sentirse un artífice. Cuando el hombre común hace algo nuevo y se siente satisfecho con ello, por mínimo o efímero que sea, se acerca al orgullo que siente el poeta ante su bien recibido artificio. Es como cuando comienza un sueño o una ambición. Un artificio, como el de escribir una carta, dar un paseo o cantar una canción que, al mismo tiempo, representen una ficción. Lo que dura la construcción del acto es en el hombre común un gesto de fe artificial-ficcional que repetiría para sentirse renovado. No cree en el arte y, sin embargo, hay algo posible en su biografía que lo saca de su lineal realidad y lo engancha a un vacío posible, artificial, ficcional, por el que se puede caminar sin caer en él.

La ficción nunca está en crisis y lo que el hombre necesita para creer verdaderamente en ella es liberarse religiosa y moralmente. La ficción, como los cuentos, es la vida misma, para la cual mejor sería contar con un globo para dar la vuelta al mundo que con un martillo para la fragua. Las reglas del arte no se corresponden con la dureza

de la piedra, sino con la maleabilidad del barro. Basta con pulir la carta, mejorar el ritmo del paseo o entonar con más suavidad el estribillo de la canción. Tener tiempo para la técnica, pues disfrazados ya estamos y ganas de jugar, de teatralizar con exceso, no nos faltan. Espacios, objetos y personajes los hay infinitos para que nuestro artificio cobre sentido. La vida se entiende mejor cuando convertimos un hormiguero, en un relato donde sus insospechados subterráneos se vean habitados por hombres alados. Una ciudad, pongamos por caso, llena de disparates y actos absurdos que ensanche la diversidad de la vida para captarla con respeto.

La imaginación y el pensamiento son la forma de la escritura para estar en otra parte, nunca atrapado: una carta, un paseo, una canción. Lo que sucede está lleno de contenidos que llaman a la representación, a los espejos y las sombras. Lo que sucede se reconvierte y da lugar a otras formas de significación, más o menos similares, más o menos claras que el suceso o el artificio original. Se escribe y se fijan los afectos; se pasea y vuelan los recuerdos; se canta y surgen las emociones. Reciclar es abrir un territorio desconocido donde lo que se amalgama y se prensa trae otras inquietudes, otras esperanzas.

Una calle infinita: la calle de mi infancia

La calle de mi infancia, llamada La mura, en el pueblo español de mi infancia, Arnedo. Apenas cien metros de largo desnivelados y diez metros de ancho mal contados. Una superficie irregularmente pavimentada y sin aceras. Una estructura aglomerada y sin arterias que se organizaba, sin duda, a través de conflictos generacionales y un torbellino de públicas voces que delataban la condición humana de sus hablantes. Tal vez poner a funcionar los recuerdos pueda servir ahora para encontrar cierta homogeneidad y significación inconsciente a las peculiaridades de cada uno de los sistemas familiares que allí convivían.

Una primera y rápida evocación, sin duda, conduce a los individuos dentro de cada uno de esos íntimos sistemas. Imposible dar cuenta de sus prácticas domésticas: continuas, discontinuas, diversas, enfermizas, dominativas, represivas, creo que nada afectuosas. ¿Cuándo, en qué momento y en qué casa se dijo “te quiero”? La forma de querer parecía estar garantizada exclusivamente con la función proveedora del pater familias. Es inevitable imaginar el duro pasado histórico de un país que comportaba relaciones entre patologías individuales y la dinámica de la vida familiar. Es inevitable sentirse impresionado por la cantidad de seres cuyo diario papel se ceñía exclusivamente a sobrevivir.

La segunda evocación viene dada por el contexto callejero, externo, que definía el significado social de las relaciones personales y formaba la identidad de la calle. Solo de esta evocación puedo hablar. Reconstruyo por deducción de indicios que solo pueden proceder de imágenes redundantes. Posiblemente la estancia cronológica de mis tres a mis diez años. Ocho años que irían de 1967 a 1974. Posiblemente. Una calle como una red de comunicación que configuraba sus propias conductas. Padres e hijos, conocidos y amigos, todos vecinos, éramos víctimas impotentes, pero también seres apegados al microclima de un espacio de infinitas vivencias que contribuía a forjar su propio destino.

En la naturaleza más íntima de la calle no existían los afectos puros; claro que referirse a los afectos en términos escritos es algo fundamentalmente inconsistente con su particular e indescriptible naturaleza y solo podemos alcanzar una simplificación excesiva y un empobrecimiento del ecosistema que formaba aquella infinidad de seres que con sus correspondientes voces intentaban auto-definirse. La distribución espacial de la calle concordaba con el relato mítico que circulaba entre los grupos familiares, compuestos de afinidades y diferencias individuales, de afectos y desafectos, de distancias y cercanías. Los nombres propios son signos de la organización inconsciente del sistema familiar y disponen la ubicación de las personas que componen su base estructural. Con frecuencia, esta significación es adquirida por los sobrenombres y algunos de estos son suficientemente intensos como para vaciar de contenido al mismo nombre, y desalojar y sustituir su significación. Recuerdo muchos de esos nombres

y sobrenombres que poblaban la calle, pero siento que si los escribo informarían de un raro ecosistema, excepcional. Supongo que la calle de mi infancia, sí, por supuesto, respondía a su sola y única personalidad, pero nombrar reduce las expectativas de las connotaciones y quiero ahora sentir su espacio como un profundo equilibrio caracterizado por anónimas voces que lo mismo podrían haber habitado otra calle del mismo pueblo.

Los dientes amarillos y una muela empastada en oro. Lo vi, recuerdo, y pensé que el pequeño empresario dedicado a fabricar complementos de calzado pronto conocería la soledad que calma a los hombres y los hace pensar. Supongo que mi conciencia no llegaba a tanto, pero me detuve ante él y clavé mi mirada silenciosa en su futuro. Sin embargo, la corta y estrecha calle era bulliciosa y todas las mañanas se poblaban de infinidad de gritos. Por encima del cotidiano y sereno saludo sobresalía el genio, la pura necesidad de ganarse la vida con empeño. El pequeño empresario y su corpulenta esposa, como una especie de personajes circenses, siempre activos, representaban cierta disposición anímica para encarar la vida. Se situaban en el extremo alegre de la calle, por donde todos los días tenía que cruzar camino a la escuela con una maleta de skay blanco cargada en los hombros. Saludaban con simpatía y siempre había un comentario festivo para mi habitual destino.

El pastor con cristales culo-de-vaso en sus gafas; facciones mustias, apenadas, pelo grasiento, caminar cabizbajo y un descuido en el vestir. Improvisaba afanes como si su rebaño siempre estuviera en fuga. Desde que pisaba la calle, parecía murmurar pensamientos como ruidos

blandos, pero nada apacibles. Nunca hablaba y andaba por los caminos campestres aprendiéndose de memoria frases para domar sus ovejas. La tarde en que lo vimos matar a un erizo en la carreta cercana al río todavía es un asombroso tatuaje imborrable en mi memoria. Protegía a su pequeño rebaño de posibles agresiones y el erizo se había enrollado formando una bola para defenderse con su lomo cubierto de púas. Agresivo, muy enfurecido, intentaba desenrollarlo con los golpes de una pesada y maciza piedra. Lo consiguió. Allí estaba, en compañía de mi amigo Juan Luis. Ambos podemos asegurarlo: ¡el pastor era uno de mis vecinos, el más extraño! Reaccioné con disgusto. Parecía luchar contra su propio, íntimo y silencioso enojo. Con la misma piedra pudo herir la carne del solitario animal y lo arrojó, victorioso, a la cuneta. Creo que tenía síntomas ligeramente persecutorios. Por primera vez lo escuché decir algo y eran puros juramentos contra el erizo. No lo sé, había un retraimiento y una desconexión del mundo en su manera de mirar.

Una señora perniquebrada que frecuentemente gritaba en el patio trasero de su casa. Vivía enfrente del portal de la vivienda de mi familia y al caminar arrastraba la pesada bota fabricada especialmente para su tullida pierna. Cada vez que venía de vista a la casa con sus muletas metálicas, se llevaba las revistas del corazón que ya habían sido leídas. Prensa rosa o de crónica social: *Hola*, *Diez minutos* y *Lecturas*. Mi madre las devoraba, pero le gustaban mucho más las fotonovelas románticas de Corín Tellado: ¡fantástica “infraliteratura” !, como se ha llamado a ese mundo particular, dizque para mujeres sin estudios o de limitados

horizontes intelectuales. Creo que fue mi primer acercamiento a la pornografía y así me fui formando, sin ver más allá del contenido erótico (qué sé yo, algo se despertaba en mi alma, en mi corazón, qué sé yo) de unas fotografías cuyas escenas se ajustaban al pequeño texto que, debajo de las mismas, las avivaba, sin horizontes de ningún tipo, pues quedaba ensimismado para imprimir acción en mis entrañas a la gran cantidad de imágenes que casi siempre reproducían escenarios de interiores comunes, por lo general salones y habitaciones decorados sin excesivo lujo para llegar a un amplio público. Los textos se leían a una velocidad endemoniada y para mis infrapasiones representaban una estupenda erudición.

La señora perniquebrada poseía un intenso sentimiento familiar y religioso, pero sus andares parecían reproducir una situación caótica creada, posiblemente, por la falta de dinero. Tal vez su sistema familiar se iba construyendo a base de hipótesis que no pasaban de ser eso, hipótesis, y representaban el tratamiento de querer mejorar las condiciones vitales del hogar. La organización o el desaliento procuraban confirmar la situación que habían dado a la vida familiar, por lo menos en esos momentos en que la señora, a menudo vestida de negro, gritaba a su hijo, seguro un hijo escindido, que aprovechaba y potenciaba como característica propia su sagacidad para escapar de la casa. Una familia, madre e hijo, que parecía no tener una línea coherente para ligar afectos.

Un muchacho autista, casi encerrado en el horno de hacer pan con el que sus padres sobrevivían. El horno se situaba en una pequeña bocacalle o hueco sin salida, como a mitad de los cien metros, justo cuando comenzaba el des-

nivel. El horno era todo un mundo alucinado, siempre hirviente, siempre encendiendo la caldera de la imaginación: objetos y materiales deformes dentro de una arquitectura cavernícola. La esencia de la vida se ponía al descubierto para el examen de una antropología significada por las costumbres más arcaicas de la comunidad. El muchacho dormía hasta avanzado el día; un hijo, a diferencia del hábitat que lo cobijaba, de padres fríos, glaciales. Un niño tierno, que se fundía con la gente y, seguramente, algo en ello, además de su comportamiento natural restringido, tenía que ver que sus padres lo protegieran excesivamente.

Cada vez más introvertido y menos comunicativo verbalmente, aunque su madre prefería usar las palabras en vez del contacto, y los ademanes físicos, cuando el niño se mostraba inmune a la comunicación verbal. Intentaba desarrollar la capacidad del habla, pero era complicado entenderle. Su comunicación oral era individual y distorsionada. Era imposible integrarlo en una comunidad y posiblemente por eso representaba la atmósfera de disfunción y una situación incontrolable que daba carácter a una calle que tenía que guiarse por sus esfuerzos en satisfacer las exigencias de una mejor vida. Cada loco con su tema, algo que afectaba a la comunicación y a la interacción social.

No es fácil desarrollar la confianza en la utilidad de la comunicación verbal, pero esta, en realidad, era escasa o no existía. En una estructura de significados confusos como representaba la calle, se debilitaba la capacidad de dirigir el yo hacia el futuro. Cómo relacionarnos socialmente. La defensa personal se iba haciendo a base de reacciones contra las obsesiones de un mundo familiar cerrado, contra la falta

de orientaciones que pudieran distinguir los medios aceptables de los inaceptables. Los patrones culturales ordenaban “trabajar” o “estudiar”. No había opciones a las variaciones o las combinaciones. Tajantemente se imponía la fiera dicotomía de la orden familiar, común a toda la población, común también a un orden escolar que constreñía los pasos a seguir.

Mi padre era un albañil que poseía una inteligencia portentosa para su oficio. Cuando llegué a ser un adolescente y ya nos habíamos trasladado a un más acomodado barrio, externo al perímetro de la antigua muralla que encerraba el núcleo original de la población donde se situaba la calle, justo en el borde interno de la línea que dibujaba la muralla del lado noroccidental; cuando ya había crecido, digo, y nos habíamos instalado en el nuevo barrio, podía comprobarlo en los días de verano que me llevaba a aprender el oficio, como él quería. Pero aprender el oficio me fue imposible, los inicios eran muy duros y me mortificaban. Un albañil, mi padre, que fue adquiriendo sabiduría como empleado y, después de ascender al grado mayor que posibilitaba el oficio, decidió trabajar por su cuenta inaugurando su propia empresa. Le llamaban así, precisamente, adjetivando su nombre propio con el de “albañil” (Antonio el Albañil) porque más que un sustantivo, llamarlo así suponía adjetivarlo con la buena, si no la mejor, reputación que se le podía conceder a un artesano. En el hueco que formaban las escaleras del portal, guardaba, primero su bicicleta, y después, cuando ya había adquirido cierto nivel adquisitivo, su mobilette, los vehículos con los que se desplazaba, mañana y tarde, a la “obra”. Ambos, destrozados más tarde por sus dos hijos varones, cuando los utilizaban para sus correrías.

Recuerdo a un hombre severo, formal, muy hecho a sí mismo, y consciente de sus aspiraciones. Hablaba poco en casa y su manera de mirar ya era un signo de la disciplina con la que quería educarnos. Pero un hombre con una fortaleza interior desmesurada en aquellos años en que la calle nos veía diariamente y que también sabía repartir sus alegrías o satisfacciones entre la familia. Un hombre imponente que robaba el tiempo al mismísimo tiempo para ir fortaleciendo, diría ahora, su ansiedad, más que sus ambiciones. Su descomunal fortaleza física e intelectual lo dominaban. A pesar de su, a veces, temerosa presencia, sus manos, las manos de su oficio, delataban una extrema delicadeza que luego, mucho más avanzado el tiempo, comprobé.

No solo es la familia la que se constituye en producto necesario de la estructura biológica del hombre, también lo hace el barrio, la calle. Todo en ella eran elementos sin los cuales no se podía concebir una estructura tan vitalista y llena, al fin y al cabo, de emociones que, creo ahora, ocultaban alteraciones inquietantes. Como si las cosas: los portales, la profundísima cueva o bodega que daba paso al verdadero infierno y tenía su entrada en el centro de la misma calle, la irregular disposición de los edificios, la semántica del variado diseño de las ventanas, todo, seguro, tenía una relación estrecha con nuestra existencia secreta.

Un cielo nublado y frío; no importaba, al acabar la calle en el extremo opuesto a la alegría, había una especie de patio amplio que la casualidad arquitectónica dibujaba. Un hombre alto, erguido, otro hombre imponente; chaquete de pana y riendas recias en la mano. Día tras día sacaba la caballería ancestral de la casa para dirigirse a la finca

y reposar las preocupaciones. Cruzar la muga del pueblo y ver la tierra. La historia se quejó de hambre durante mucho tiempo. Había que convivir con los desperfectos de su herencia. Pronto, en la gran fachada del patio se abrió un espacioso almacén donde una delicada señora disponía en su superficie una gran cantidad de artesanías de barro cocido: cuencos, macetas, cazuelas de muy distintos tamaños y decorados. La mañana relumbraba con esta especie de pequeño mercado callejero y cuando el sol acompañaba, el patio circunstancial quería festejar una especie de satisfactoria melancolía.

Lo sagrado está unido a lo silencioso y ahora que cierro los ojos aparecen flores que anchan los espacios cuando camino por el borde de este final de la calle. El silencio agudiza la atención hacia un orden muy distinto al extremo opuesto que significaba dominación y poder. El silencio es amistoso, pacífico, profundamente gratificante si lo envolvemos, además, de un barro primitivo. Cierro los ojos para que el silencio me regale un paisaje callejero con espíritu benigno. Pero me digo que el enmudecimiento sagrado ya no es posible y la aparente hipercomunicación que se establecía en el barrio, ya no solo en la calle, no creaba ningún vínculo afectivo, ningún hermoso mundo. Todos en realidad éramos unos seres aislados lejanos a la sagrada espiritualidad y marcados por la supervivencia. El hombre imponente regresaba a casa y se hacía más silencio en la sensibilidad del paisaje.

Uno reconoce que, a veces, quien intenta ayudar con benevolencia puede, de hecho, no hacer siempre lo mejor por el necesitado y otras personas significativas que lo

rodean. La gente solo puede cambiar en relación con otra gente y todos deben prestar atención a sus mutuas interacciones para que posibles cambios puedan comenzar a surtir efectos y continúen dentro de un determinado ambiente familiar o barrial. Nadie pretendía nada, pero existían las redes solidarias, los intercambios materiales. Con el tiempo estas redes se irían oscureciendo, el traslado a mejores zonas catastrales, la mejora del poder adquisitivo aumentaría el distanciamiento y a largo plazo, quién sabe, también las secretas hostilidades. Redes espirituales o morales que daban sentido a los comportamientos. Como si ahora hubiesen desaparecido del todo y en lugar de asociaciones o formas prosociales, tuviéramos, políticamente hablando, formas antisociales e, incluso, destructivas. Se ha instalado el permiso para odiar a los marginados dando paso así a la destrucción del tejido social.

Cuanto más patológica es la familia, tanto más rígido es su sistema y más se acentúa, posiblemente, la masculinidad, la virilidad, la hombría del pater familias que, en muchas ocasiones, podía contagiar el carácter de la madre. Hablo de patologías como defectos y problemas que presenta una determinada construcción, en este caso la familiar. No se sentía la necesidad de curar nada ni, por supuesto, curar a nadie, todo andaba en orden lógico de la historia y las necesidades económicas había que cubrirlas con afán, atendiendo exclusivamente a ellas. Las determinaciones históricas dieron origen a unos sistemas familiares y estos se mantienen en la estructura inconsciente de las relaciones actuales. Los afectos quedaban apartados y el tiempo, ahora, dice que tal vez esta manera de ser conllevaba dis-

posiciones anímicas perjudiciales, pues culturalmente hacía suponer que el padre era el servidor de la instrumentalidad y la madre de la expresividad. Un orden donde los regaños y la falta de cariño con seguridad repercutían en la identidad pueblerina. La semántica general advierte acerca del peligro de que las palabras se conviertan en cosas; las emociones, aseguro, en hechos.

Mi encuentro con Roger Chartier

Antes de llegar a ejercer como docente universitario, la profesión que ahora desempeño en Colombia, fui archivero durante muchos años en España. Mis precarios conocimientos académicos en Paleografía, materia que había cursado durante mis estudios de Filología Hispánica en la Universidad de Zaragoza, me permitieron formar parte de los planes de organización y descripción de los fondos documentales municipales que, por aquel entonces, después de promulgarse la Constitución española de 1978, se hacían accesibles al público.

Eran los últimos años de la década de 1980 y, no sin esfuerzos, comenzaba a descifrar, para mí, en aquellos años, unos extraños, y casi irreales, manuscritos que se habían compuesto con unos endemoniados caracteres alfabéticos que correspondían, luego supe, a una letra cortesana, procesal o humanística. Digo “casi irreales” porque no podía creer que diariamente pudiese tener en mis manos documentos que se habían producido entre los siglos XV al XVIII.

Fue habitual en la España de aquel momento que, mediante cursos, jornadas o seminarios, pudiéramos formarnos en materias como la Paleografía, la Diplomática o la Archivística, disciplina esta última de la que comenzábamos a conocer sus principios y métodos, y las múlti-

ples facetas que la rodean, a través de la producción de una literatura que crecía exponencialmente. Así lo hice, así me fui formando, mientras los miembros que componíamos la “brigada de archiveros” de la Comunidad Autónoma de La Rioja, iba dando forma clasificatoria a los fondos documentales cuyo origen institucional se remonta a la Edad Media.

Desde 1989, cuando mis lecturas iniciales del “archivo manuscrito” iban convirtiendo las huellas de un pasado en “material vivo”, mi formación en asuntos de la ciencia documental me llevó en 1992 a hacerme con la traducción al español que Anna Montero Boch había hecho del maravilloso librito de Arlette Farge, *La atracción del archivo*. Un año antes, en 1991, la había editado Edicions Alfons El Magnànim / Institució valenciana d'estudis i investigació. Es el libro que me enseñó a mirar el archivo de una manera muy distinta a la que hasta entonces estaba acostumbrado, basaba exclusivamente en códigos y normas técnicas de descripción archivística. Es el libro, pienso, que andaba buscando para escapar de la sensación insulsa que producían las tareas catalográficas, pues, además, los abundantes expedientes judiciales que iban apareciendo entre los fondos de los concejos riojanos, ciertamente, me deslumbraban. Aun desde una incompleta lectura de los mismos, había afectos que se desataban a medida que uno se sumergía en acontecimientos inesperados, en instantes de la vida de personajes ordinarios, pocas veces tratados por la historia.

El archivo judicial, con sus pretensiones de control administrativo y policial, describe lo irrisorio y lo trágico del mundo con palabras comunes de todos los días que

reproducen hechos del pueblo, reproducen la vida de los más favorecidos, abocados a reunirse en muchedumbre y constituir el archivo judicial. Las sensaciones descritas por Farge ante la presencia de un manuscrito judicial fueron un descubrimiento imborrable. Pero, inicialmente, antes que a Roger Chartier, *La atracción del archivo* me condujo, inmediatamente, al texto de Armando Petrucci que se relacionaba en sus páginas finales, donde la editorial anunciaba una relación de títulos ya publicados. Es una compilación hecha por Petrucci titulada *Libros, editores y público en la Europa moderna*. Había sido publicada por primera vez en Roma, en 1977; y Edicions Alfons el Magnànim la editó en 1990, en traducción de Josep Monter.

En sucesivas lecturas había visto muchas veces referenciado el nombre de Armando Petrucci relacionado con la Paleografía, pero en lugar de llevarme a asuntos relacionados con esta disciplina, que era lo que quería, la compilación del paleógrafo italiano me trasladó a un nuevo y agradable descubrimiento, el del campo de la historia del libro, entendida en la complejidad de su eje producción-difusión-público y, especialmente, en sus aspectos más propiamente económicos y sociológicos. Descubrí entonces a autores como Henri-Jean Martin, François Furet y Geneviève Bollème, autores que luego han sido referentes ineludibles en mis estudios sobre el libro, la lectura, la edición o la literatura popular. Pero todavía no me había encontrado con Chartier.

La casualidad, un año más tarde, en 1993, me llevó, esta vez por iniciativa propia, a organizar el Fondo Documental del Archivo Municipal de Ocón, población de la

ya citada, Comunidad Autónoma de La Rioja. Los expedientes judiciales y los libros del Registro civil que allí encontré me pusieron a relacionar a los protagonistas de un romance de crímenes titulado *La muerte a cuchillo*, un romance de la tradición española de la literatura de cordel, con los nombres que aparecían en esas mencionadas tipologías documentales del archivo. El romance da cuenta de unos sucesos criminales que tuvieron lugar en la misma población de Ocón en el año de 1875 y los habitantes de la zona ya me habían hecho saber de él. Cuando llegó el momento de clasificar los registros de defunción correspondientes al mismo año de 1875, fue cuando decidí buscar entre ellos el nombre de Ciriaco Fernández, “aquel hombre semifiera” que había asesinado a cinco de sus paisanos.

El encuentro con el nombre estampado de Ciriaco Fernández en el Acta de defunción número 50 me produjo tal sacudida afectiva que, después de muchos años de investigación y modificaciones textuales, produjo el texto definitivo titulado *Memoria de un romance. La muerte a cuchillo. Horroroso y sangriento drama ocurrido entre Los Molinos y Pipaona de Ocón, provincia de Logroño, el día 29 de junio de 1885* (2018). Estábamos ante un romance de la literatura popular cuyos personajes pertenecían al “pueblo” y se trataba de desentrañar la poética y la realidad que encierra *La muerte a cuchillo*. Fue entonces, mientras sucedían las tareas investigativas, cuando volví al texto de Farge y ya, con más detenimiento, puse la atención en la referencia a pie de página que menciona el ensayo de Chartier, “*Culture populaire et culture politique sous l’Ancien Régime*”

(French Revolution and the Creation of Modern Political Culture, vol. I, Political Culture of the Ancient Regime, Bergamon Press, 1987).

De esta referencia pasamos a otras y a otras, como las que podemos ver citadas en el libro citado, Memoria de un romance: “Cultura popular: retorno a un concepto historiográfico”; “Lectores campesinos en el siglo XVIII”; “Lecturas y lectores ‘populares’ desde el Renacimiento hasta la época clásica”; El mundo como representación; o Pluma de ganso, libro de letras, ojo viajero. Y así, poco a poco, fui leyendo la obra de un historiador que enseguida relacioné con las propuestas conceptuales y metodológicas que había encontrado en los autores que hacen parte de aquella compilación de Armando Petrucci. Chartier, hay que decirlo, fue una lectura tardía en mi bagaje cultural, pero desde entonces nunca lo he abandonado.

Societates perfectae

Leo en el libro de Elías José Palti, *La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX (Un estudio sobre las formas del discurso político)*, de 2005:

<<Los cuerpos (la Iglesia, el ejército y las comunidades indígenas) tienden siempre a generar finalidades propias inherentes a los “intereses que le son peculiares y los dogmas de su símbolo particular”, según dice el mexicano Mora en 1837, y las imponen a sus miembros como absolutas, ejerciendo sobre ellos “una verdadera tiranía, que hace ilusoria la libertad civil y la independencia personal que [les] corresponde como ciudadanos”. Los cuerpos desenvuelven así una racionalidad que le es particular a cada uno, constituyendo suertes de bolsones de inteligibilidad y sociabilidad (societates perfectae) que impiden la libre circulación de ideas (y de bienes). Se encuentran, pues, en inevitable conflicto con la del todo social, cuya unidad cuestionan, destruyendo así la universalidad que forma la base de todo sistema jurídico. La esfera pública pierde entonces la homogeneidad y transparencia que se requiere para la formación de juicios verdaderos sobre los asuntos colectivos>>.

Esto se decía en México antes de la mitad del siglo XIX, cuando todavía la nación se estaba formando. El conflicto de la pretendida integración de las minorías en el “todo

social”. La imposición de dogmas particulares que en nombre de una colectividad imponen sociabilidades personales o autónomas, pero que, no por ello, tienen por qué ser “societates perfectae” cerradas y tiranas que impidan la libre circulación de lo que pasa en el resto de una nación y el mundo. La cuestión indígena relacionada con la cuestión nacional. En Colombia, un país muy distinto a México en la evidencia histórica del indígena, hasta la Constitución de 1991, los indígenas no formaban parte de la República, es decir, no poseían estatuto político.

La cuestión indígena me conduce al líder sindical Ignacio Torres Giraldo, uno de los fundadores en 1926 del Partido Socialista Revolucionario que en 1930 dio origen al Partido Comunista colombiano. En 1975 se publicó por primera vez su texto titulado *La cuestión indígena en Colombia*, del cual solo se había conocido el original escrito en 1946 que, a su vez, se reprodujo en mimeógrafo en 1974, en el Departamento de Antropología de la Universidad Nacional de Bogotá. Luego, ya a fines de 2018, el texto lo reeditó la Universidad del Valle en su versión original.

La política de asimilación de los indígenas dada por España, cuando abandonaron las armas, los perros y los estrangulamientos, por una nueva política que combinaba la muerte con la domesticación, no significaba la convivencia plena entre toda la población americana, sino el propósito de someterlos a un proceso de desintegración nacional que anulara la personalidad nativa, algo similar a lo pretendido con la desterritorialización que impuso la política colombiana de los primeros años republicanos. También, muchos años después, la nueva carta constitucional de

1991, la que actualmente rige en Colombia, supone una política de asimilación o de un nuevo trato con los indígenas. Esta reconoce una serie de derechos de las comunidades indígenas: la diversidad étnica y cultural, la oficialidad de lenguas de los grupos étnicos, el respeto a la autogobernabilidad a través de autoridades indígenas, siempre y cuando esta no sea contraria a las leyes de la nación o la inalienabilidad de las tierras comunales.

Pero los derechos indígenas, por lo que sigue viéndose, sobre todo en cuestiones de legitimidad territorial, no parecen todavía respetarse. El 15 de noviembre de 2022 se convocó una nueva manifestación aquí en el Valle del Cauca, “en rechazo a la violencia contra las comunidades indígenas”. No parece creíble, hoy en día, que todavía se sigan asesinando líderes sociales indígenas y líderes sindicales campesinos. No parece creíble, pero así es.

El mundo campesino, así como la sociedad indígena, han experimentado grandes cambios sociales y mentales desde los años cuarenta del siglo XX en que escribe Torres Giraldo, pero al indígena, como entonces, se le sigue tratando, no de acuerdo con las leyes, sino de conformidad con los intereses y las ambiciones de los latifundistas y el adoctrinamiento de las comunidades religiosas. Se les sigue despojando de sus tierras y el Estado, representando la figura del tutor de las comunidades nativas, no acude en su defensa; antes, al contrario, sirve a los grandes hacendados para que estos consigan la expedición de leyes que, guardando las apariencias del igualitarismo, autorizan la división, el reparto y la venta de tierras comunales o de “territorio ignoto”, como se decía en los inicios republicanos.

La visión de la Colombia “nacional” excluyente de los indígenas, considerados como obstáculo para el “progreso”, todavía prevalecía en las organizaciones políticas de izquierda de los años setenta y ochenta del siglo XX. El desprecio se apoyaba en el desconocimiento de la vida indígena, que tampoco, por otro lado, conocía Torres Giraldo, y en la consideración de “organización gremial” atribuida al movimiento indígena, y no de “organización política”. La postura de Torres Giraldo (“Solo un Estado nuevo podrá emancipar a los indígenas”) en *La cuestión indígena* permitiría animar la búsqueda de nuevas maneras de hacer política. Existe, decía el líder sindical, “una nación como entidad, como unidad indivisible, como concreción de factores fundidos, como creación histórica. La población, la tierra, el idioma y las reglas elementales de convivencia, forman un todo material y espiritual [...] La evolución, el propio crecimiento material y espiritual de la comunidad, consolidada a través del tiempo los vínculos consubstanciales de la nación y crea nuevas y más elevadas condiciones y formas de la vida en sociedad”.

Un coleccionista de ciudades en Cali

Cierro la ventana de la Casa frente al mundo, pero nunca sé cuándo estoy fuera de peligro. Frecuento lugares comunes de lo inmoral: diarios, cartas y agendas del odio y la enemistad. Créanme, todo se olvida, incluso los amores. Lo emocionante proviene de la desobediencia, situaciones excitantes para ser infiel. Solo una cierta manera de ver las cosas, también el desprecio del mundo es una prolongada paciencia. Ni un solo cristal tiembla. Llovía, pero muy poco.

AR

Vivo en *La terraza del ingenio*, en el sur de la ciudad de Cali. Aquí creo mi propio mundo, elaboro un “mí mismo” que, sin pretenderlo, excluye incluso, como diría Nietzsche, al posible hombre que pueda ser la justificación de lo humano, a un redentor por cuyo amor se pueda seguir creyendo en la humanidad. Es lo natural en el hombre. El reconocimiento del otro solo es una manipulación histórica. Pero soy una creación social, algún tipo de ser humano. También la sociedad crea sus propios mundos. Entre un mundo y otro, el segundo solo me inspira desconfianza y me presiona diciéndome que no es posible encontrar en él

ni un gusto ni un temperamento comunes. Pero, a pesar de que no hagan parte de un consenso, tal vez de interpretación moral, reconozco cierta simpatía y cierta amabilidad en el mundo que me rodea.

El mundo que me rodea es un pequeño y caliente grano de arena de un extenso país llamado Colombia: la ciudad de Cali. Pero un grano significativo del conjunto de las grandes urbes que crecen no solo en el país, sino en toda la América hispana. Después de Bogotá y no a mucha distancia de Medellín, Cali, la capital del departamento del Valle del Cauca, con dos millones y medio de habitantes, es la tercera ciudad de Colombia en número de habitantes, y se asienta sobre un próspero y vasto valle que posibilita, con mayor facilidad que las montañas, el aumento económico. Emprendimiento agrícola e industrial cuya simpatía y amabilidad no parecen repercutir positivamente en las obvias mejoras que necesita la infraestructura urbana y rural.

La simpatía y la amabilidad, nos dijo Kant, son sentimientos bondadosos y bellos, base de la sociabilidad. Pero no son virtudes, ellos excluyen, pues son la renuncia al gusto propio y la adaptación al gusto ajeno. Solo funcionan entre iguales, entre quienes, por ejemplo, hacen parte de un consenso ciudadano que puede ser implícito y siempre restringido. Simpatía y amabilidad que (tampoco poseen principios) viven solo para agradar y, sea en el carácter de un habitual y relajado paseante o, más frecuentemente, en el de un comerciante, pueden conducirnos a hechos bondadosos y agradables, pero también, si así las circunstancias lo piden, a vicios tales como el engaño, el embrollo o la, valga la fatiga léxica, disparatada embriaguez alcohólica y política.

Por encima de la simpatía y la amabilidad debo ubicar entonces a mi genuina virtud: un temperamento frío y colérico influido por el sentimiento del honor. Mentiras, si se admite la distinción, un carácter teatral hecho de genio guerrero, celtíbero y ancestral, que mira las cosas según la conveniencia o apariencia con que se presentan ante los demás. Patrañas, las Observaciones de Kant me dirigen a definir conceptos con imprecisión, con ambigüedad. Únicamente el aire fresco que llega a *La terraza del ingenio* hace de esta un observatorio metafórico, muy cercano para vivir y revivir Cali, para enfrentar y consensuar, al mismo tiempo, los límites de los significados, la alteridad y las representaciones del afuera.

Después de veinte años de despistes y vagabundeos laborales por ciudades españolas, otros veinte en *La terraza* me han convertido en un visionario de metáforas móviles, de estímulos aéreos llenos de imágenes que me ofrecen una comprensión de la ciudad cercana al extrañamiento de nombrarla. El mundo que se abre abajo, en el barrio, y el barrio mismo, no pueden ser separados de ningún modo y constituyen una unidad. Pero las cosas, vistas desde arriba, parecen apropiarse desde un dominio táctico. El tiempo y el espacio se desenvuelven con mayor tolerancia e imaginación. Desde la invisibilidad, la masa de sujetos que habita la ciudad se convierte en un continuo desarraigo, en la dificultad o imposibilidad de reconocerse en tan ancho espacio urbano y construir en él un espacio público y acogedor. Con el miedo al hombre hemos perdido asimismo el amor hacia él.

Las tres cruces al norte y Pico del loro al sur; Los farallones al occidente y Los nevados del Tolima al oriente. El ángulo que abarca la vista es tan extenso como el ensueño

que proporciona el paisaje de las cordilleras andinas; como el ensueño y sus alucinaciones, sus espejismos. Más allá de la loma de Polvorines, aprendí, primero, a divisar el Mar Pacífico y, luego, a sentir los otoños de mi tierra natal. A menudo, el perfume de una salada brisa y el brillo de una rara luz de octubre se me aparecen como dos grandes naves de endemoniados laberintos que me llevan a crear quimeras por encima del excluyente y violento paisaje citadino.

Sí, coleccionar ciudades como el azar colecciona penas y alegrías, pasiones o indiferencias, que se van arrinconando en una mente caótica. Los sentidos ejercen la apariencia de orden, pero la costumbre de que ellos intenten posesionarse de las ciudades no es sino un estado de inestabilidad sobre el destino. Como la existencia del coleccionista, quien comienza a habitar una extraña ciudad experimenta una tensión dialéctica entre el orden y el desorden; entre un pasado que pretende sosegar para retener experiencias de vida y poder así pensarlas, y un presente que continuamente lo impide, pues este tiende a posesionarse de nuevos escenarios que no llegan a convencer a las exigencias espirituales del alma; esta las analiza y las siente, inversamente, como teatro de su destino.

El hechizo de las ciudades, como el compás de un cartógrafo, es el de conducirte a cercarlas en un círculo maravilloso que no deje escapar los pensamientos, el paisaje que va formando la memoria, pero, en verdad, así, religiosa o pasionalmente hablando, creo que nunca he podido llegar o a fundirme con el corazón de una ciudad, ni siquiera con el de una mujer. He vivido muchas y a todas las he odiado. Por una circunstancia u otra, nunca he podido

entregarme a una ciudad como tampoco Pessoa pudo leer un libro entregándose a él. Solo me aquietta el verde aliviador del guayacán, de los laureles y el caucho de la India, del samán, la ceiba o el cedro, en parques, avenidas y quebradas. La arquitectura de Cali, por el contrario, me subleva, me perturba y me vence, opacando mis sentidos; nada que ver con las razones que Pessoa expone en sus desasosiegos, cuando lee, cuando camina por los libros: “siempre, a cada paso, el comentario de la inteligencia o de la imaginación me desviaba del hilo de la propia narración. Al cabo del rato quien escribía era yo”.

Las quebradas, por supuesto, me conducen al Río Pance. Tal vez solo sea en su naturaleza donde encuentre el simbolismo de una época que nos precedió y soñaba con asaltar el cielo. Lejos de la ciudad, aunque ya quejándose de la proximidad del concreto, la viviente comunidad que, sobre todo en los fines de semana, se acerca a sus orillas, es iluminada por el aire y el viento, por las aguas de un Ganges que tiene la virtud de no someter. Es encontrar un sentido interno que desconecte del razonamiento lógico, matemático y esclavizante que impone la ciudad.

Claro que es posible hallar una contemplación romántica en el paisaje natural de Cali, al que, solo a él, otorgo mi confianza. Tal vez vaya imponiéndose un creciente pluralismo convivencial en la ciudad, pero en sus gentes encuentro una ética general muy lejana a las bases puramente intimistas con que las grandes tormentas me penetran. Hay convicciones religiosas que dicen que las “maldiciones” o las “bendiciones” de la lluvia proceden de un Dios católico. Cuando la luz se va en el barrio y hay amenaza de fuerte

tormenta, no falta quien baje a la calle y encienda su velita. El viento arrecia, los rayos y los truenos comienzan a ejercer un efecto gratificante sobre mis creencias y me traslada a un “no ser nada”. Bendita velita que me excita el inconsciente cuando multiplica en el cielo la intensidad de la luz y hace del sonido una enseñanza contra el miedo para recordarnos, repito, que no somos absolutamente nada.

Las tormentas de Cali vienen de los Farallones y son perfectas. Su simbolismo romántico, sobrevolando la prehistoria del paisaje, decididamente nos traslada hacia el lado oscuro de la naturaleza y la consecuente exploración de las tinieblas personales. Cali tiene ocultas sus potencias poéticas. La desmesura de su coqueteo floral y los fenómenos naturales que la rodean están llenos de esa, como alguien dijo, “poesía involuntaria” que es el inconsciente. Somos potencialmente unos sonámbulos, capaces de indagar en la “torrencial” riqueza de las sombras, en el sugestivo exceso onírico que se oculta en el paisaje humano de la ciudad: la perversidad, la locura, la muerte en una calle apagada, desierta y larga.

El urbanismo espontáneo que dibujan las casas bajas y apretadas de Miraflores y San Antonio, inevitablemente, facilitan el contacto de sus moradores y el intercambio de necesidades materiales y hasta sentimentales. Una mesita destartalada de hierro para tomar tinto y un tronco de ceiba como banco en la calle, al lado del portal de la casa, pueden ser las claves de una extensa ciudad para acceder a un mundo hospitalario que ignora las fronteras territoriales y entiende la historia como un espacio lleno de absurdos intereses nacionales, quién sabe si siempre nacionalistas.

Como me ocurría con otras ciudades colombianas cuando las paseaba, sentía que esta estrechez en las relaciones vecinales representaba un mundo que en España posiblemente, comenzó a perderse cuando, después de no poder beneficiarse del Plan Marshall, recibió de los americanos, a mitad de los años cincuenta del Siglo XX, toneladas de leche en polvo. Surgía así, supongo, el desarrollo del individualismo y al mismo tiempo se producía un despegue económico de la dictadura y la autarquía franquista a fines de la misma década. El dinero solo ansía más dinero y no es amigo de solidaridades. También, quién sabe, esta estrechez, pensaba, será una existencia condenada al olvido.

Pero no nos distraigamos, claro, del propósito de la realidad. La ciudad es un libro, un voluminoso contenedor lleno de marcas que sobreviven como ruinas de lo que alguna vez fue una totalidad: una dimensión bien conocida y abarcable humanamente que ahora se va reduciendo a fragmentos arqueológicos en su punto original, y se va extendiendo en su avance voraz e ignorante como un infinito puzzle de imposible resolución en sus repentinos cambios de sentido programáticos, en sus consiguientes desórdenes que desorientan el significado de un amistoso espacio o, simplemente, de un lugar común apetecible de compartir. Cali ya no reconoce fronteras y no piensa en armonizar, sino en violentar espacios con la suma de intereses privados.

Recuerdo que cuando mi querido amigo Blas se encontraba en la Ciudad de México y yo en la de Medellín, dos años antes de venirme a Cali, le hacía saber, en contra de los símbolos mexicanos de los que me hablaba

en sus cartas, que no creo que ni banderas, ni himnos, ni celebraciones independentistas, sean acogidos en Colombia con un entusiasmo común que pueda dejar paso ni siquiera a la esperanza.

Como en la ciudad de Medellín, también en Cali, las plazas y los parques se llenan de guachimanes permanentes en sus cuatro esquinas. Edificios con vigilancia fija en cada una de sus correspondientes porterías. Guardianes todos con porra y pistola para decorar de confianza el medio ambiente y el descanso hogareño. Centros comerciales con seguridad asegurada a punta de escopeta y televisión. Edificios públicos, bancos y establecimientos donde el uniforme azul celeste que enfunda el colt 45 te da la bienvenida o los buenos días y... *-Buenos días, responde mi cortesía.*

Verjas, celosías, este es el símbolo patrio que todavía recorre todas y cada una de las casas de las grandes ciudades colombianas en todas y cada una de sus calles y carreteras. La vida violenta de las pandillas de Medellín, nutrida de robos y asesinatos, ha descendido bastante desde la década de los años ochenta del siglo XX, pero en la ciudad de Cali hace dos décadas había identificadas setenta pandillas de “pelaítos” que dejaban al año no menos de cien muertos. Atracos callejeros, asalto a motoristas, buses, taxis o vehículos de transporte; venganzas y ajustes de cuentas por el control de una esquina. Los del Charco en la comuna 14, la Calavera en la 13, el Cagao en la 7, el Hueco y los Simpson en la 16, los Abuelos y los Areperos en la 15, la Sobredosis en la 20, los del Humo en la 21; jóvenes entre los 9 y los 25 años que son capaces de disparar porque ‘se pusieron groseros conmigo y tocó darles su merecido’.

Durante unos años, desde aquellos inicios de siglo, la violencia callejera descendió, pero ahora mismo, en este año de 2023, Cali es la ciudad más peligrosa de Colombia. Después del llamado “estallido social”, que se comienza en 2019 y tiene su momento más álgido en 2021, han vuelto a crecer las estadísticas de su violencia callejera. Pareciera que los estigmas colombianos de la delincuencia urbana, la corrupción, el conflicto armado, la parapoltica, el narco-tráfico, la psicosis callejera, la desigualdad social y tantas otras llagas, se hubieran convertido en símbolos patrios sin los cuales ya no supiéramos reconocernos ni en nuestra propia nación ni fuera de ella.

Acumulo estampas que certifican mi paso por ciertos lugares que, más tarde, en los laberintos del pensamiento se transforman en una relación enigmática que confunde rostros, situaciones y escenarios que se representan, además, incompletos. Un mapa atravesado de tiempo y mutaciones en el que, por otro lado, no me interesa descifrar la certeza de sus líneas. Todo él, con seguridad, está hecho de arenas movedizas que me conducen a lo profundo de los afectos y la imaginación. Rostros de la humanidad lejanos a la estadística, el informe y la cronología, sumergidos en mis entrañas hasta que llegue a ver el corazón de la tierra.

Una superficie inabarcable de objetos, de cuerpos, de espacios, de voces. Estamos limitados a no percibir sino retazos que solo pueden agruparse en el inconsciente de un gran tapiz sin perspectiva, adornado de figuras o formas inconexas y sin sentido. Recorro la calle quinta en todo su extenso y recto kilometraje, la catorce, la dieciséis. Atravieso la ciudad de norte a sur y de sur a norte dejando a izquierda

y a derecha sus verdaderos laberintos. Acostumbrados a la experiencia de la opacidad y el desorden no puedo seguir pensando nostálgicamente y ser cómplice de un centro, de una unidad, de una concreta identidad ya perdida. Como un viejo coleccionista, debo seguir aprendiendo cada vez que abro el álbum de mis ciudades, es decir, debo seguir legitimando un pensamiento nómada y plural capaz de comprender los múltiples estallidos que se producen en mi cerebro para poder digerir una insólita diversidad de tramas, de maneras de vivir que van cambiando las estructuras sentimentales, para no perderme en un nuevo mundo destinado a “estar juntos” de otras maneras.

Los laberintos caleños, de todas formas, siempre son escenarios ambiguos y enigmáticos, y pareciese ahora que las tecnologías comunicativas hayan desterritorializado y globalizado los mundos simbólicos. Lo local y lo internacional, lo tradicional y lo moderno, la cultura letrada y la audiovisual; una convivencia de gran urbe que todavía conserva comportamientos intensamente conservadores, religiosos, pueblerinos o campesinos, que hacen posible el sancocho callejero y dominical acompañado de un baile salsero, un alegre vallenato o un folklórico partido de fútbol.

Música, fútbol, mestizaje, impurezas; intercambio de signos y patetismo popular fronterizo a marginales poblados de invasión o al arribismo de los acomodados; inmerso en el desarraigo, en la masificación estructural y la fragmentación sociocultural oportuna para instalar la red barrial de templos evangelistas, siempre ligados al paisaje de un sinfín de rebuscadores de basura o, simplemente, la amenaza posible y espontánea de una balacera.

Un coleccionista es un experto en fisonomía, en el aspecto, en el rostro y la expresión de las cosas y, esta noche, las metáforas que cuelgan de un cielo estrellado me convierten en intérprete del destino. Tengo a Cali en las manos y la atravieso con la mirada. Me habla de un lejano pasado, de un instinto que subyace en su historia: renovar el mundo es rehacer un molde para vivir. Si decido quién soy aprenderé a ver una ciudad más real que la dura realidad, la ciudad de las estrellas que, mira, acércate, están próximas al mar; la ciudad ausente de miedos que te ayude a trascender las estructuras y las autoridades, a colgarte de ilusiones. No tengan miedo a morir. El molde está hecho de magia.

Maneras de hacer historia

En el texto titulado *La fuerza de la palabra impresa. Carlos María de Bustamante y el discurso de la modernidad, 1805-1827* (1997), el historiador mexicano Roberto Castelán Rueda analiza casi toda la obra publicada por el abogado, político y periodista Bustamante (Oaxaca, 1774-1848) entre el periodo que va de 1805, cuando se inicia como editor del *Diario de México*, hasta 1827 que finaliza su obra mayor: el *Cuadro histórico de la revolución mexicana*. Me sirvo ahora del capítulo “XV. Anécdotas y documentos: la manipulación de las fuentes”, del libro de Castelán para sintetizar y comentar algunas de sus observaciones relacionadas con la manera de hacer historia.

La utilización de anécdotas en el *Cuadro histórico de la revolución mexicana* de Bustamante es frecuente, a veces advirtiendo al lector de su empleo y a veces ocultándolo. Para él, las historias (“pasajes” suele llamarlas) que la gente cuenta sobre los hechos de armas que acontecieron en distintas zonas de México formarían parte de lo que llamaríamos ahora “historia oral”, por lo que le parece lícito incluirlas dentro de su construcción o narración histórica, que pretende ser veraz y objetiva como el *Cuadro*. La anécdota es un “recit” popular y como tal no es fácil comprobar la veracidad de su contenido. Generalmente no se encuentra documentación que la respalde y,

de esta manera, se potencia la existencia de versiones de versiones diferentes de los mismos hechos.

Estas historias o pasajes populares (ocurrencias, chistes, chismes, dichos, consejas) además de ilustrar con detalle, para Roberto Castelán están cumpliendo también una función de “descansos”, de momentos dedicados a amenizar la narración. Están cargadas de valores morales, en ellas siempre hay una acción buena que se premia o una mala que se castiga. La inserción de los pasajes dentro de una “historia seria” permite que la transmisión de valores morales se ofrezca con más credibilidad y firmeza, son formas populares de transmisión memorística incorporadas en una narración racional pretendidamente profesional que facilitan los intereses pedagógicos del historiador.

Son formas, no obstante, que, a pesar de su dificultad para ser demostradas documentalmente, obtienen, por el hecho de darse esa inserción en un discurso histórico, validación de “hechos históricos” que han tenido que pasar obligatoriamente por un filtro de “autenticación notarial” cuyos criterios para ser incluidos o no en la “narración histórica” ha establecido el juicio del historiador.

En cuanto a la “imparcialidad” y “verdad” de los documentos secundarios, Castelán habla de las relaciones, memorias o descripciones hechas por los mismos participantes (políticos, militares) o por simples testigos de la acción que refieren. Evidentemente, estos documentos están caracterizados por su evidente falta de objetividad y parcialidad ante los hechos, pues son documentos generalmente escritos por interesados que buscan reconocimiento oficial o prestigio personal.

Como las memorias, diarios y relatos, circunstanciales o episódicos, pienso ahora en Colombia, de quienes fueron protagonistas de una guerra que tuvo coyunturas y escenarios muy diversos, su narrativa hace parte de un discurso, donde la objetividad y la precisión historiográfica prácticamente no existe. Se trata, más bien, de relatos de intenciones jurídicas y políticas que buscan dar cuenta de las razones de su participación en los sucesos que sus autores refieren con un acento retórico orientado a sus justificaciones morales, jurídicas o religiosas, mediante los cuales su accionar en la guerra justificaría doblemente su reconocimiento personal o colectivo.

Estas relaciones, memorias o diarios están salpicados con argumentaciones retóricas sobre los temas políticos que suscitaron los conflictos y justificaron el uso de las armas; relatos mezclados con exaltaciones, reflexiones y valoraciones patrióticas y emocionales. Hay intencionalidad jurídica y política en ellos, y son presentados ante un público determinado vinculado a las instancias judiciales, políticas o administrativas con el ánimo de convencer y con propósitos prácticos de conmover y producir en los lectores un reconocimiento deseado cuyo contexto, el contexto dramático y siniestro de la guerra donde se ven envueltos los hombres es propicio para ello. Su narración opera sujeta a la memoria, es decir, se ocupa de las huellas, las impresiones, las marcas que los sucesos bélicos dejaron en sus autores, sucesos que no se exponen de la manera escueta en que lo haría la historiografía.

En la tensión existente entre estas memorias y el uso que pueda hacerse de ellas para construir un “documento

histórico” este no deja de inscribirse en el ámbito de las primeras, pero son precisamente estos recuerdos expuestos públicamente y, posiblemente, modificando la exactitud de los hechos, los que terminan produciendo efectos pertinentes sobre las representaciones colectivas que las naciones se hacen de sí mismas, de sus afinidades y enemistades, de su historia colectivamente vivida. Representan las contradicciones identitarias y las diferentes maneras de imaginar y pensar la nación, su política y su religiosidad.

Los recuerdos interesados, sujetos a la influencia moral con que se intenta plasmarlos, suelen registrar eventos bélicos donde aparecen sus relaciones con la oficialidad militar y con los soldados rasos desde una perspectiva política, que atribuye valores positivos a los mandos protagónicos. Relatan sus experiencias a partir de una memoria que sabe seleccionar los acontecimientos más propicios para su, en ocasiones defensa jurídica, o su búsqueda de reconocimiento público, sin renunciar a tomar partido por sus tendencias políticas.

Para Bustamante, este tipo de documentos quedarían sujetos a la calificación que de ellos haga el autor de los mismos, pero no como elementos independientes que puedan constituir una historia. Pasarían así a un segundo plano, son documentos que dependen completamente del criterio de verdad de Bustamante, quien no se apoya en un documento histórico; al contrario, es el documento el que viene a apoyar al historiador después de que este le haya concedido su certificado de veracidad después de comparar sus contenidos o sus puntos de vista con otros documentos de otros autores. Hay una necesidad de unanimidad frente a

los hechos descritos que puede venir reforzada por puntos de vista similares de autores de un bando u otro. Es decir, Bustamante no basa sus aseveraciones en un solo o unos pocos documentos, sino que las avala con el contraste de documentos producidos incluso en el campo enemigo: la verdad no sería irrefutable solo por ser comprobable, sino porque además es unánime.

La oficialización de la historia necesita la intermediación del historiador, quien pretende aparecer como un eslabón neutro, objetivo al transcribir historias obtenidas a través de papeles oficiales redactados institucionalmente para convertirse en un material irrefutable y creíble que pase a formar parte de la Historia. Por ello, Bustamante recurre, por último, a la revisión de legajos existentes en los archivos de la Secretaría del Virreinato. Esto le permite realizar una historia exclusivamente documental y así su narración se convierte en una larga sucesión de cartas, oficios, exposiciones, acomodada a una lógica temporal en los sucesos de la historia.

Los documentos hablan por sí mismos. La historia se encuentra en ellos y el historiador solo se limita a orientar su lectura. A diferencia de otras maneras, con esta se trata de presentar los documentos en su expresión más simple, desprovista de interpretaciones y confrontada en su propia veracidad. El autor cita las fuentes consultadas y quiere demostrar así que detrás de su narración hay un trabajo de revisión documental y que lo relevante de este proviene de la confrontación de contenidos surgidos de diversas fuentes. Los archivos son entonces una pieza clave porque en ellos se custodian pruebas incontradecibles e ignoradas

que pueden ser exhibidas, mostradas a los ojos de incrédulos. El archivo es un lugar donde esperan millones de testigos mudos a que alguien les haga hablar para construir esa historia heroica que Bustamante está edificando.

Los documentos existen, deben ser transcritos en algunos casos para hacer creíble la narración, sobre todo cuando los documentos originales contienen la escritura o la firma de puño y letra de los principales personajes de la historia, pues estos adquieren mayor veracidad: la firma auténtica, el trazo de la pluma hecho por la mano de un protagonista en los hechos históricos desprenden una fuerza diferente a la del documento burocrático hecho por un escribano, la presencia viva del actor que hace que el documento adquiera un simbolismo susceptible de convertirse en objeto de culto. La selección en la transcripción documental (qué se transcribe de un registro y qué no) es por tanto un acto de juicio para la posteridad y Bustamante es consciente de su responsabilidad ética en la construcción de la imagen de un héroe.

Atribuir defectos, hazañas, valores negativos o positivos a un personaje o reafirmar su cercanía con el estado de ánimo que refleja la escritura es ejercer un acto de tratamiento “estético” que dirige el juicio moral del lector. El historiador no solo ve y toca el documento, también habla con él. A diferencia de los panteones heroicos, de las monedas o las placas conmemorativas, los archivos no se construyen como homenaje para perpetuar la memoria de los gloriosos hechos históricos. Su propia existencia basta para garantizar la “grandeza” de los hechos históricos que contiene entre sus papeles. De este modo, nos dice Roberto

Castelán, el Cuadro de Bustamante “se convierte no solo en el espacio donde es presentado el documento por el historiador, sino, al mismo tiempo, como extensión del documento, lugar donde el documento va a encontrar refugio contra el olvido. Las páginas de la historia no son solo el receptáculo que recibe el documento, sino que se convierten en el documento mismo”.

La historia de Carlos María Bustamante frente a un tipo de historia que, según Michel de Certeau, se interroga sobre lo “pensable” de los documentos y sobre las condiciones de su comprensión, pretende alcanzar lo “vivido” desde la resurrección del conocimiento del pasado. Hacer pensables los documentos conduce a hipótesis metodológicas, a revisiones historiográficas y a situaciones epistemológicas en el conjunto de las investigaciones que trabajen con hallazgos de series (y no con hallazgos aislados) de donde surgirán diferentes tipos de métodos.

Revivir o resucitar un pasado quiere restaurar lo olvidado y encontrar a los hombres a través de huellas que en vida han podido quedar plasmadas documentalmente. Esta manera de hacer implica el uso de un género literario propio como el relato, que debe construir “guiones” capaces de organizar un discurso que sea comprensible. Los archivos forman el mundo de esta práctica donde se halla un complejo material a descifrar, clasificado y miniaturizado y, por tanto, capaz de ser formalizado, manipulado y analizado. El archivo se constituye así en la miniatura de las experiencias comunes de los hombres que han ido alojándose en un lugar común de acuerdo con las estrategias político-administrativas que la institucionalidad de las sociedades ha

ido creando para la administración de la práctica efectiva del poder. El archivo permite marcar la distinción entre el aparato explicativo del presente y el material explicado: los documentos que hablan de los muertos.

Educación y universidad

El asunto de la educación ha alimentado en las últimas décadas el debate, generando un importante número de publicaciones, coloquios y hasta programas académicos que se centran en la pedagogía de distintas disciplinas. Estamos en 2024 y hace unos pocos años leí el libro de Jordi Llovet, *Adiós a la universidad. El eclipse de las Humanidades*, editado en el 2011. Con un despliegue de gran erudición, amablemente contada, en él se relatan las experiencias del autor vividas a lo largo de una vida universitaria de 43 años. A los momentos de provecho y felicidad que se describen se suman muchos otros de malestar y consternación. Su título se refiere a dos cosas: al adiós de Llovet como catedrático en activo a la Universidad de Barcelona, y a aquello que califica como el final, acaso no definitivo, del crédito de las Humanidades en nuestros centros universitarios y sociedades. Y hace unos meses, leí el libro de Marina Garcés, *Escuela de aprendices*, editado en el 2020. Garcés se pregunta por el qué queremos saber, de quién y con quién podemos aprender, qué hábitos, valores y maneras de vivir queremos transmitir. La pregunta clave que nos implica a todos es la del cómo queremos ser educados. Educar no es para la autora aplicar un programa, sino acoger la existencia, elaborar la conciencia y disputar los futuros contra las servidumbres que traen los nuevos tiempos. Sobre la base de estas dos lecturas, se

suceden algunas, breves y desordenadas ideas que no olvidan las bondades, los buenos haceres ni las parcelas calidosas con las que cuenta la universidad. El ánimo que nos mueve solo es el de impulsar la actividad académica con el propósito de mejorar lo presente.

Tal vez el no-futuro nunca haya sido un reclamo en las protestas sociales, sino un destino que todavía sigue siendo administrado con más miedos que seguridades. ¿Aprendemos de la inestabilidad, de las crisis económicas y gubernamentales, del confinamiento pandémico y de sus consecuencias todavía no bien medidas? Parece que no, parece que nunca. Reaccionamos constantemente, a veces con miedo y a la defensiva, otras, con firmeza y ofensivamente. Y esto, precisamente, es el malestar continuo al que nos lleva la “educación”, que no aprendemos nada, ni tomada como construcción de un sistema formal de agrado mayoritario ni como condición para el progreso individual y social.

¿Queremos ser educados? Nada nos garantiza que podamos hacernos mejores. Pero si en el consenso histórico, salvando las obvias consideraciones de negocio, la educación se hace necesaria para las transformaciones y los avances socio-culturales, debemos preguntarnos por la calidad de la misma, si podemos mejorarla dentro de las renovaciones que impone el paso del tiempo, o queremos seguir resignados a la esterilidad de los argumentos que acaban responsabilizando al “sin remedio” colombiano o reduciendo el problema a las innovaciones tecnológicas y las metodologías, como si estas fueran un paraíso de salvación.

Pareciese que ahora estamos atravesando un momento de larga crisis que desea abandonar viejos y caducos mun-

dos para cambiarlos por otros más sofisticados y eufemísticos. Pero esto, me temo, obedece más a las representaciones que originan los nuevos sentidos del mundo globalizado que a nuestras concretas realidades, donde poco o nada cambia, ni mejora, al contrario, la sensación generalizada es que las cosas empeoran por falta de agendas o propuestas comunes e integradoras, no en una u otra parcela administrativa o académica, que también, sino en la consideración totalizadora de una planificación meditada.

Se habla de nuevas políticas educativas, de reformas universitarias estatales; se habla de planes de desarrollos particulares en cada una de las universidades que, por cierto, cada vez amplían más su arco cronológico, como si siempre nos encontráramos en “modo reforma” o en “modo plan”. Lo que sí parece evidente (y no en “modo plan”, sino de manera pragmática y material) es que quienes más hablan de propuestas educativas, de transformaciones formativas, de procuras por el futuro para las nuevas generaciones, de proyectos renovadores, son los entes capitalistas: asociaciones privadas, bancos y empresas de comunicación. En el campo de las universidades privadas, que muchas veces son creadas por multinacionales o empresas de buena posición, esto es evidente y, además, cada vez es mayor la incursión de lo privado en lo público, no solo por medio de inversiones de capital, sino también impulsando (en ocasiones, imponiendo) las nuevas tendencias del discurso educativo y las nuevas metodologías pedagógicas.

El negocio se globaliza y son muy conocidas en Colombia el caso de las universidades que se autodenominan

internacionales, con las que una gran población de todo el mundo se incorpora al mercado virtual de la educación, ampliando, al mismo tiempo, las tipologías y las necesidades de los clientes. Son universidades privadas online, empresas de enseñanza. Se inclinan en permitir estudiar, sobre todo, a personas mayores con estabilidad laboral. No es frecuente la investigación y cuando la hay esta es muy mediática. Detrás de ellas hay un empuje de capital que las hace ser visibles en los medios virtuales, y esto atrae estudiantes. La docencia, por otro lado, se dice que es “moderna” y basada en pedagogía “moderna”, pero siempre es de menor calidad que la que imparten las universidades públicas. Baste decir que el docente no elabora sus temas, estos se elaboran desde sus servicios de “publicaciones”. Su crecimiento es vertiginoso en América Latina, tal vez porque parecen centros europeos que resultan algo impactantes para ciertos sectores.

Lo que muestra el caso de las UNI (Universidades Internacionales) es un asunto de competencias y hegemonías culturales entre las instituciones públicas estatales y las instituciones privadas. No es fácil diferenciar la validez de los programas educativos en un sistema o en otro, sus innovaciones, cuál es la autoridad de los profesores y la libertad de cátedra, qué niveles de calidad se manejan, qué fuerzas políticas las dirigen, qué ideologías, qué compromisos sociales las mantienen.

Pero en un sistema de competencias educativas en el que nos hallamos inmersos habrá que saber discernir con precisión quién cuenta con una mejor formación para la educación, si quien ha adquirido su título en una univer-

sidad “chichipata” o, hablemos, pongamos por caso, de la terminología que se utiliza en México, un país cercano a Colombia, en una universidad “patito”, a base de firmes requisitos económicos y flexibles exigencias académico-temporales, o quien lo ha adquirido en una Universidad Estatal, que suele contar con una mayor estabilidad programática y unos niveles de exigencia más adaptados al servicio social que a los propios intereses de la Universidad. La titulitis, que no el saber, la ambición personal y la picaresca, suelen estar detrás de quienes consiguen un título académico en este tipo de “universidades comerciales” como estrategia planificada para luego desempeñarse en universidades (públicas o privadas) cuyas exigencias no reparan en la mejora de su calidad docente. Es decir, que el facilismo académico, tal vez en la inercia de lo privado, también lo encontramos en lo público.

Si queremos que el Estado y los administradores de lo público dirijan los cambios sociales futuros, debemos dejar las actitudes de inercia administrativa, la decrepitud mental que no ve más allá de sus domésticos y caducos planteamientos académicos; dejar atrás los modelos inamovibles, renovarnos y actualizarlos con un esfuerzo capaz de adaptarse a los cambios, sabiendo, claro, que el futuro siempre es desconocido y que es esta incertidumbre, precisamente, la que debe dirigir el ser cada vez más “humanos”.

La educación es un oficio de artes y maneras de hacer que no puede olvidar el contexto sociocultural donde se pone en práctica para que los grupos puedan funcionar de acuerdo con su condición social, con lo que somos y queremos ser. Porque la educación necesariamente debe trans-

formar y conseguir mayores cuotas de libertad y emancipación individual: ser capaces de pensar por nosotros mismos acerca de problemas contemporáneos intentando mejorar la calidad del sistema que nos acoge.

Se trata de aprender a pensar por uno mismo y junto a otros, producir sentidos a partir de la experiencia propia y ajena, y dentro de una cultura que no infravalore unas ciencias u otras, que las considere complementarias. Para conseguir esto no es concebible que el profesor tenga que desfilar a lo largo de su vida académica, siempre en formación, por una serie de puestos burocráticos, determinados, además, la mayoría de las veces, por el oportunismo o el clientelismo, no por méritos propios o sus posibles capacidades para ocuparlos. La burocracia y el oportunismo desvían las mentes hacia el facilismo de engordar el salario sin hacer frente a los nuevos retos o a la evidencia de tener que esforzarse para mejorar las cosas.

El debate educativo siempre ha sido el de cómo adaptarse a lo que sentimos como “nuevo”, a algo que está cambiando mientras vivimos y no sabemos cómo responder a ello con nuevos métodos que nunca podrán alcanzar soluciones para responder al qué queremos saber para vivir mejor, qué valores queremos transmitir, a qué tipo de convivencia social queremos llegar. Y el cómo educar, efectivamente, no se resuelve únicamente con nuevas tecnologías, con virtualidad, con métodos o procedimientos técnicos, sino respondiendo a cuestiones éticas, políticas, humanísticas: qué planificadores, qué legisladores, qué educadores, qué intelectuales, qué influencias queremos que dirijan nuestra vida, pensando siempre que el estudiante no es una

pieza exclusivamente destinada a pertenecer al orden productivo; pensando en abandonar las posiciones clientelares que dirigen la educación de nuestros jóvenes, pensando que esta no es una imposición sino una relación comunicativa.

Por dedicarnos a los medios y a los procedimientos para el saber perdemos el saber mismo. Es como si en las instituciones científicas, que nunca, todas, deben olvidar la relación entre la memoria y el olvido, esta relación estuviera transformándose bajo las presiones culturales mediatizadas por las nuevas tecnologías de la información, por las políticas de los medios y el consumo a ritmo vertiginoso. Como si la memoria de nuestra propia historia y nuestras propias instituciones se encontrara mediatizada por la fantasía y no por la memoria vivida, por la experiencia.

Tal vez también, en esa inercia de lo privado de la que hablábamos, nos esté invadiendo un “no sé qué que no sé qué tiene que ver conmigo”. Un no sé qué que cotidianamente viene a pavonearse a través del correo electrónico. Cursos de capacitación, jornadas de diseño que desean enseñarnos a proteger nuestros datos personales “con el apoyo y participación de la Superintendencia de Industria y Comercio”, charlas sobre los “elementos importantes de la gestión de las comunicaciones en proyectos”.

Reclamamos que nos llaman (“¡Aprovecha esta oportunidad”, se nos dice) a participar en congresos internacionales sobre tecnología e innovación + ciencia e investigación, que se proponen disertar sobre espacios de innovación y contribución en la tecnología, sobre los desafíos mundiales vinculados con la economía en la era del cambio climático, sobre la inteligencia artificial, el aprendizaje automático y

la realidad virtual, sobre la gestión en la anticipación de los desafíos, sobre el enfoque basado en competencias.

Cursos virtuales como el de “Planificación de la demanda y el abastecimiento”, útil para “desarrollar habilidades específicas para la implementación y ejecución efectiva de procesos de planificación de la demanda en el nivel operativo, táctico y estratégico”, con la esperanza de “alinear la planeación de la demanda con los objetivos estratégicos y optimizar los recursos disponibles”, de ser capaces de “liderar equipos de trabajo para asegurar una ejecución eficiente”, de comprender “cómo las decisiones impactan en los objetivos empresariales a nivel macro”. O cursos con una denominación que levanta los ánimos de una población que cuenta con más de la mitad del profesorado en edad de jubilarse: “Liderazgo y supervisión efectiva. Desarrolla tu potencial de liderazgo: inspira, dirige y transforma”.

Ofertas que parecen formas de legitimar un nuevo accionar, pero que funcionan más como remiendos que, en la mayoría de las ocasiones, ocultan el déficit organizativo y académico que trasluce la universidad, su necesaria y profunda, también complicada, renovación. Es de suponer, además, al menos en muchas ocasiones, que la extendida “flexibilidad académica” solicitada por el estudiantado es índice de cierto malestar o de un déficit de bienestar académico.

Se habla hasta la saciedad de estar en una época de cambios y los tiempos ahora parecen proclamar que no sabemos hacia dónde vamos. Tal vez nunca lo hayamos sabido y tal vez por ello este eterno funcionar por medio de la improvisación. El déficit de aulas e infraestructuras en los campus universitarios, las problemáticas condiciones laborales del

profesorado contratista, la falta de integración académica entre las carreras, la pérdida de la demanda en los programas académicos, la falta de progresos y de la calidad en las maestrías y en los doctorados, encargados estos últimos a los grupos de investigación y no a los propios departamentos, cuando son estos los que deben contar con los recursos, al menos los humanos; la falta de becas para estudios de posgrado o la falta de incentivos, más bien, ante la primacía de lo “variopinto” en los doctorados, las desequilibradas representaciones profesoras, la variabilidad de los procedimientos en los registros calificados y las acreditaciones de calidad, que muchas veces ficcionan la información por puro cumplimiento y no cuentan con estabilidad administrativa necesaria o equipos u oficinas encargadas de ello.

Problemas todos ellos de “alta calidad” que reclaman cambios bajo miradas que contemplen nuevos objetivos y que estos no se detengan exclusivamente en una multitud de “procesos técnicos” que nos invaden, sino en un saber actuar que permita juzgar el verdadero valor de lo que estamos haciendo. Aun siendo fundamental la experiencia, tal vez la prolongación desmedida en la ocupación de los cargos directivos y administrativos impida renovar la savia y las habilidades necesarias para ello.

La gubernamentalidad que hoy en día nos asiste está acostumbrada a desplegar una amplia actividad legislativa y reglamentista. Los casos concretos de los que podríamos hablar son numerosos y fácilmente podrían alargar la estela que acaba de dejarnos la anterior relación. Detengámonos ahora solo en la forma organizativa de los comités. Entre unos comités y otros y, desde una excesiva centrali-

dad que llega a incidir en asuntos académicos propios de ser resueltos por las respectivas unidades académicas; estas formas organizativas sustentadas en los actuales reglamentos, decimos, obliga al profesorado a desempeñar cargos administrativos y ser, muchas veces, exclusivamente unos “correvediles” sin iniciativa propia para tomar las riendas de posibles actuaciones que no solo mejoren las formas organizativas, sino que logren crear una atmósfera de agradable convivencia académica. En lugar de intentar reducir la burocracia o que, al menos, esta no se ampare excesivamente en el profesorado, los puestos de gestores, llámense “directores de” o “coordinadores de”, aumentan.

Todavía se siente el conformismo de seguir funcionando como siempre, porque, efectivamente, ingresamos (estudiantes y profesores) en un mundo que ya existe y es preferible ser conservadores por comodidad. Las políticas, que deben ser prácticas entre iguales, deben introducir novedades en la configuración de estos nuestros mundos comunes, posiblemente facilones, y hay que pensar por ello en que las decisiones están entrelazadas a la vida económica, cultural y simbólica de una comunidad universitaria que debe aprender a convivir guiándose por lo que somos, y lo que queremos y podemos ser. No es posible mejorar si no cambiamos la prehistoria ni las actitudes de defender privilegios como si fueran exclusivamente nuestros y pareciese que siempre estamos a punto de perder.

Cómo queremos ser administrados en nuestras parcelas administrativas y educativas desde la perspectiva del profesorado, y cómo queremos ser educados desde la perspectiva del estudiantado, serían preguntas que pueden lle-

varnos a saber cuáles son nuestros derechos y obligaciones, cuáles nuestros límites y condiciones, para poder relacionarnos, al mismo tiempo, con las dependencias dirigentes, con las maneras en que nuestros estudiantes quieren ser educados. Para saber, también, qué se quiere impartir y qué rechazar, por caduco, por inadecuado. La cuestión, muchas veces, sobre todo cuando no se cuenta con suficientes medios económicos, no es la de ofrecer en las unidades académicas un panorama variopinto con el que creemos dar salidas laborales, pues corremos el riesgo de diluir las expectativas, sino la de fortalecer las disciplinas. Que podamos salir formados con la suficiente calidad para entender mejor lo que hemos venido a enseñar y estudiar.

Fortalecer las disciplinas no quiere decir hacerlas cada vez más exclusivistas, dividir las facultades universitarias en compartimentos cerrados o cerrarse todavía más a las posibles conexiones que existen entre las distintas escuelas o departamentos de una misma Facultad. Es sabido que progresivamente, desde finales del siglo XVIII, bajo el paraguas del mito del Progreso, las Humanidades quedaron amenazadas por el pragmatismo de la “capitalización”. A principios del siglo XX, era innegable que una mayoría de estudiantes universitarios ya no se interesaban por la cultura clásica o una cultura híbrida en su escolarización de bachillerato, no se mostraban interesados en los valores humanísticos. Los estudiantes del nuevo siglo desean, en buena medida, conseguir una formación provechosa encaminada a una vida profesional rentable, aunque sea cada vez más especializada.

En la preocupación por los estudios especializados se

descuida el saber. En la rápida aspiración por conseguir un puesto que suponga ganar dinero, olvidamos el potencial que entraña para el espíritu ser enriquecidos por las ciencias y sus universales, y apartarnos de las limitaciones de una educación unilateral. Las verdaderas metodologías de los estudios académicos, por tanto, solo pueden proceder del conocimiento de la conexión que enlaza todas las ciencias entre sí. Sin esa conexión, toda enseñanza se verá apagada, limitada.

Para lograr esta conexión y ciertos cambios que el profesorado pueda sentir como satisfactorios debemos alejarnos de la pereza mental, una pereza, al parecer, que sigue asentándose en la esperanza.

La queja común española

*En el futuro, nuestra tarea será
cazar moscas, y nuestra alegría será
finalmente masticar los asuntos de este
mundo como los niños las secas raíces
de la higuera. Envejecer entre pueblos
jóvenes me parece un placer, pero
hacerse viejo donde todo es viejo me
parece lo peor de todo.*

Hiperión

Friedrich Hölderlin

Después de nuestro último viaje de hace seis años, a mitad de julio de 2024, volvemos a mi pueblo natal, Arnedo. Algo ha cambiado, algo que, con seguridad, venía gestándose antes de estos seis años y ahora parece concretarse. He sentido cierta decadencia anímica, tal vez exclusivamente hospedada en el albergue de mis personales afectos, no lo sé, la decadencia de ver a una población vieja o la decadencia de ser arrastrado por la tristeza de quienes, habiendo nacido en el pueblo, no saben responder o convivir realmente con otras formas culturales; la decadencia ante la falta de una alegría dicharachera que en veces anteriores sentía en sus gentes. España está envejeciendo y en sus calles se hablan lenguas que vienen de otros mundos.

La natalidad ha descendido y la juventud española quiere fortalecerse con unos estudios técnicos y una vida laboral en el extranjero que, en ocasiones, se hace obligada. Dicen que la diversidad cultural ya es un hecho, un hecho que pone, pongamos por caso, a los emigrantes marroquíes vendiendo fruta o ropa en tiendas y tenderetes; a los colombianos de camareros y asistentes de la tercera edad; a los cubanos de peluqueros; a los rusos y rumanos de camioneros; a los pakistaníes de albañiles e informáticos... Parece, dicen, que nos hemos europeizado, es decir, que como españoles que vamos dejando de serlo, rechazamos unos oficios considerados ahora, casi innobles o de baja estima. No lo sé, el caso es que entre viejos me sentí más viejo.

Pero lo que todavía sigo sintiendo de igual manera es la agresividad en el hablar español, una de sus vivas marcas de identidad. La queja permanente como manifestación emocional. Los colombianos, en muchas ocasiones, caracterizan a los españoles por su “mal habla”. Entre el vocabulario y las expresiones malsonantes más comunes podemos relacionar las de: “a tomar por culo”, “por cojones”, “me cago en la leche”, “manda huevos”, “hijo de puta”, “mierda”, “mierda puta”, “vete a la mierda”, “joder, tío”, “la hostia”, “la hostia puta”, “me cago en la mierda”, “no me jodas”, “anda, anda, no me jodas” o la onomatopeya del clásico “uuaaahhh”, la inversión de un suspiro motivada por un malestar que no procede del alma, sino de una precisa y externa situación.

Todas estas palabras y expresiones parecen comportar cierto genio o malestar al ser dichas. Según su contexto de producción podrían interpretarse como insultos, pero,

generalmente, creo que están más cerca de la queja. Uno no solo se queja de algo, también se queja a alguien o a algo, por motivos triviales o trascendentes. Encontramos quejas calmadas o agresivas, sin motivo alguno o de forma constructiva, pero siempre hay en ellas cierto grado de irritación. La queja común española parece asociarse con lamentos sin trascendencia, con cuestiones que inicialmente podríamos tomar con un sentido paródico. Pero, en el fondo, pienso que significan lo que Julian Baggini (*La queja. De los pequeños lamentos a las protestas reivindicativas*, 2012) dice, que son manifestaciones de resistencia contra la idea religiosa de que el sufrimiento es nuestro destino por orden divina, y que tan solo podemos tolerarlo piadosamente y con resignación.

La queja común española parece denotar así cierto anticatolicismo (todavía es frecuente escuchar la atea o, si es cierto, republicana expresión del “me cago en Dios”) y el deseo de que, ante situaciones injustas o molestas por las que nos quejamos, la justicia o el deber ser, según nuestro propio entendimiento, no debe esperar a una próxima vida, sino que las cosas deben resolverse en esta, cuanto antes mejor.

A los ojos y la comprensión de quien se queja debemos desafiar a la propia situación por la que nos quejamos o al sujeto o los sujetos que la provocan. Aceptamos la inevitabilidad de los “malos momentos”, pero pocas veces nos culpamos nosotros mismos y quisiéramos acabar con ellos como si quisiéramos cambiar el mundo. No podemos controlar completamente las situaciones o lo que nos sucede, y en lugar de dominar nuestras reacciones ante ello, lanzamos la piedra en forma de lamento o de queja. Tal vez, de

todos modos, solo sea esta la forma de dominarnos personalmente ante un más allá imprevisible y posiblemente más agresivo. De cualquier manera, seguir lanzando quejas como lamentos enfurecidos seguirá queriendo decir que no aprenderemos nunca a cambiar por nosotros mismos y seguiremos echando la culpa de lo que pase al mundo.

No es posible cambiar el pasado, el hecho que ha provocado la queja, y no es fácil conducir a esta por un sendero de consecuencias positivas. Quejarse puede ser inútil, pero también puede convertirse en un hecho catártico pensando en que es el mundo el que no anda bien y reafirmándonos en nuestros sentidos de cómo deberían ser las cosas en realidad, aunque no podamos hacer nada al respecto.

El hecho provocador puede ser un hecho específico, pero el objeto de la queja parece amplificarse y termina dirigiéndose contra un malestar interno que engloba frustraciones, decepciones, impotencias. En realidad, este vocabulario y estas expresiones españolas de las que hablamos no siempre se corresponden con la concreta gravedad de las cosas que nos aquejan; nuestro estado anímico pasa de un determinado pinchazo emocional a la generalidad de un sentimiento incómodo que parece estar ahí siempre y es desproporcionado con el motivo que nos lo ha hecho traslucir en nuestro interior. Al ser desproporcionadas o poder desplazar a la mente de un estado anímico a otro, las quejas no acaban de canalizarse bien.

Quejarse ante instantes de lo cotidiano parece revelar que uno ha fracasado a la hora de comprender que todo es efímero y que combatimos ilusiones. Por ello, la queja común española parece pertenecer a la naturaleza propia

del genio, entendido este como un temperamento difícil o un mal carácter. Parece que nos quejamos de situaciones externas, pero en el fondo nos estamos quejando de nosotros y por nosotros mismos, posiblemente por estados de ánimo o situaciones vitales que no pueden alterarse y siguen formando parte de nuestro diario vivir alrededor del trabajo, la familia, el dinero o la salud. Las peticiones a Dios no sirven y seguimos “estando mal”, nos adaptamos al lamento como una especie de sumisión o una vía psicoanalítica de expulsión de nuestro malestar, muchas veces existencial, difícil de concretar y más difícil de explicar.

La queja como reacción a las imperfecciones humanas y hasta a la misma muerte. Sentimos que no es posible la sumisión pasiva y la queja es un acto de rebeldía contra el destino humano. Un acto que tal vez pueda aliviarnos, al menos, momentáneamente. Un acto que puede ser íntimo o autocontenido, pero que, generalmente, tiene lugar ante otras personas y se hace visible significando lo que nuestras quejas dicen de nosotros. Pensar en ellas y en lo que las ha provocado posiblemente no acabe con el ejercicio del lamento (tampoco tenemos por qué dejar de quejarnos), pero tal vez sí nos haga pensar en si tenemos que quejarnos más o menos, en la conveniencia de ello o de qué otra manera podríamos hacerlo sin utilizar este tipo de expresiones que pueden herir los oídos ajenos. Ser conscientes de que las quejas pueden apoderarse fácilmente de nuestras emociones puede cambiar el sentido descortés con que las pronunciamos para centrarnos solo en quejas apropiadas que impidan la malsonancia, ese ruido potencialmente ofensivo, y rebajen la exasperación a que puedan dar lugar.

Claro que, en muchos contextos geográficos, tal vez más en ubicaciones locales y cerradas, estas expresiones hagan parte de su convivencia natural.

En cualquier caso, en un lugar o en otro, en el ámbito urbano o rural, en el doméstico o en el público, los españoles se quejan mucho en su acontecer cotidiano y la queja hace parte del mismo. Se quejan tanto, que se quejan, como es habitual escuchar, hasta de vicio. No importa si el compañero o la persona desconocida que escucha la queja logra aceptarla como legítima. El caso es utilizar nuestra energía, un grito aparentemente insignificante ante lo que nos molesta, sea algo inevitable o no. El español está lleno de crispación. Y su queja (un “ordinario refugio del insatisfecho”, según dice un amigo), ciertamente, está demostrándolo. Irritación, ira, enfado, exasperación, impaciencia, todos pueden ser sustantivos de un mismo estado emocional, tal vez incorregible, tal vez arraigado a un pasado idiosincrático.

Dicen que los niveles generales de queja aumentan con la edad, que los viejos son quienes más se quejan. Pero no disfruto cuando me quejo, tal vez cuando lo hago esté reafirmando el hecho de que sigo vivo y sigo siendo sensible a esa humanidad que comporta la queja. No lo sé. Creo, sí, que he aprendido a ver una suerte de pasatiempo que clasifica las formas del habla según la empatía con la que me identifico con alguien. Esta, sin duda, es una tendencia moral perniciosa que impide autoanalizarme y cada vez más prefiero callarme, pues el arte de la queja requiere de saber poner las cosas en su sitio sin quejarse.

La soberbia

Cada cierto tiempo releo algunos de los ensayos de Miguel de Unamuno que se encuentran en su libro titulado *Almas de jóvenes*, en la edición de Espasa-Calpe, de 1968, que compré en Viena, en la librería de Pablo, hermano de mi querida amiga María Hotner. Es un libro al que le tengo aprecio y siempre que lo abro estimula mi imaginación. Esta vez releo “Sobre la soberbia”, el propósito es hacerme con algunas ideas que coincidan con mi ánimo del momento y, al mismo tiempo, que estas me lleven a amplificar mis sentidos, a intentar comprender de alguna manera lo que ya desde hace unos días viene rondándome el pensamiento: el funcionamiento de la arrogancia, la soberbia y la codicia, un cóctel explosivo que sirve a quien lo utiliza para negar el juicio de los otros. Una combinación dañosa, desde luego, que tal vez solo pueda entenderse desde una alteración en lo moral, una alteración que en ciertas personas parece sentirse como una enfermedad del alma y, en otras, parece constituir la esencia de su propia naturaleza.

Soberbia, arrogancia, términos que resuenan en la conciencia de similar manera, cercanos al odio y al desprecio por los demás. Llenos ellos mismos de ofensas, términos cuya posesión moral crean la incapacidad de comprender las opiniones, las emociones, los sentimientos de los otros. Gobiernan la vida con codicia ajena, unen la insatisfacción,

la envidia, las heridas personales a los deseos malogrados traicionando el amor propio. En el fondo intentan combatir la propia intransigencia, la propia terquedad con la que actúan los arrogantes.

Cerca de la soberbia y la arrogancia, la codicia, tres poderosas diosas que juntas conforman el gran espíritu de la anti humildad. Tal vez el verdadero humilde no se indigne o escandalice ante la soberbia ajena, tal vez quiera ser prudente para que su humildad no se convierta en soberbia, pero humillarse, como dicen los ascetas, no sirve. Es un sentimiento de resignación que combate por medio de mayor soberbia y crea ideas próximas a la vanagloria, tal vez, próximas a una pobreza fingida. Considerarse, así lo expresa Unamuno, moralmente más humilde para ser reconocido como bueno. La arrogancia del corazón que aflora para ser creído y ser estimado como tal.

La humildad fingida no vale y es fácil, además, descubrirla. Pero la humildad no hipócrita existe. Es una resistencia, una sutileza que funciona como escudo, no puede enfrentarse a la soberbia porque siempre pierde. No puede huir del mundo soberbio porque este es el mundo dominante, el que prevalece, el que más deja verse o sentirse y el que más daño hace. Quien huye del mundo se lleva el mundo dentro de sí. La resistencia entonces como mansedumbre, no sumisión, y como soledad absoluta dentro del orden y el desorden social, pues nunca los estados de ánimo se ven libres de los enfrentamientos ideológicos, de las políticas que pacifican o, por el contrario, dan lugar a fieros estallidos personales y sociales. La soberbia, como la humildad, también es colectiva.

Algunas ambiguas sensaciones ascéticas se introducen en mi conciencia leyendo al teólogo alemán Tomás de Kempis (1380-1471). Pero su *Imitación de Cristo* me lleva a pensar que sí, que la humildad realmente existe. Esta obra del siglo XV manifiesta con sencillez, a base de frases cortas, casi a manera de sentencias, la “devoción moderna” y la espiritualidad cristiana. Está inspirada por un espíritu ascético y místico, y es la obra católica más editada en el mundo después de la Biblia. El agustino Tomás de Kempis nos dice que vanidad es ambicionar el prestigio y situarse por encima de los demás. Quien bien se conoce a sí mismo acepta sus limitaciones y no se complace con alabanzas. Muchos eligen ser más poderosos que humildes y están vacíos por dentro, como sus propios pensamientos. Los poderosos y avaros no descansan. Los sencillos y humildes de espíritu se sienten en paz, aunque estén rodeados de una multitud. Como enfermo del espíritu, quien se deja dominar por sus instintos y vive solo para satisfacer sus caprichos con dificultad puede abstenerse de deseos codiciosos. Cuando se abstiene, entristece y se indigna si alguien lo contradice. No existe paz en el corazón de las personas que no tienen dominio de sí mismas. Con el humilde está la paz, en el autosuficiente hay celos e indignación.

La soberbia demuestra falta de sencillez, falta de sinceridad. Está cerca del crimen, de la brutalidad, se la teme. Es productora de miedo, personal, familiar, social. Temerla es caer en ella, pero no podemos dejar de preocuparnos por ella misma. Cuando se ha sentido, cuando uno ha sido humillado y desautorizado, se le desencajan ciertos circuitos que carcomen no ya el corazón, sino las vísceras. Poten-

cia la propia soberbia, los instintos más asesinos para que, una vez realizados, se desahogue el odio en su víctima y comience a sentirse compasión.

No es bueno nutrir los sentidos con el reflejo de la misma soberbia, con odio, con la corrosión que generan los malos deseos, con la gangrena de la mala sangre. La acumulación de óxido enferma y será aliviador dejar que los malos humores estallen, salpiquen, hagan frente a la soberbia con su propia vacuna. El soberbio se consuela con sus creencias religiosas y, siendo consciente de lo que puede herir al prójimo, se muere sin haber cobijado rencor contra nadie. Se cree siempre en posesión de buenos deseos y alardea de ellos con su propia razón, la razón de quien excluye y no respeta, ni siquiera escucha.

La forja de sus encerrados pensamientos ensordece y aísla al soberbio, ni siquiera aprende a amar combatiendo; arrojando sus convicciones morales no repara en la purificación mutua de los rencores, en las mutuas miserias. Su sordera, similar al encerramiento primitivo y tribal, no le permite deponer las armas de la arrogancia y la codicia para abrazar al mundo exterior y que el mundo exterior, a su vez, pueda quererle. Amar, decir “te quiero”, abrazar con sinceridad, ser amigo verdadero, es sin duda algo excepcional, tal vez insignificante con el bien que el soberbio y arrogante cree estar llevando a cabo siendo lo que es y lo que hace.

Se distingue por su constancia en los rencores, en la imposición, en la acritud, en la virulencia. A una explosión agresiva le sucede un abrazo, a la siguiente, un beso. Cree que el pedir perdón sin decirlo después de demostrarse a sí mismo que puede recapacitar es la convicción de que puede

confiarse en su buena fe. Sus propósitos de gloria pueden albergarnos a todos, pues no es bueno que un hombre se preocupe de si es o no soberbio, menos aún que pueda aspirarse a encontrar cierta llamada humildad; esta, de todas formas, siempre será una especie sutil de la propia soberbia.

Sí, hay que dejarlo estar, todas estas inquietudes espirituales no harían sino enconar la herida que lleva dentro y envenenar mucho más la sangre, no de su sensibilidad, que la desconoce o no la posee, sino de su martillo mental despótico, intolerante. El soberbio no tiene ley, hace natural lo que es de la ley y es ley para sí mismo, pues la lleva escrita en sus entrañas, no como la ley de la sinceridad, sino como una falsa virtud que se funda en la presunción. Conoceremos su falsedad por su manera de actuar, con astucias tramposas o de mala intención, siempre interesadas ¿Podrá el soberbio cuando se encuentra a solas consigo mismo juzgarse con severidad, reconociendo sus propios errores, sus propias faltas? Su soberbia se acrecienta y cicatriza los pesares. No es posible que pueda arrepentirse y luego disculparse, justificarse a sí mismo. El soberbio ha conseguido desembarazarse de las pesadumbres de la conciencia, aunque nunca llegue a conocerse a sí mismo, como todos, con toda seguridad, se mentirá.

Confiado en su superioridad, se lanza a obrar y quiere que su superioridad se manifieste en obras, en concretas maneras de hacer. Es entonces cuando su soberbia pierde la ponzoña y llega a ser una verdadera virtud, como dice Unamuno, una virtud en el sentido más primitivo de su etimología (virtus, valor). La soberbia se convierte en acciones positivas, acciones siempre, indudablemente, personales, que no importa de qué forma puedan afectar al prójimo.

Obrar puede ser un hecho humilde y no obrar suele ser para el soberbio, con frecuencia, la pura soberbia. Esta, entonces, deja de ser algo malo y pasa a ser una lucha que purifica cualquier pasión, cualquier sentimiento maligno.

El soberbio se sitúa siempre por encima de los demás y consigue contemplarse a sí mismo con cierto desdoblamiento de su personalidad. Puede ser simultáneamente amigo y enemigo de su propio espíritu. Siempre, de cualquier manera, tendrá fe en sí mismo y nunca confesará su ignorancia. Lejos del humilde conocimiento de sí mismo, para creer en sí mismo no necesita que los demás creen en él. Sí, ciertamente, hay que dejarlo estar.



Este libro se terminó de editar en diciembre de 2025.
En su preparación se utilizaron tipos
Minion Pro y Calisto MT.



Esbozos o variaciones de reflexión, narrativas de relativo análisis, historias incompletas, apuntes, microensayos, la bitácora de trabajo, la crónica y el diario, los recuerdos; ejercicios de la experiencia personal sin arraigo académico o fuera de las convenciones formales del adoctrinamiento. Fragmentos que no se detienen en un solo lugar ni pueden por ello echar raíces. Energía conectada al movimiento, al vaivén que abandona las explicaciones argumentales y diversifican los lenguajes en favor de climas y recreaciones. Posiciones indefinidas, vacilaciones, un libérrimo cuaderno de piezas en las nubes.

EDITORIAL
uninorte



Editorial
Universidad
Icesi



Editorial

ISBN 978-628-7814-23-3



9 786287 814233